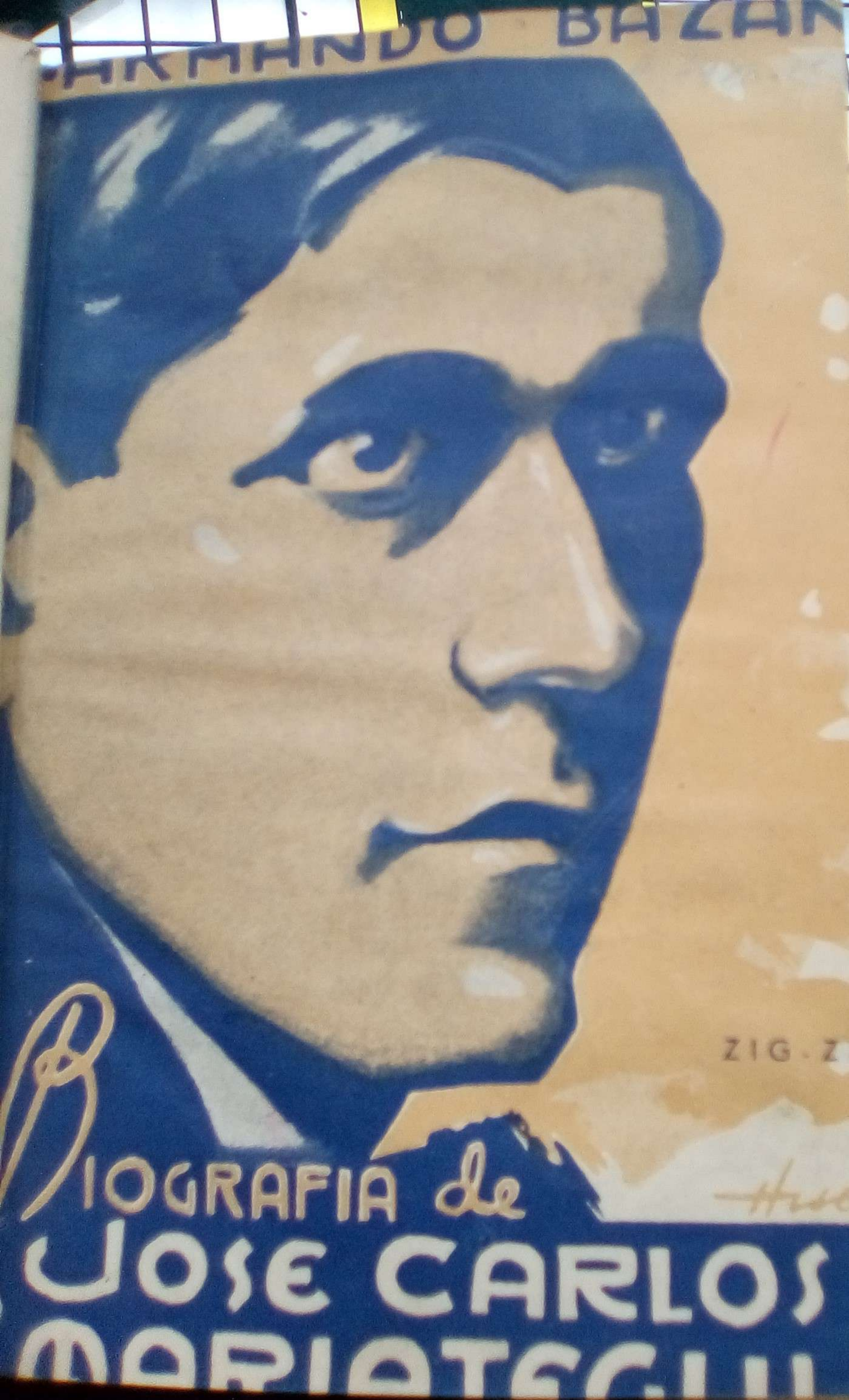




ARMANDO BAZAN

ZIG-Z

IOGRAFIA de
JOSE CARLOS
MARIATSCU

BIOGRAFIA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

Por Armando Bazán

Con juiciosa serenidad y sin incurrir en exageraciones partidistas, Armando Bazán, conocido por sus admirables condiciones de investigador histórico desapasionado y culto (Isabel la Católica, Ed. Zig-Zag, 1938), nos ofrece ahora la biografía de ese gran escritor y conductor de pueblos: JOSE CARLOS MARIATEGUI. Colaborador y amigo personal del gran AMAUTA, como se designa al biografiado, Bazán, ofrece como una primicia a los lectores y a los estudiosos de nuestra América la narración serena y amena de la vida de ese gran hombre, cuyas obras y actuación son estelas luminosas que fulguran con intensidad cada vez más creciente a través del tiempo. Juzgando imparcialmente la época en que vivió el gran escritor, "cuya fama crecerá con los años como crece la sombra cuando el sol declina", esta biografía nos revela interesantísimos detalles de su vida de luchador, que enfrentó valientemente los anacronismos de su época, pese a su precaria salud que terminó con su vida a temprana edad. Sobreponiéndose a sus dolores físicos, la asombrosa vitalidad que se encerraba en su esmirriado organismo nos ofrece un ejemplo de lo que pueden una voluntad indomable y un espíritu templado. Los lectores americanos gozarán de esta primicia que Empresa Editora Zig-Zag, S. A., les ofrece hoy en una edición nítidamente presentada que anotará un lauro más a su ininterrumpida serie de éxitos editoriales.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

BIOGRAFIA
DE
JOSE CARLOS MARIATEGUI

18181

B I O G R A F I A

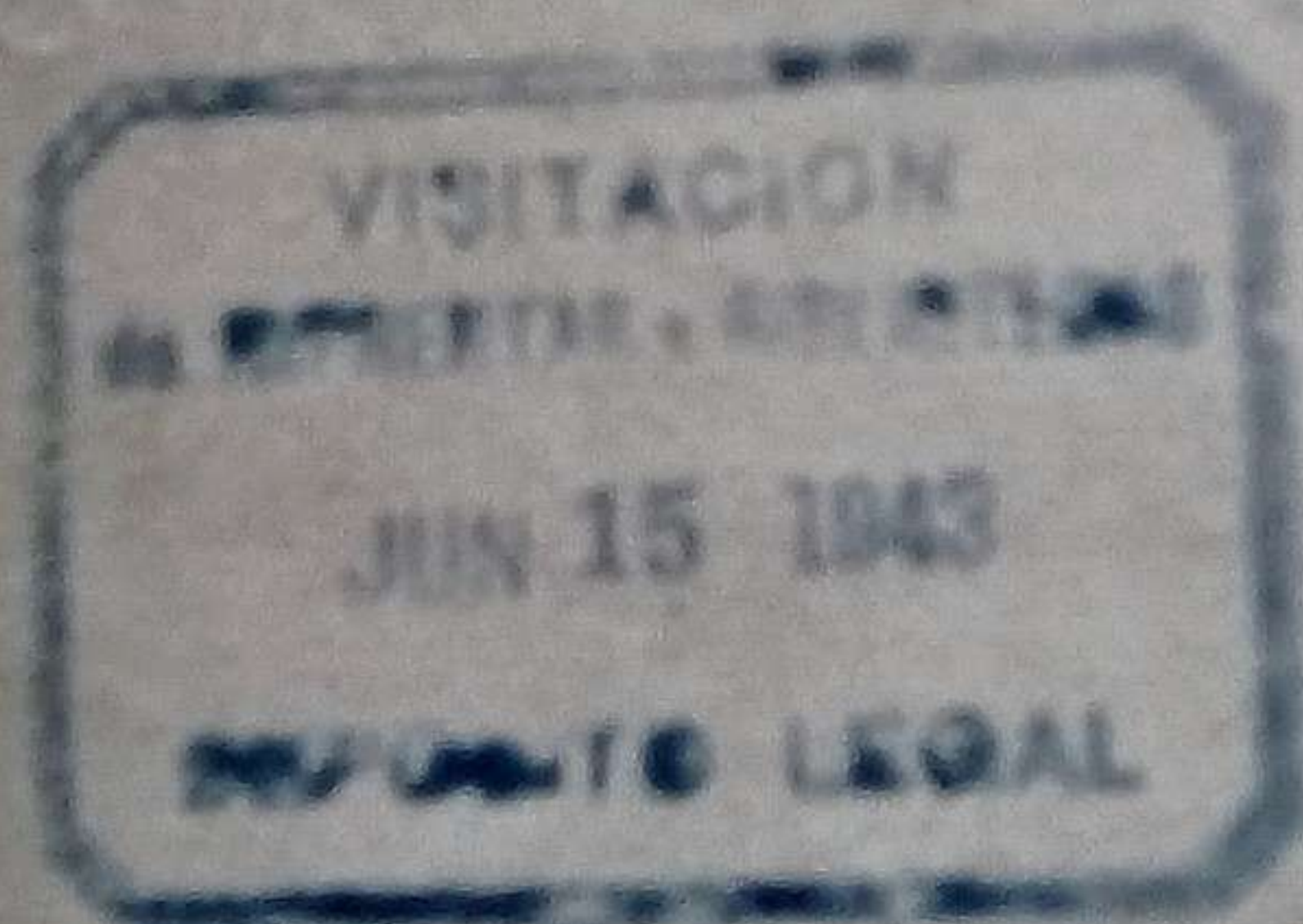
Es propiedad. Derechos exclusivos.
Inscripción N.º 7088. Copyright by
Empresa Editora Zig-Zag, S. A., San-
tiago de Chile, 1938.

ARMANDO BAZAN

Biografía
de
José Carlos Mariátegui



Z I G - Z A G



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PALABRAS
DE
L U G O N E S

IN MEMORIAM (1)

Estimé mucho en José Carlos Mariátegui la libertad del pensamiento, la nobleza del propósito, la valentía del entusiasmo y la claridad de la expresión. Estas cualidades que en él descubrí desde que un artículo suyo me cayó a la mano, y de lance para mejor, motivó una simpatía compartida, por decirlo así, "tamen et discessio", según nos lo acuerda con superioridad la aristocrática virtud de la tolerancia. De éste, pues, que fué el mejor entre todos los izquierdistas, tuve afecto y consideración que me bastan y me obligan al homenaje ante la estela truncada de su sepulcro. Pues se ha ido, en efecto, antes de la sazón, bien que ya florido y doloroso como todos los señalados por la divina fatalidad de la belleza. Soñando su aurora roja al dormirse en la eternidad, éste, que por su amor al pueblo y a la justicia revolucionaria, pudo ser tal vez un Couthon sin guillotina. Queriendo la dicha de los débiles y de los tristes, este fulminado del destino, sobre cuya lápida podría exhibirse al modo de un antiguo epitafio, el elogio de la glicina tronchada: FLORECIÓ EN SU DOLOR.

(1) De la "Vida Literaria", Buenos Aires, 1930.

PALABRAS
DE
SANIN CANO

José Carlos Mariátegui pertenece ya a la categoría de los escritores universales en América. Su educación, su manera de sentir, su visión de los tiempos no es americana sino en cuanto el continente a que pertenecemos forma parte, con la mentalidad de sus mejores unidades y las aspiraciones comunes a todos sus habitantes, de la cultura predominante en los países occidentales (1).

(1) De "Crítica y Arte", pág. 211.

PALABRAS
DE
WALDO FRANK

Cien años hace que San Martín y Bolívar pasaron desde el Atlántico al Pacífico; aquella marcha libertó a las colonias de los ejércitos de España. La juventud que ahora invita a Mariátegui para que vaya a Buenos Aires no piensa seguramente en símbolos continentales. Sin embargo, la marcha de este guerrero del pensamiento, desde el Pacífico al Atlántico, cierra el ciclo comenzado hace una centuria. El Continente de la América hispana no se transforma sólo con derrotar ejércitos y expulsar virreyes. Al Golpe Libertador asentado desde Oriente a Occidente hay que responder con otro que vaya a Oriente... La marcha de Mariátegui, que va desde el Pacífico, tiene el significado de un augurio (1).

(1) Estas palabras fueron escritas por Waldo Frank pocos meses antes de que Mariátegui muriera en Lima el año 1930. (Nota de A. B.)

PALABRAS
DE
JUAN MARINELLO

Está bien que en esta oportunidad y con estas circunstancias se recuerde al gran Amauta del Perú (1). Hagámosle un recuerdo fiel. Démonos las manos en estas mismas circunstancias de excepción. En definitiva, estas circunstancias son en buena parte hijas de su obra. Porque él fué un ejemplo, el más alto de su tiempo americano del hombre de libros en derrotero político. Hacer de casos como el de esta noche, en que el pueblo se sienta en la casa de la cultura, la regla y la ley, es cumplir su pensamiento y seguir empujando con él su propósito. Poseyó José Carlos una calidad suprema de escritor; la novedad de su actitud es novedad de su expresión; la reciedumbre de su intento, firmeza de la prosa inusitada. Ciertamente. Pero si éas hubieran sido sus virtudes culminantes, no estaríamos recordándolo a los nueve años ni estaríamos sintiéndolo como vida inacabada e inacabable. Como en Martí, del que es descendiente cercano y legítimo, el arte no es una contemplación, sino una acción, y la belleza se le va haciendo no de expectativas, sino de ejercicio. El ímpetu le sale reluciente y perfecto como en el sol, que embellece creando. Sea así, compañeros intelectuales, vuestra obra y vuestra voluntad. Seamos hijos de su actitud los que no podemos serlo de su calidad.

(1) Pertenecen estas palabras a un discurso que pronunció Marinello en la Universidad de Santiago de Chile, el año 1939.

MARIATEGUI Y SU TIEMPO

Mariátegui nació el año 1895, o sea, cuando en la política peruana actuaban tres figuras de primera magnitud: el general Cáceres, en la Presidencia de la República, Nicolás de Piérola y Manuel González Prada, cada uno por su lado y a su manera, en la oposición.

Cáceres era una hechura de la guerra con Chile. Representaba al héroe de la obstinada defensa nacional, a pesar de la derrota y de la impotencia. Con esos títulos de gloria y con el apoyo del ejército, había desempeñado ya, una vez, las funciones de Presidente, hasta el año 1884, fecha en que entregó el poder a Morales Bermúdez. La muerte de éste, antes de que terminara su mandato, despertó en Cáceres la ambición de volver al poder. En poco tiempo desplazó a Romaña, sucesor accidental del Presidente fallecido, y se adueñó de la primera magistratura del Estado.

Este hecho significaba el entronizamiento del militarismo, desgracia nacional que parecía haber terminado pocos años antes de la guerra con Chile, cuando el partido civilista llegó al poder. El hecho provocó una profunda reacción nacional que abarcaba a todas las clases sociales y que logró desalojar, después de una guerra civil, al militarismo. Le tocó a Nicolás de Piérola ser el abnegado agitador, el guía inteligente de ese movimiento.

También Piérola había sido ya Presidente, el año 1879, en momentos en que la nación atravesaba por uno de sus trances más difíciles, o sea, cuando Prado, el Presidente civilista, abandonó el poder, marchándose a Europa, ante la inminencia del desastre en la contienda armada.

No era nada difícil prever esa derrota. Actuaban en ese sentido profundas y remotas causas históricas. Perú estaba, con respecto a Chile, en un atraso notable. La misma guerra de la Independencia ya había demostrado este hecho, cuando fué necesaria la intervención no sólo de guías y directores, sino de ejércitos extranjeros, para lograr la victoria sobre los ejércitos realistas.

Es un hecho evidente que la conquista española de nuestro continente implicó el establecimiento de formas medievales de producción, desde las tierras de México hasta la Argentina, pasando por el Perú. Pero los factores de orden administrativo, geográfico, regional hasta de inmigración, determinaron notables diferencias entre los distintos países sudamericanos.

La inmigración que vino a radicarse en el Perú provenía en su inmensa mayoría de Andalucía y Extremadura, provincias trabajadas secularmente por la influencia y la acción directa de los árabes, por el clima suave por el paisaje luminoso del Mediterráneo. Inmigración de gentes cuya actitud ante la vida está fuertemente coloreada por una filosofía fatalista no exenta de refinada sensualidad y por un sentido agudísimo del arte en todas sus formas. Vino a Chile, en cambio, una inmigración que tenía muchos elementos del Norte español: de Vizcaya principalmente. Y el vasco, a quien no tocó la influencia del Islam, es un hombre polarmente distinto del andaluz, del que no tiene ni su sentido artístico ni su actitud contemplativa ante la vida. El vasco, por el contrario, influido por los celtas y por los anglosajones, es un hombre razonador, negociante, emprendedor más bien.

Aun en nuestros días modernos, los mejores poetas y las mejores bailarinas que deslumbran en Madrid vienen de las tierras de García Lorca, Rafael Alberti y Pío Baroja; en cambio, los mejores razonadores, los mejores banqueros, los mejores futbolistas vienen del País Vasco.

de Unamuno, Chapaprieta y Uzcudun.

Eran dos elementos distintos de inmigración, pues, los que vinieron a Chile y al Perú. Pero la cuestión se agrava, además, por el hecho de que, al ser el Perú el centro del Virreinato, era natural que toda la nobleza se agrupara allí; la nobleza compuesta en su inmensa mayoría de latifundistas, acostumbrados desde la España Medieval a disfrutar de inmensos dominios y de centenares de esclavos, que les deparaban, casi sin saber cómo, una vida de sensualidad y de mollicie. El feudalismo enraizó, pues, en el Perú con una fuerza poderosa como no lo hizo acaso en ninguna otra región americana. Así, la consumación de la independencia no significó para el Perú muy señaladamente otra cosa que el desgajamiento de la nobleza española, aclimatada bien o mal en nuestros suelos. Por eso, cuando después de medio siglo surgió la contienda armada entre las dos flamas Re-públicas del Pacífico, podía observarse con entera claridad que los descendientes del inmigrante vasco (Errázuriz, Irarrázaval, Ochagavía, Eguiguren, Aldunate, etc.) habían empujado a Chile por los caminos del capitalismo, la industrialización, hecho que, en definitiva, es lo que en la época contemporánea establece la superioridad de los pueblos; en el Perú, la inmigración sureña, con su nobleza medieval (Riva Agüero, Vivanco, Aliaga Pardo, La Torre), no había hecho más que aferrarse a sus privilegios, manteniendo al país en una atmósfera medieval con sus grandes latifundios y sus millones de indios analfabetos y esclavizados, sin la menor idea o con una idea distinta de la nacionalidad (1).

Los resultados de una guerra entre estos dos países eran, pues, fácilmente previsibles. Por lo menos para la

(1) Influyeron también otras causas, repito: la fertilidad de la costa chilena, con un terreno apropiado para la vía férrea, frente a los grandes arenales estériles peruanos. La producción del hierro en Chile, etc.

oligarquía peruana que se puso al margen del poder, no apareció cargada con las responsabilidades de un desastre inevitable.

Esa fue la conjuntura favorable, sin la cual Piérola, candidato sostenido por las capas populares y que representaba una fuerza antagónica a la oligarquía, no habría podido llegar nunca a la primera magistratura del Estado.

Había necesidad de ser un patriota fervoroso, un optimista exaltado para poder pensar allí en un resultado favorable en el conflicto armado. Resultó que Piérola era; tenía que serlo, pues se trataba de un descendiente de aristocracia caída en las clases medias (compuesta en su inmensa mayoría por mestizos y criollos), las únicas que se sentían realmente vinculadas al suelo y al destino de la patria, las únicas que con el incipiente proletariado tenían una conciencia firme de la nacionalidad; el indio, que seguía subyugado económica y políticamente, no podía tenerla.

Piérola había sido, pues, en esa ocasión Presidente hasta el momento en que se vio consumado el desastre. Tuvo que abandonar el poder, en completo desprestigio, inculcado violentamente por la oligarquía, que quería aparecer con las manos lavadas, censurado ásperamente por quienes sentían con más agudeza el dolor de la pérdida y cuyo vocero autorizado e implacable era Manuel González Prada.

Como había sucedido ya en otras ocasiones de crisis nacional, fue el militarismo quien se adueñó del poder. Al comienzo de estas líneas hemos hablado ya de este instante. El general Cáceres, en la presidencia de la República. Morales Bermúdez y Cáceres otra vez. El militarismo y la reacción popular.

¿Qué figura podía oponerse al militarismo? El optimista. No era aún propicio para ningún personaje optimista. Quedaban Piérola y González Prada. Pero Piérola

había actuado ya, en la presidencia, y a pesar de su primer fracaso aparecía ante la imaginación popular con una aureola de hombre patriota y valeroso. Al ser Ministro de Hacienda, antes del 89, había dado pruebas de extraordinaria capacidad financiera y había luchado abiertamente contra los consignatarios de la casta civilista que se hacían millonarios de la noche a la mañana a expensas del Estado. Todo el mundo conocía, además, su proeza espectacular cuando dirigió personalmente el combate de un buque peruano contra dos buques ingleses, en defensa del honor nacional. Y su otra proeza no menos espectacular, cuando pudo escapar de las prisiones de Cáceres. Era, pues, el hombre indicado para ese momento. La oligarquía, flexible y astuta, como en todas partes, le brindó su apoyo.

En cambio, González Prada se mostraba irreductible. Había acusado a Piérola y había acusado a Cáceres. Estaba en el camino de la oposición sistemática. Y será muy difícil que pueda salir de él en todos los días de su vida.

González Prada era también, como Piérola, un descendiente de aristócratas empobrecidos, y un ex seminarista. Antes del conflicto armado, vivía tranquilamente dedicándose a los negocios, a la buena lectura y la inspiración poética. El desastre nacional le hizo reaccionar violentamente, sacándole a las actividades de la vida pública. Un hermoso discurso que pronunció en el Politeama bastó para darle gran renombre. Sus primeros escritos tenían un ímpetu irresistible y le hicieron aparecer como el hombre guía que necesitaba la nación. Llegó a fundar uno y después otro partido político, con un programa máximo de regeneración nacional. Pero esos partidos, en la misma forma que todas sus gestiones políticas posteriores, se vieron condenados al fracaso. No hubo necesidad de que transcurrieran muchos años para que se viera clara la falta de capacidad política de

Prada. Le faltaban muchas cualidades, quizá sea mejor decir, condiciones de político. Es verdad que sabía ver, veía los errores y los defectos, y sabía, mejor aún, apurarlos; pero no sabía penetrar hasta el fondo de las causas. Menos sabía aún remediarlos. Era como un médico que sólo supiera ver los síntomas, pero que no supiera diagnosticar la enfermedad. No pudo nunca dar ninguna solución, ni poner en práctica ningún plan eficaz. A pesar de sus alardes de razonador, y a pesar de todo lo que se diga en contrario, Prada fué un terrible sentimental; sus veros, sus reacciones, su vida entera, estuvieron allí probándolo con claridad. (1). El romántico político enamorado de un mundo irreal, que exige tanto más de lo que da. Hubiera querido que su país medievales se despojara en dos días de sus costuras seculares para ponerse a la altura de los grandes países occidentales, trabajados por formidables experiencias históricas de siglos. No sabía que diez, veinte o cien años son un fugaz minuto cuando se trata de la historia humana. Ni sabía que hay momentos en que los pueblos aparecen no avanzando marcando el paso en el mismo sitio, sino retrocediendo en la perspectiva del progreso, para después lanzarse irresistiblemente hacia adelante. Para él los civilistas, Carreres y Piérola eran la misma cosa. Tal panorama le mantenía en constante indignación y le hacía escribir sus famosos panfletos, en los que la realidad nacional aparecía condenada a la muerte sin remedio: "Nuestros militares son unos vándalos, nuestros hombres públicos son unos ventrales, nuestros periodistas son unos venales rascacielos, nuestros partidos políticos son bandas de ladrones arribistas, etc.". No tenía ninguna de las condiciones del político, del hombre que trabaja con los elementos que tiene a su alcance y que exige de la realidad el máximo, el ciento por ciento, pero que en un instante

(1) Consúltase la "Biografía de González Prada", por L. Sánchez.

do se conforma con lo que ella le dé, con un cincuenta por ciento, y hasta con nada si tiene la esperanza de tiempos y circunstancias mejores. No tenía nada del hombre que gobierna colectividades, que presiente el acontecimiento y le sale al paso con las manos listas, para encauzar sus consecuencias en un sentido favorable; del hombre, en fin, que cala hasta el fondo mismo de los hombres, se apodera de sus resortes psíquicos, los maneja y sabe sacar de ellos el mejor provecho posible. En un instante dado tuvo a su alrededor a los mejores elementos de la nación: los más entusiastas, los más optimistas, los más jóvenes —como él quería—. Pero todos esos elementos fueron alejándose de él a medida que presentían o palpaban su incapacidad política. (1). Esos “jóvenes” que querían actuar con la realidad nacional, tuvieron toda la razón del mundo al hacerlo. Algunos le abandonaron para seguir a Piérola; otros, más tarde, para seguir a Leguía, dos hombres de un efectivo sentido práctico, dos financistas, dos realizadores, que, a pesar de sus errores y fracasos, empujaron al Perú por las vías del progreso.

Sin embargo, González Prada tiene, mirado desde otro ángulo, además de su alta calidad de artista, una importancia fundamental en el mismo plano de la política. Su pesimismo no tendía a evadirse hacia la inacción y la muerte; su pesimismo estaba penetrado de vitales esencias. Toda su vida, pero en cierto momento, sobre todo, fué un rebelde impetuoso y valiente; fué un rebelde de acción. La mayoría de sus artículos y discursos pueden estar casi desprovistos de médula ideológica, pueden ser retórica a veces arrebatada, a veces preciosista, pero, en cambio, están cargados al máximo de ese fluido sentimental que arrastra a las masas y que suele trans-

(1) Entiéndase bien que sólo trato de interpretar y comprobar. No es que quiera subestimar los valores del precursor junto a los del político.

formarse, llegado el momento, en luz de faro para las juventudes generosas e idealistas. Esos discursos y artículos sirvieron para que algunos años más tarde brillara en las nuevas generaciones peruanas un impulso que les hizo inclinarse irresistiblemente hacia las cuestiones sociales; y en su propio tiempo sirvieron, si no como orientación, por lo menos como estimulante, fueran el grito de alerta, el latigazo que saca de la depresión.

Sus apóstrofes contra Cáceres y el militarismo ciliaron el ambiente nacional, agitaron a los mejores espíritus de la capital y de provincias, y contribuyeron a esta forma al desencadenamiento de una de las más grandes y trascendentales luchas sociales que ha tenido el Perú.

El año 1895, la guerra civil, generalizada en toda la patria, culmina con el derrocamiento de Cáceres, y la elección de Piérola a la presidencia.

Esa vez todo se hizo a tiro de fusil, a sangre y fuego. Y en medio de esas descargas y esos choques de agitación nacional, que forcejeaba en busca de sus mejores destinos, nació José Carlos Mariátegui.

La segunda gestión presidencial de Piérola constituye uno de los períodos más felices de la historia peruana. Piérola llegó al poder, como es sabido, después de haber hecho una alianza con el civilismo. Pero sería tanto injusto hablar en este caso de claudicación. Piérola no tuvo más remedio que hacer esa alianza; la hizo pensando ciertamente en que podría utilizarla para sus propios fines. En realidad, si es que pudo lograr sus intenciones, no lo hizo más que en la medida en que el civilismo logró también las suyas.

(1) Esta como otras apreciaciones más discrepan de la de Mariátegui, a quien, por otra parte, tributo mi más ferviente devoción, puesto que le debo, como se verá más adelante, la luz del espíritu.

Piérola, que a la caída de su primer gobierno fué a vivir un tiempo en Europa y después en Chile, había enriquecido grandemente sus conocimientos y su experiencia, de tal manera que, siguiendo el camino de nuestros grandes políticos de América, trató de realizar en el Perú lo que ya se había realizado en pueblos más avanzados de Europa y de América. Durante su período se inicia en cierta forma la industrialización, se llevan a cabo muchas reformas fiscales y se trabaja en la construcción de obras públicas. Piérola ha sido uno de nuestros contados hombres públicos que tenía enteramente despierto el sentido de su responsabilidad, por eso es que prescindiendo de los intereses particulares, sólo tenía en cuenta el bien nacional. En muchas ocasiones supo tener el valor de actuar contra sus propios amigos y contra su propio partido, en defensa de los altos intereses de la colectividad. Por último, hizo lo posible —y lo logró en parte— por dar sólidas bases jurídicas y administrativas al Estado.

Entre las más notables innovaciones de Piérola está la Reforma de la Ley Electoral: una de las mayores conquistas de la sociedad contemporánea. Sin embargo, es curioso observar cómo esta reforma, que debe servir de garantía para los candidatos populares, se dirigió de inmediato contra su propugnador. Esta reforma, que establecía el voto directo, tuvo para Piérola un efecto tan negativo, como la implantación del voto femenino en España, por ejemplo, que perjudicó visiblemente a los republicanos y socialistas, sus autores, cuando en 1933 fueron vencidos por las huestas de Gil Robles. En realidad, tal reforma, en un país de incipiente vida política como el Perú de aquella época, ponía el triunfo en manos del candidato que podía comprar mayor número de votos, es decir, en manos de la plutocracia. Esta no fué la única causa, claro está, pero fué una de las causas fundamentales para que Piérola no pudiera triunfar.

cuando más tarde y en repetidas ocasiones trató de volver a la presidencia de la República, a pesar de haber mostrado sus extraordinarias dotes, condiciones de financista y de gobernante, y a pesar de ser el candidato más ruinoso del pueblo.

Si Piérola no hizo más, y fué al fin y al cabo vencido por el civilismo, no debemos acusarle, enteramente. Las fuerzas sociales, que constituían la verdadera base de sustentación del pierolismo, no contaban ni con la experiencia ni con los cuadros necesarios para secundar eficazmente la obra del dirigente. Y en cambio tuvieron abierta o solapadamente, en contra el poderío del director, pues el civilismo no dejó de ver nunca en él al representante de fuerzas sociales antagónicas. Había tenido que soportarle cuando no le quedaba otra solución, pero tan luego como jugó que las horas de peligro habían pasado, quiso asumir y asumió el poder directamente.

Los tiempos habían cambiado, evidentemente. El país, uno de los más ricos de la Tierra, comenzaba a salir de su depresión. La economía se había estabilizado en cierta forma; las clases medias, en camino de prosperidad, prestaban poca atención a los juegos de la política; el militarismo parecía domado después de la ruda lección que tuvo Cáceres; González Prada se había marchado, sin cierta amargura y decepción —románticas—, a Europa. El civilista Candamo, sucesor de Piérola, cumplió, pues, con entera tranquilidad su mandato presidencial. Y lo mismo sucedió con su correligionario y sucesor Manuel Pardo.

Pero el año 1908 se realiza un hecho notable: sale al poder, llevado por el civilismo, Augusto B. Leguía, un personaje que por su temperamento, su avanzada mentalidad, estaría llamado a asumir la función de Piérola, a representar las fuerzas sociales antagónicas a la oligarquía civilista.

Leguía no pertenecía, en realidad, por nacimiento

a la casta oligárquica. Provenía de una antigua familia lambayecana, que había perdido su fortuna. Se incorporó a la clase gobernante en la misma forma que Piérola, gracias a sus extraordinarias condiciones de financista, demostradas espectacularmente cuando en una ocasión salvó de la quiebra a una firma comercial importante. Fué primero Ministro de Hacienda, en el gobierno de Candamo, y después en el de Pardo. Su gestión en dicho ministerio le afianzó en el prestigio de las altas esferas, y le conquistó una efectiva popularidad en la base social. Por eso, el camino del triunfo le fué sumamente fácil.

Leguía, que había pasado algunos años de su vida en Valparaíso, tenía, al llegar al poder, la mentalidad de un capitalista moderno que se ha despojado de muchos prejuicios y de muchos hábitos reaccionarios. No le faltaban en su ascendencia algunos títulos de nobleza, pero, como Piérola, había vivido en contacto con las clases medias; había comenzado su carrera como un simple empleado de comercio. Su actividad política tenía, pues, que contraponerse forzosamente, en un momento dado, en ciertos aspectos, a la mentalidad y a los intereses del grupo civilista, semifeudal.

Esta oposición tuvo sus primeras manifestaciones desde el momento de su llegada al poder. Desde ese mismo momento quedaron también esbozados los contornos de su personalidad fuertemente autoritaria, que en los períodos posteriores de su gobierno no harían más que acentuarse.

Eran aquéllos los buenos tiempos del parlamentarismo en el Perú. Los diputados y senadores, no tanto por ser legisladores, cuanto por ser grandes propietarios de tierras, señores poderosos e influyentes, tenían que formar un organismo temible en cierta forma para el Presidente. Si Leguía hubiera llegado al poder sin otro propósito que el de seguir las huellas de sus anteceso-

res en la primera magistratura del Estado, es decir, otro propósito que el de servir los intereses del mismo, ese Parlamento de latifundistas reaccionarios habría sido un organismo adecuado para su función bernamental. Pero no era así. Leguía traía dentro de sí otros propósitos y se sentía más bien inclinado a luchar contra esos intereses. En tales condiciones el Parlamento le resultaba un obstáculo, un serio peligro. Había que tomar, pues, una decisión rápida para neutralizar ese instrumento. Leguía, ya con los resortes de poder en la mano, maniobró con flexibilidad y con fuerza y en unas elecciones debidamente preparadas derrotó muchos opositores a los latifundistas y trajo al Parlamento un grupo de diputados y senadores que le daban mayoría absoluta adicta en las Cámaras.

La hora de Piérola había pasado ya. El viejo "Cacique" estaba en decadencia. Y en lugar de aliarse con Leguía que representaba una fuerza del mismo signo que la suya, le hizo una obstinada e inoperante oposición.

Apoyado por la burguesía naciente, las clases medias, los obreros avanzados y, sobre todo, por el ejército, cristiano en su inmensa mayoría, Leguía pudo actuar eficazmente y en abierta oposición contra el civilismo. A su vez, maniobraba hábilmente para terminar como había terminado con Piérola. Pero Leguía terminó sin grandes sobresaltos su primer período presidencial. Y, gracias a su apoyo, pudo llegar al poder Guillermo Billinghurst, un hombre de negocios también, un verdadero jacobino, que había vivido en las salitreras de Chile (1), y que había demostrado su capacidad administrativa.

(1) El papel que Chile representa en la vida espiritual y política de Hispanoamérica no deja de asombrar cuando se piensa en ello: Prada, Piérola, Leguía, Billinghurst, pasados Chile antes de ser nombres americanos. Lo mismo sucede con Sarmiento y Alberdi, con Bello, con Hostos, con Rubén Daro. Justo es rendirle homenaje.

iva, su espíritu renovador y su devoción por el pueblo al desempeñar la Alcaldía de Lima.

Durante el Gobierno de Leguía se habían sentido fuertes manifestaciones de depresión económica, que, como siempre, redundaron en perjuicio del pueblo. Además, Leguía no tenía nada del chauvinista ofuscado, y había solucionado, por eso, con un amplio y noble criterio, ciertas cuestiones pendientes de límites con el Brasil y Colombia, asunto sumamente delicado y fácilmente explotable para desacreditar a un hombre de Gobierno en nuestro país. El civilismo lo aprovechó debidamente, y al es que por el momento no pudo llevar su candidatura al poder, se dió la satisfacción de ver que su enemigo caía en pleno desprestigio y que se veía obligado a salir del Perú para ponerse a salvo de las iras populacheras.

El fervor popular se había fijado con toda su intensidad en Billinghurst. Claro está que lo merecía. Este hombre, enteramente bueno y práctico, traía viables ímpetus demoledores y renovadores, pero no tenía la perspicacia política ni la agilidad espiritual de su antecesor. Se encontró con el mismo problema inicial de Leguía: el civilismo se encontraba con una abrumadora mayoría en las Cámaras y se levantaba como una muralla de granito, en la que irían a romperse sus propósitos renovadores. Ya hemos visto cómo Leguía sorteó el obstáculo, maniobrando hábilmente. Billinghurst, menos conocedor de su medio y de sus enemigos, quiso golpear de frente, arremeter contra el obstáculo: disolver las Cámaras y gobernar jacobinamente, con un Consejo de Salud Pública. En la arremetida salió deshecho para siempre. Las incipientes masas populares del Perú no eran, por cierto, nada comparables con aquellas que derribaron la Bastilla. Además, el problema se presentaba en otros términos. Lo cierto es que los civilistas supieron manobrar diestramente entre el ejército, y ese ensayo de trans-

formación profunda quedó frustrado por un cuartel durante el cual fué asesinado el general Varela, Ministro de Guerra del Gobierno constituido.

Una Junta de Gobierno, presidida por el coronel navides, sirvió de puente para que el civilismo llegara vez al poder. José Pardo fué reelegido Presidente de la República.

José Carlos Mariátegui llegaba por ese entonces veinte años y comenzaba a publicar en la prensa primeros ejercicios literarios.

Niñez y Adolescencia

La vida de Mariátegui tiene más de una semejanza con la de ese niño pobre que en una ciudad alemana aprendió a tocar piano bajo la férula implacable de su padre, y que, ya músico genial, perdió la facultad de oír los sonidos del mundo y las voces de los hombres. Yo, que tuve el privilegio acaso inmerecido de vivir junto a Mariátegui desde el momento en que quedó para siempre inválido, postrado, sé hasta qué profundidades y hasta qué alturas llegó su dolor para transformarse, como en el caso del divino sordo, en alegría, en fuente de trabajo inexhausta y en felicidad absoluta.

Mariátegui, como todos los niños pobres del mundo, no tuvo niñez, si la niñez es o debe ser la edad placentera, el pórtico de la vida humana, en el que el recién venido encuentre imágenes y colores sonrientes para sus ojos limpios, sonidos suaves para sus delicados tímpanos, higiene, alimento, cuidados apropiados para evitar que el más pequeño accidente venga a lesionar para siempre una vida. Niñez que, al parecer, desde que el mundo existe, sólo pueden disfrutar los hijos de los poseedores. La niñez de Mariátegui fué la del niño pobre, la niñez mal vestida, insuficientemente alimentada, que tiene por única dulzura doliente el amor y la solicitud de una madre que se debate en la impotencia y en las privaciones.

Muchos cargos hay que hacer a nuestra sociedad contemporánea; pero este espectáculo de la niñez que se arrastra sucia, con los ojos hundidos por la anemia, por

las calles de nuestras grandes urbes es, con toda seguridad, el más grave de todos.

Mariátegui no vivió su niñez en el arroyo, como empujados millones de niños a que me refiero, pero sufrió privaciones. Tuvo tres hermanos y sólo conoció a su madre. Y a la edad de doce años comenzó a ganar el pan, como un hombre, con el sudor de la frente...

"A la edad de doce años comencé a trabajar como alcanzarrejonos, en los talleres de una imprenta", escribió el mismo en una sucinta nota biográfica que le fue publicada por una revista argentina ya cuando era escueto y austero, sin hacer ningún alarde, con la más delicada sencillez. En la misma forma habló siempre en el círculo de su intimidad, sin lanzar nunca una queja, con ese pudor immaculado de la desgracia que es característica exclusiva de los grandes espíritus.

Cuando entró a trabajar en el taller de imprenta había ya sufrido un golpe casual en la rodilla derecha; ese golpe le ocasionó la dolencia, que, insuficientemente curada a causa de la ignorancia y la pobreza de sus familiares, quedó sólo adormecida durante algunos años para llevarle después a la postración cuando no había llegado a la treintena, y al sepulcro, cuando apenas llegaba a los treinta y cinco años, es decir, en la que por lo general el artista, el hombre de ciencia, el pensador comienza a rendir sus mejores frutos.

Así, con su lesión que ya le ocasionaba molestia al andar, tenía que caminar incesantemente dentro y fuera del taller, por todas las calles de Lima. "Cuando me tocaba viajar en tranvía —solía decirme—, entonces me ponía a leer un periódico o un libro. Y, aunque no hubiera leído ya una vez, si no tenía otra cosa, no podía más que repetir con el mayor placer."

La lectura fue, desde su niñez, su refugio, su adicte a su embriaguez. Leyó y leyó sin parar, lo que viniera a

manos, cada vez que le dejaban libre sus obligaciones. Y así es cómo, sin ningún guía, sin ningún otro consejero que su intuición extraordinaria, iba colocando los primeros cimientos de su cultura, que llegó a ser más tarde, en América, una de las mejores de su tiempo.

El alimento intelectual se asimilaba en toda regla. Al mismo tiempo que aprendía el oficio de tipógrafo, por su propia cuenta, hacía progresos visibles en su autoilustración. A la edad de dieciséis años podía ya corregir las faltas de ortografía y de sintaxis de algunos escritores famosos en el Perú de aquellos días.

—La devoción que yo sentía por la inteligencia, desde niño —le oí decir más de una vez—, me hacía atribuir a todos los escritores, sin excepción, cualidades de sabiduría un poco exageradas. Todo hombre que podía publicar en un periódico lo que escribía era para mí una especie de ser superior... Pero comencé a dudar de los escritores desde el día que me fué dado corregirlos, en los talleres de imprenta, ciertas faltas imperdonables de gramática...

Por el tiempo en que le oí decir estas cosas, yo vivía entregado, con la pasión de mis veinte años, a leer y a escribir versos. Hago esta digresión para dar toda claridad a lo que viene en seguida.

—...Es verdad —continuaba, con la sonrisa que comenzaba a aflorar en su rostro, y mirándome de soslayo— que esos escritores deficientemente enterados de la gramática eran poetas... infaliblemente... Y los poetas, como usted sabe, dedicados al trato con las musas, suelen ocuparse muy poco de la señora gramática... ¿No es cierto?

La indirecta no podía ser más directa. Y nos poníamos a reír.

Y proseguía después:

—Yo no había llegado aún a los veinte años, y había

estado en la escuela interrumpidamente, sólo hasta la edad de doce años. No me hacía falta ser demasiado listo, pues, para considerarme sumamente inculto aquellos días. Mi juicio sobre esos escritores no podía menos peyorativo.

—¿Ese descubrimiento le dió ánimo para escribir?

—No, ya había escrito en la escuela, a escondidas, algunos himnos patrióticos y algunos cánticos a la Virgen, pero esa comprobación me dió valor para enviar algunas notas en estricto anonimato a "La Prensa", periódico cuyos talleres trabajaba ya. Tuve la mayor alegría de mi adolescencia al ver que la primera nota se publicó inmediatamente. Pocos días después me presenté al director del periódico para expresarle mi alegría y mi agradecimiento. El director me alentó muy cordialmente. Desde entonces empecé a colaborar regularmente en ése y en otros periódicos, empleando distintos seudónimos. Muy pocas veces he firmado mis artículos con mi verdadero nombre, hasta antes de volver de Europa. Lo hice seguramente por intuición, por presentimiento. Ya sabe usted qué. Ya sabe que ahora no reconozco ninguna paternidad a todo lo que escribí con esos seudónimos. Me ruborizo francamente. Son demasiado malos esos versos y crónicas...

Sus amigos solíamos sorprenderle a veces con la figura de uno que otro verso olímpico y de innegable inspiración dannunziana, que llevaba la firma de Juan Cordero (su seudónimo más conocido).

Mariátegui sonreía entonces con el mejor buen humor del mundo, se aguzaba en sus ojos el filo de la suspicacia y exclamaba agitando el brazo alargado, que terminaba en una mano pálida y afilada:

—No es verdad que lleva esa firma... Completamente falso.

Si el recorte, para probar la verdad, iba a parar a...

manos, la maniobra estaba lograda. Y en menos de un segundo estaba transformado en mixtura.

No tenía razón para renegar así, en bloque, de todo lo que había escrito antes de su viaje a Europa. En algunos artículos de ese tiempo podía verse ya con claridad la médula de un gran escritor.

Para saber lo que era el ambiente literario peruano en la época en que Mariátegui publicaba sus versos y sus crónicas junto con las firmas de Valdelomar, de César Falcón, de Enrique Bustamante y Ballivian y otros escritores notables, es necesario que hablemos del proceso que siguió la literatura peruana, a partir de la guerra con Chile, es decir, del período en que aparecen nuestras más grandes figuras literarias: Ricardo Palma y González Prada.

Ya hemos esbozado anteriormente la figura de Manuel González Prada, cuya obra literaria está íntimamente ligada a la vida política del Perú, al hablar de Piérola y de Cáceres. Completemos nuestro esbozo ahora al tratar de Ricardo Palma, en cuya obra aparece sobre todo la vocación del artista.

De la lectura de la "Tradiciones Peruanas", obra básica de nuestra literatura tanto por su calidad de primer orden cuanto por su ambiente limeño, es decir, peruano (1), y por sus elementos de creación. (Se trata de un artista que tiene savia criolla, que se siente feliz de tenerla y que, por lo tanto, da nuevos sabores a nuestra literatura; no es posible deducir en ninguna forma que Palma

(1) La pasión ofuscada hace decir a algunos de nuestros escritores que lo verdaderamente peruano es solamente lo indígena. Pero Lima, con sus nobles decadentes peruanizados, con sus mestizos, sus mulatos y también con sus indios que venden fruta por todas las calles, es innegablemente, a la vez, el Perú.

44
 tuviera un espíritu colonialista, en un sentido retrogrado, no se deduce que Palma suspirara nostálgicamente por aquellos tiempos idos. Por el contrario, Palma apareció en sus "Tradiciones Peruanas" como un cuentista abocado de avanzadas tendencias, que no desperdicia ocasión para burlarse placenteramente de sus pejuicios y para descargar sus flechazos de librepensador y librepensador volteriano. ¿Cuál es, pues, la razón por la que durante muchos años se haya querido y se haya llegado a presentarle como un escritor reaccionario en oposición al revolucionario González Prada?)

Hay múltiples razones, y la fundamental es que mientras Palma, que no tenía nada de político —ni quería serlo, por lo menos en la forma de Prada—, se afilió y subordinó a las actividades y al destino del partido de Piérola, González Prada se mantuvo en los planos de una constante oposición, negándose a ver lo que en el piérolismo podía haber de renovador. De esta manera, en el momento en que el piérolismo se alió con el civilismo para derrotar un régimen de bárbaro militarismo, el partido de la oligarquía se apresuró a hacer figurar en sus rangos a hombres que no tenían nada de su espíritu. En el caso de Palma, la cuestión fué más lejos: el civilismo que adueñarse también de su obra, presentándola como la expresión de un movimiento que tiende a resucitar pasadas costumbres y caducas formas sociales. No logró hacerlo sino durante cierto tiempo. Y logró hacerlo gracias a que en sus mismos rangos se había originado un fenómeno de cierta evolución. La juventud que nacía de los viejos cuadros civilistas tenía una actitud en cierta forma distinta a la de sus antepasados. La paradoja de que José de la Riva Agüero, el valor más visible de esa juventud, llamara al movimiento intelectual de su tiempo "futurismo", no es más que relativa. Riva Agüero trajo un aporte nuevo al pensamiento de su clase y —en otras

termino— también una contribución al esfuerzo intelectual de su pueblo. Pecaríamos ciertamente de sectarismo si no reconociéramos en la obra primigenia de Riva Agüero (*La historia en el Perú* —sobre todo su crítica de Garcilaso de la Vega—, que es, por la riqueza de sus observaciones, por la amplitud de su espíritu, por la seriedad y responsabilidad de su método, una obra de primera fila en la literatura hispanoamericana de su época) un esfuerzo digno de los mayores elogios, sea cual fuere el punto de mira del hombre pensante. Fué este mismo Riva Agüero quien, ya por un interés enteramente clasista, trató de situar a Palma en su *Historia de la Literatura Peruana* en los cuadros del colonialismo. Intento frustrado. Pues Palma sólo tiene de colonialista sus motivos. Su espíritu es enteramente anticolonialista a sabiendas. Y, aunque hubiera sido sin saberlo, daría lo mismo. La obra de Balzac, que en la vida fué un militante monárquico, consituye, por ser la obra de un artista genial y verdadero, por ser un retrato fiel de esa aristocracia corrompida, una terrible acusación precisamente contra la clase que quería defender como político.

Claro está que Palma no se propuso desarrollar ninguna acción política al crear su obra, que no aspiraba a ser sino una realización artística. Sin embargo, la tuvo y la tiene en la misma forma que la de Balzac, en la misma forma que la de Goya, cuando pintaba a los reyes y nobles de su época, estampando en ellos toda la decrepitud de su casta, genialmente escondida entre las pálidas luces de un crepúsculo.

Palma no tenía de romántico sino su afán de evasión en el tiempo. Por lo demás, su arte es, por su agudeza en la observación y por la alegría de su humorismo un tanto escéptico, verdaderamente realista, por eso nos pudo pintar esos cuadros tan llenos de vida y de verdad, como

el "Beto, padre, beba, que le da la vida", "La gatita de Mari Ramon", en la serie de sus cuentos acabados.

El cuentista Palma pertenece, pues, a los mismos rangos creadores y renovadores del panfletario González Prada, a pesar de que se les haya querido presentar como adversarios políticos diametralmente opuestos y a pesar de que existan entre ellos profundas diferencias de temperamento, a pesar de que sean dos personalidades distintas. No podía ser de otra manera, pues, como se sabe se trataba de dos escritores de distinta extracción social y racial. Prada era un descendiente directo de aristócratas españoles, de esos mismos aristócratas que vivían en la incurable nostalgia de los tiempos virreinales, con los ojos resentidos y alertas para ver todo defecto del medio donde habían venido a parar, de un medio republicano de cuarteles y molinos. Este resentimiento negativo en sus antepasados se manifestó en Prada con un signo positivo y que a la larga debía resultar beneficioso para su pueblo. Sus antepasados menospreciaban al Perú comparándolo con la España de Fernando VII. Prada, cuyo pensamiento había evolucionado al máximo de su época, lo menospreciaba, comparándolo con Francia, con la Francia de la Revolución de los Derechos del Hombre, con la Francia culta de Voltaire y de Renan.

En cambio, Palma era un criollo legítimo, en cuyo espíritu no había ningún vestigio de aristocratismo, un criollo cuyo pasado estaba en el presente, en la propia realidad donde había nacido y crecido; en esa Lima nacida de un cruce racial a quien tanto debe, tanto ama a la que dió, en su literatura, categoría universal.

Después de estas figuras intelectuales de primer orden se destaca, cronológicamente, la de José de la Cruz Agüero, a la que acabo de referirme.

Riva Agüero, en el momento de su aparición a la escena literaria del Perú, es el mejor producto que han podido dar el civilismo y la Universidad. Fue el animador y guía del movimiento llamado "futurista", que en cierta forma venía a ser una reacción contra el izquierdismo beligerante y triunfante a partir de la guerra con Chile, y una síntesis, una resultante nacida de la fusión entre las fuerzas del pierrolismo y las del civilismo.

En Riva Agüero, hombre de casta, claro está, se da el caso de un espíritu que allienta la más pura y honda vocación intelectual, esa vocación intelectual que hace al hombre de ciencia. Se dedicó a la investigación histórica con una devoción y un acierto pocas veces igualados en nuestro país. Y esa investigación le llevó a ocuparse del indio, a quien trató amorosamente, sin pose, sin declamación, sin snobismo de ningún género. Por eso es imposible desconocer que su esfuerzo se calabaza con el de los precursores indigenistas y con el de los indigenistas de nuestros días. Lástima grande es que en ese espíritu tan bien dotado hayan pesado más al fin y al cabo los intereses de casta, hasta haberle llevado al campo más reaccionario de la oligarquía peruana, y hasta haberlo convertido en un enemigo acérrimo del nuevo pensamiento.

Figuran también, junto a Riva Agüero, otros nombres de notables poetas y escritores: José Gálvez, que es también limeño, como Palma, por su espíritu y por su obra, uno de nuestros más nobles poetas; Abelardo Gamarra, a quien Mariátegui tributó encendidos elogios por el espíritu de rebellón popular que lo agita, pero que realmente no llega a tener en su creación literaria la calidad, el brillo indispensables para darle el derecho de figurar entre los escritores, a pesar del fervor que lo anima.

Así como González Prada, Palma y Gamarra surgieron como una antítesis del colonialismo de Pardo y Allaga

y segura, dando origen a la síntesis del "futurismo" el que conviven elementos heterodoxos, como Riva Agüero, Beiragales, José Gálvez y otros, así también esta tesis, transformada a su vez en tesis, desarrollará su teoría, su antítesis; esta antítesis se encuentra en el movimiento conocido por el nombre "Colónida", en el encontrámonos a José Carlos Mariátegui.

La figura central de este fugaz movimiento literario fué Abraham Valdelomar, un privilegiado temperamento de artista, que murió desgraciadamente antes de cumplir los treinta años, dejando poemas, cuentos y ensayos de la más alta calidad, tanto por el contenido espiritual como por la maestría de su técnica.

Todo movimiento literario o artístico tiene su visible o escondido con un movimiento de índole social o política. Prada y Palma son, para la literatura, lo que Pío Baroja es para la política; Riva Agüero es, dentro del futurismo, lo que Candamo y José Pardo fueron en la hegemonía del civilismo; Valdelomar, César Falcón y Mariátegui fueron, para el grupo "Colónida", lo que Leguía y Billinghurst en la reacción contra el "civilismo".

El grupo Colónida no tenía un programa, ni un derrotero fijo (1): fué simplemente un acto de reacción contra todas las leyes establecidas en el arte que se desarrollaba en el Perú, una embestida contra el academismo y llevó el sello exclusivo de Valdelomar.

Valdelomar había sido un bullicioso agitador, un pintor descontento de sus pinos, un escritor que antes de su viaje a Europa no sobresalía grandemente en el periodismo. Su contacto con los Estados Unidos, Francia y, sobre todo, con la Italia dannunziana despertaron sus extraordinarias condiciones creativas.

Valdelomar, un criollo despierto, pagano y bello.

(1) El mismo Mariátegui dice a este respecto palabras recidas.

sensual, se quedó desde el primer instante captado por el gesto triunfal y olímpico de D'Annunzio, que por aquel entonces brillaba como estrella de primera magnitud en el cielo del arte occidental. Le había deslumbrado tanto como "Il Fuoco", el hecho de que el poeta calvo desafiara a las multitudes de los teatros cuando no aplaudían sus dramas, o se bañaba como un efebo, completamente desnudo, en medio de una comparsa de ninfas florentinas. Y cuando volvió al Perú traía junto con una bella colección de corbatas y pijamas de seda, otra de poses altisonantes, pero también un caudal inagotable del más delicado lirismo.

Entonces gobernaba Pardo. Mariátegui había llamado ya la atención por la agilidad y la agudeza de sus crónicas. Era el periodista profesional más joven de su tiempo; era el primer caso de un muchacho de diez y ocho años que ganaba con su pluma no sólo su sustento, sino el de su madre y el de sus dos hermanos: Julio César y Guillermina. Se le mimaba en todas partes y, en un momento dado, tuvo ocasión de conocer el ambiente de los salones elegantes, el deleite de las fiestas suntuosas y las movidas peripecias del hipódromo. Y esta experiencia, que para muchos artistas bien dotados suele ser funesta, resultó altamente provechosa para él, en cuyo espíritu alentaba la fuerza del verdadero creador, para quien el mayor bien de la Tierra es su facultad de crear en rigurosa lealtad consigo mismo.

Su contacto con Valdelomar lo influyó poderosamente desde el primer instante. Fué a formar parte de su grupo, llevándose consigo a César Falcón, un escritor de gran talento que trabajaba como él en "La Prensa" y en quien comenzaba a delinearse claramente una actitud de clase.

Por esa época de su vida le sucedieron dos percances que le dieron más popularidad que sus propios artículos.

En un momento dado en que "La Prensa" había tomado distinta dirección política, orientándose hacia la derecha, Mariátegui fué a parar en "El Tiempo". En su sección correspondiente publicó un día cierto comentario en el que analizaba la procedencia y trayectoria de casi todos los oficiales del ejército peruano de su época. El comentario no era ciertamente un elogio. Los oficiales jóvenes, corpulentos y ofuscados, se sintieron heridos en su amor propio, y sin tener la menor idea de lo que es la libertad de pensamiento, quisieron vengarse. En cualquier de barbarie no es nada raro entre profesionales educados exclusivamente para la beligerancia y el ataque. En nuestra América semivirgen suele darse el caso de que hasta los escritores proceden en la misma forma impetuosa. Uno de nuestros escritores americanos, que fué a vivir en España hace unos treinta años, consiguió hacerse famoso más que por la calidad de su obra, por sus metedidos directos. Cuando un crítico literario no hacía un elogio incondicional de su obra y, más bien, se permitía señalar sus errores o defectos, este escritor invitaba plantadamente a un almuerzo a su crítico, y lo llevaba después en automóvil por las afueras de la ciudad y en un sitio apropiado lo hacía descender. Si el crítico era de firma mediocre, entonces le pegaba duro con sus puños de boxeador. Si tenía cierto prestigio, sacaba su pistola y la frotaba contra el rostro espantado, diciéndole: "Por esta vez queden aquí las cosas. Cuando escriba sobre esta persona tenga mucho cuidado, no vaya a ser que en la próxima vez le chamusque las barbas".

Por ese entonces se usaban las barbas. Y el método daba casi siempre inmejorables resultados.

Un grupo de aguerridos oficiales fué, pues, en su punitivo y espectacular hasta la misma oficina del periodista. Y el cuerpecillo enclenque sufrió el maltrato de esos mastodontes.

Menos mal que en aquella vez el Ministro de Guerra, un delicado militar de alta graduación, tomó una actitud digna, e hizo, en protesta del hecho, la renuncia irrevocable de su alto cargo y limpió así, por lo menos, el prestigio de su institución.

La otra anécdota está relacionada con la presencia de Norka Ruscaya en Lima. Valdelomar, Mariátegui y algunos otros periodistas que eran amigos de la eximia bailarina le propusieron una noche que fuera a ejercer sus "divinas dotes" en pleno cementerio al mágico influjo de la "Marcha Fúnebre" de Chopin, bajo la "embrujada claridad lunar".

Norka Ruscaya aceptó placentieramente la iniciativa y fué con ellos al lugar de los sucesos que al día siguiente conmovieron al ambiente nacional.

La bailarina despojóse de sus vestiduras corrientes, cubrióse con sutiles velos y, a los acordes de un violín, ejecutó la célebre danza entre las tumbas, junto a las cenizas de los muertos y ante los rostros maravillados de sus exiguos, pero selectos, espectadores.

Alguna dama devota del Señor de los Milagros oyó la noticia de los hechos esa misma noche, y no durmió: se dedicó a esparcir a los cuatro vientos las voces de "profanación de las cenizas de nuestros venerados muertos", "sacrilegio de las tumbas sagradas" y de "castigo implacable para los impíos". Sus voces despertaron a la devoción dormida de nuestras ilustres damas coloniales. La devoción se hizo rápidamente indignación; se encrespó como una llamarada. Y si las cosas hubieran seguido por el camino en que se encontraban, no se sabe qué habría sido de nuestra bailarina y de nuestros poetas.

Con todo, la mayor parte de los delincuentes fué a parar detrás de rejas. El suceso adquirió proporciones nacionales y fué debatido en las Cámaras de nuestros honorables diputados y senadores. Allí tampoco falta-

res los descendientes directos de Torquemada, que ca-
naban por un castigo ejemplar. Menos mal que la ve-
de algunos letrados inteligentes de ese tiempo llegó a
imponer las frenas de la cultura y del arte sobre las en-
crepadas furias de la barbarie, y los presos fueron puestos
en libertad.

Maristegui me refirió en más de una ocasión esta
historia, terminando la historia con este esbozo que, según
era del más puro corte pirandelliano:

—Pero lo extraordinario del caso —me decía— es que
se trata de ese famoso escándalo que todos conocen, y
desarrolló un drama que sigue casi ignorado. Se lo ve
a simple vista. No crea usted que es fácil trasponer las puertas
de un cementerio a medianoche. Menos tenía que ser así
para nosotros, que íbamos en comparsa. Tuvimos, pues,
que recurrir a los auxilios de un amigo nuestro, que era
funcionario de Ministerio y que estaba en condiciones de
entregarnos el escenario de la necrópolis. Efectivamente
nos dio una autorización escrita y firmada por él mismo.
Ese funcionario era la persona más pulcra, más circun-
specta y meticulosa que he conocido en mi vida. Su único
punto débil era la poesía. Su afición a la poesía, al arte en
general. Nos admiraba. Valdelomar y yo le conocíamos
de cerca. Pues bien, le aseguro que era un hombre in-
cuestionable, un funcionario ejemplar, un funcionario digno
de serlo durante toda su vida. Le contamos el objeto de
nuestra visita nocturna al cementerio y le invitamos. Co-
mo es natural, a gozar con nosotros del exótico espectáculo.
Admirador de musas, ninfas y poetas, ¿cómo no iba
a aceptar? Se sintió halagado y dichoso como colegial que
recibe un premio. Fué el primero en llegar a la hora de
la cita. Y recuerdo que no habló ni una sola palabra du-
rante toda la noche. Tal era la emoción que le embargaba.
Estoy seguro de que, de todos nosotros, él fué quien más
virginal e inocentemente gozó de esas ondulaciones de

mayadera, entre rumores de cementerio y románticas quejas de Chopin... Al siguiente día, cuando la policía tomó cartas en el asunto, como todo el mundo sabe, y cuando me tocó ingresar a un calabozo de la Intendencia, me había olvidado ya en absoluto de mi amigo el funcionario. Mi pensamiento estaba ocupado por la Ruskaya, que también había sido detenida y estaba en Santo Tomás, por las voces y los aspavientos de nuestro público limeño. ¡Cómo iba a pensar en mi amigo, el funcionario, en esos instantes! Por eso mi asombro no tuvo límites cuando, en la penumbra de tan ingrato alojamiento, oí su voz. La misma voz de mi amigo el funcionario. Una voz de vencido..., una voz de cementerio. Le repito que se trataba de la persona más circunspecta, del funcionario más irreprochable que he conocido en mi vida, del hombre menos aparente para encontrarse en un lugar destinado exclusivamente a otra clase de gentes: a los rufianes, a los estafadores, a los políticos adversarios del régimen establecido... ¿No es cierto? Pues, en ese calabozo me tocó ver la muerte moral, la muerte más lastimosa que he visto. Mi amigo el funcionario se sentía por primera vez entre rejas, amenazado de inminente destitución. El pobre se debatía como en medio de una pesadilla de refinamiento inaudito... Usted se da cuenta de lo que quiere decir la destitución para un hombre como ése, para el funcionario público más circunspecto e intachable que se pueda dar. Su vida entera no había sido más que un continuo esfuerzo para llegar a la altura donde se encontraba. Ese puesto representaba su pasado, lo más limpio y valioso de su pasado, la única razón de su presente y de su porvenir. ¡La destitución! ¡El desprestigio, la deshonra, la miseria! Lo recuerdo aún con su cabeza de cabello exiguo, peinada siempre con el más grande esmero, con su raya al medio, con su cuello duro, blanco, brillante, con sus puños muy sobresalientes e igualmente

impulsos... con la raya impecable de su pantalón. Lo recuerdo claramente con sus ojos de vencido y su voz angustiada, sin metal, entre los malos olores y las malas brisas de aquel calabozo... Lo destituyeron. ¡Sí, señor! La maldad y el odio de las gentes no podían quedarse con tantos sin alguna víctima. Como no pudieron encontrarse entre nosotros, los artistas, la encontraron en nuestro amigo, el funcionario, cuya firma de la autorización que nos diera fué el único cuerpo de delito que encontraron para ejercer su africana justicia. ¿No es cierto que es un argumento para Pirandello?... ¿No es cierto?

La vida de Mariátegui se desliza, pues, por esos días entre artistas de teatro, periodistas, diputados —redactor del Diario de Sesiones de la Cámara en su periódico— y aficionados a las carreras de caballos —dirigía una revista hipica—. Fué la época de su juventud movida y momento de experiencia mundana que suele ser sumamente benéfica para el hombre que logra salir de su alme-tera y asume una alta responsabilidad ante la vida.

Por los años 1915-18, en el campo espiritual de Mariátegui estaban: a su "derecha", Abraham Valdelomar, el artista exquisito, temperamentalmente sensual, epigono, dannunziano, con quien solía pasar noches enteras en los cafés de moda, haciendo gestos espectaculares, poemas, greguerías, Valdelomar, que solía burlarse en voz alta de nuestras gordas damas de impertinente, de nuestros mulatos iletrados pero petulantes, y de nuestra mazamorra morada, oyéndole decir frases que nunca olvidaría (1).

A su mano "izquierda" iba César Falcón, un poeta

(1) Cuando volvió de Europa le gustaba repetirnos algunas buldas y agudas saetas del "Conde de Lemos", como esta:

esta de temible pluma que leía devotamente a Tolstoy, Kropotkin, Jean Jaures; que mostraba una gran inclinación por los problemas sociales y trataba de vincularse a los medios obreros. Mariátegui se sentía atraído irresistiblemente por esos dos escritores. Valdelomar y Falcón fueron las influencias que más pesaron sobre la juventud de Mariátegui. Como se trataba de un espíritu que había nacido con el don de la juventud, su elección en un momento dado no podía ser otra que la "izquierda". Tomó, pues, decidida y fervorosamente el camino de Falcón.

Pero en esto hay, además, un hecho muy interesante y hermoso: Valdelomar, a quien, por algunas de sus aficiones pasajeras se podía tomar por un artista decadente, tenía en el fondo una madera de sana juventud. Esta es también la razón por la que él, a su vez, sintiera a través de su "discípulo" la influencia de los pensadores socialistas.

Me permitiré dar mi impresión personal con respecto a Valdelomar, porque refleja en cierta forma el ambiente provinciano de aquella época. Cuando el famoso autor de "El Caballero Carmelo" salió, hacia el año 1917, en gira artística por el Norte del Perú, yo estudiaba mi "instrucción media" (bachillerato) en el colegio de Chiclayo. En el ambiente estudiantil, Valdelomar era conocido, más que por su obra literaria, por el famoso escándalo de la Ruskaya, sus zapatos refulgentes y la cintilla de seda negra, larga, vistosa de su monóculo. Al tenerse la noticia de su llegada, el colegio se dividió en dos bandos: el exiguo de sus admiradores y el aplastante de sus adversarios. En total, cinco o seis poetillas contra la masa prosaica e insensible de esa ciudad, la más industrializada y comercial del Perú.

Ejemplo: "Querido Mariátegui: En nuestra ciudad, prosaica y antipática, las gentes prefieren llamar "chupajeringa" a la libelula." (Citado también en su libro "Siete Ensayos".)

sus dos primeras actuaciones en los teatros de esa ciudad, que versaron sobre temas enteramente artísticos, fueron un fracaso rotundo. Quedó demostrado aquello que ni los ricos arroceros, azucareros o algodóneros, ni sus descendientes de ambos sexos eran sensibles a las gracias de las divinas artes. Sólo asistieron, con sus familiares, algunas damiselas, que habían hecho firmar ya previamente en sus álbumes al ilustre bardo; algunos profesores y abogados, y nuestra reducida grey de melancólicos adolescentes soñadores.

Pero cuando la tercera actuación, que debía ser una conferencia sobre temas sociales y cuyo precio de entrada estaba al alcance de la gente sin dinero, resultó un verdadero éxito, un triunfo, una apoteosis. Han transcurrido ya 20 años desde aquella fecha, y, naturalmente, no recuerdo ya casi nada del contenido de esa disertación. Sólo me quedan algunas palabras sonoras; "muchedumbres creadoras", "derecho de sindicalización", "huelga general", "avidos fariseos", "sangre inocente del cordón divino". En cambio, recuerdo con entera nitidez la figura exaltada del orador, moviéndose nerviosamente en el pequeño escenario provinciano, y la concurrencia, desbordante, apasionada, entregándose al aplauso frenético, con una emoción virginal. Al terminar su conferencia, que duró más de una hora, el proscenio estaba cubierto de flores, que habían ido cayendo durante todo el tiempo desde la platea, los palcos y las galerías.

El poeta salió de allí en hombros de sus admiradores, fué paseado por la calle Real y llevado hasta su hotel, siempre seguido de la muchedumbre más numerosa que hasta esa noche había podido verse en Chiclayo.

La atención que Valdelomar solía prestar a las discusiones socializantes de Mariátegui, como el mismo me refiere, venían desde una zona espiritual que comenzaba a despertarse en Valdelomar y que llegó a dar en ocasión

des como ésta, a la que me refiero, magníficos resultados. Pero, para desgracia del espíritu, el arte y el pueblo americanos, murió antes de llegar a los treinta años, porque, acaso, como él decía con extraña frecuencia, "mueren jóvenes los elegidos de los dioses".

Durante el Gobierno de Pardo —1915-18—, las exportaciones del país habían aumentado considerablemente, crecía el volumen de la pequeña burguesía y aumentaba el proletariado de las ciudades de la costa, principalmente en las ciudades de Lima y el Callao, que son, por lo general, las que más pesan en la actividad política peruana.

Por otra parte, y muy a pesar de la gran prensa, llegaban ciertas noticias relacionadas con la comunión rusa. Los obreros de Lima y el Callao habían llegado a organizarse poderosamente en sus organizaciones, y los estudiantes de Lima y provincias comenzaban a hablar de Reforma Universitaria. En realidad, se producía un fenómeno de agitación temible en las bases del pueblo, y otra vez el nombre de Augusto B. Leguía volvió a ser el símbolo de "esperanza y redención".

El civilismo tenía por qué temer, y temía seriamente la candidatura de Leguía. En su primera administración, como ya hemos visto, habían quedado perfectamente definidas las posiciones de mentalidad e intereses opuestos. Y durante los cuatro años de Pardo, las ventajas habían sido incuestionablemente para la causa de Leguía. El civilismo opuso, pues, a la candidatura del hombre del pueblo, del "Maestro de la juventud", como le llamaba la muchachada universitaria, la candidatura de Aspíllaga, que en otra ocasión fuera derrotado por Billinghamurst. Era fácilmente previsible el triunfo electoral aplastante de Leguía; pero ya había otras experiencias. El civilismo

podía perfectamente escaquear el triunfo; podía hacer con Leguía lo que había hecho con Piérola. ¿Cómo entonces? Por algo el "Maestro de la Juventud" había sabido de las filas del mismo civilismo. Conocía, pues, perfectamente sus armas y sabía manejarlas en ocasión propicia. Por eso, cuando fue derrocado por un golpe de Estado, pocos meses antes de que terminara su mandato. Se formó una Junta de Gobierno y se convocó a una Convención Nacional. Era la fuerza popular triunfante otra vez en el poder.

Mariátegui, como Falcón, como Valdelomar, y otros jóvenes de ideas avanzadas, habían tenido que actuar secundariamente al lado del pueblo, al lado de los revolucionarios izquierdistas en lucha abierta contra los señores de estudiosos plutócratas y contra sus maestranzas, con todas las supervivencias del medioevo. Fueron, pues, leguistas en cierto aspecto. Mariátegui y Falcón comenzaron a pisar en un terreno definido de clase: llegaron a fundar un periódico, en el que escribieron apasionadamente. Pero estaban muy lejos de tener una idea clara, y menos aun una experiencia que les diera una conciencia definida de sus ideales. Ese periódico, "Nuestro tiempo", tuvo que suspenderse casi inmediatamente, por dificultades económicas. Tal fue el instante en que Alfredo Piedra, Ministro de Leguía, que conocía y admiraba el talento de los dos jóvenes escritores, gestionó para ellos ante su Gobierno unas becas de estudio en Europa. Falcón y Mariátegui, lo mismo que Félix del Valle y algunos otros estudiantes y artistas, aceptaron la distinción y emprendieron viaje.

Acabo de poner en claro, a plena luz, un instante de la vida de Mariátegui, sobre el que algunas gentes, con mala voluntad (aprendí de Mariátegui, entre otras cosas, a morigerar mis adjetivos) han tratado de amontonar sombras y acusaciones solapadas, en voz baja y de

¿dado: estas gentes, por lo general izquierdistas, hicieron en este caso de Mariátegui exactamente lo mismo que algunas gentes derechistas hicieron en el caso de González Prada, cuando éste aceptó, precisamente del Gobierno de Leguía (del primer período), el puesto de Director de la Biblioteca Nacional. "Mariátegui se vendió a Leguía por un miserable viaje a Europa". "Eso no hacen los verdaderos hombres honrados". Y los otros: "El loco González Prada entró, como canino, por la puitra a la jaula de la Biblioteca". "Eso no hacen los verdaderos apóstoles". Las personas que lanzan estas exclamaciones pudibundas son desdichadas gentes, ya estén en la derecha o en la izquierda.

González Prada estuvo en su perfecto derecho de aceptar el puesto de la Biblioteca. Le fué dado en virtud de su capacidad, de su competencia, de su sabiduría. El puesto lo necesitaba a él y no lo contrario, y debió tener la luminosa intuición (no apreciación, pues ya he dicho que Prada, más que todo, era un gran sentimental) de que ese Gobierno de Leguía representaba las fuerzas antagónicas del civilismo —el gran enemigo—, las fuerzas progresivas, confusas, entre las que la suya actuaba también. Su dignidad quedaba intacta. No había pasado a formar en la grey de los satisfechos, y su inquietud social —mal encauzada, ciertamente— le llevaría nada menos que hasta las alturas fantásticas del anarquismo. Su dignidad estaba intacta, digo. Tan intacta, que en un momento dado, cuando sintió que esas fuerzas populares habían sido desplazadas del poder; cuando vió que Billingshurst, que las representaba, fué derrocado por un cuartelazo civilista, González Prada hizo la renuncia irrevocable de su cargo y se fué sereno y feliz a su casa.

Lo mismo, exactamente lo mismo, hizo Mariátegui. Aceptó esa beca para estudiar, para perfeccionar sus conocimientos, para formarse una conciencia clara de su

ideal, sin adquirir ningún compromiso, absolutamente
ningún compromiso con el régimen de Gobierno que le
daba esa beca. Su juicio certero —aquí sí no había su-
lución, como en González Prada— le decía que su
viaje sería su salvación, que en ese viaje encontraría su
verdadero camino, su verdadera y magnífica fuerza, que
pondría al servicio de su ideal, al servicio de los opri-
dos, su nombre, uno de los más altos de América. Su vi-
sión quedaba intacta. Tan intacta, que cuando volvió
al Perú comenzó a luchar sin parar un instante; pero en
asombroso tono, dialécticamente, contra el bloque de
capitalismo, contra el mismo régimen leguista que ma-
chaba rápidamente a su decrepitud, y de cuyas autori-
dades policíacas sufrió más de una persecución, como
veremos posteriormente. Si Mariátegui no hubiera hecho
ese viaje a Europa, habría estado condenado irremedia-
blemente a morir aún más prematuramente y, como ca-
quiera de nuestros mediocres escritores, con sus fuerzas
creadoras dormidas. Europa fué, pues, para él, como para
todos nuestros grandes hombres, su salvación, su re-
vención, su nacimiento a la vida del pensamiento que
muere.

EL VIAJE A EUROPA

—Yo no he sabido nunca lo que es la nostalgia —so-
lía decirme Mariátegui, cuando me hablaba de su viaje a
Europa—; siempre, siempre siento una extraña alegría
cada vez que tomo un barco, un tren para marcharme a
otra ciudad. Eso me pasó al embarcarme en el Callao,
eso me pasó al marcharme de París, donde encontré los
signos de mi destino, y al marcharme de Roma, donde he
vivido una de las épocas más felices de mi vida. Me pa-
rece que voy a volver muy pronto, y luego me entrego
al paisaje que tengo delante y el paisaje me atrapa, me
absorbe enteramente. Eso de que en "cada viaje se muere
un poco", según dicen los poetas, no es cierto para mí.
Yo no he tenido la menor idea de la muerte hasta el día
en que estuve enfermo, hace meses, en el hospital. Pero
en los viajes no me ha sido dado escuchar más que las
voces de la vida. Mi emoción en un viaje es la emoción
diáfana del alba. Por eso me extrañaba mucho y no podía
comprender a Falcón, con quien me embarqué en el Ca-
llao, como usted sabe, cuando le veía triste y le oía ha-
blarme, a lo largo del viaje, de sus penas, de su nostalgia
de Lima.

—Quiere decir que en usted no habla lo que de sangre
india debe tener, puesto que la nostalgia parece ser el
elemento primordial del sentimiento indígena.

—No me dice nada, absolutamente...

—Me explico —le decía yo en son de burla—. En us-
ted habla la voz del conquistador...

—Cuando se deja el último de nuestros miseros países, uno no sabe que va a encontrarse con un mundo nuevo en Panamá. Desde allí comienza otra visión distinta y verdadero mundo occidental de la metalurgia y la técnica capitalista. Los yanquis han hecho allí la primera maravilla de la ingeniería contemporánea. Aprovechaba entonces la ocasión para hacer el elogio de los yanquis.

—Este pueblo, nacido de cuáqueros, de rebeldes, de contrabandistas y desterrados nórdicos, ha llevado a su forma capitalista hasta el más alto plano. Su reinado comienza ahora. Es cierto que quizá no dure como el reinado de Inglaterra, que, después de sus trescientos años de hegemonía económica y política en el mundo, comienza a entrar ya en la hora de su crepúsculo. No hay remedio. Pero tendrá su época de hegemonía, después de la cual vendrá la de Rusia. Ya ha comenzado la de EE. UU. Usted ve: el caso de Lindbergh es un símbolo, o, mejor dicho, una manifestación. La gran hazaña del aire ha sido realizada por un yanqui. Pero no sólo es cuestión de hombre, sino también cuestión de la máquina. El hombre y la máquina compenetrados. La potencialidad de la máquina y la potencialidad del hombre armonizadas. El hombre en Estados Unidos debe traer ya desde que nace una facultad extraordinaria para adaptarse a la máquina y dominarla. También hay aquí un caso de salud perfecta, claro está. Lindbergh tiene que ser un hombre organismo perfecto.

—¿Tendiendo a la máquina?

—Allá voy: un organismo de salud perfecta, de salud distinta que ha venido haciéndose en generaciones... La salud de Lindbergh está en relación con la su pueblo... Porque en otras partes del mundo hay también hombres de salud perfecta, y hay también aviadores.

pero ni siquiera nos es dado imaginar que un compatriota nuestro, por ejemplo, por más sano que sea y por más buen aparato que se le dé, podría realizar tal hazaña. Ud. me comprende; Lindbergh es el producto típico de un pueblo en pleno vigor de ascenso, donde la técnica del maquinismo ha llegado a su más alto plano.

La hegemonía económica y política de Estados Unidos y la decadencia de Inglaterra. Ya Mariátegui había muerto cuando el mundo tuvo el espectáculo del rey más poderoso de nuestro tiempo, que abandonaba su trono para casarse con una norteamericana cien por cien, con un producto femenino neto de Estados Unidos. Pero, de haber estado vivo, me habría dicho seguramente, completando su pensamiento:

—Este es un hecho simbólico. Un hecho en el que no sólo intervienen cuestiones personales. Este matrimonio no es más que un síntoma que expresa, por un lado la decadencia de un pueblo, en el que su rey abandona el trono para casarse con una mujer, a quien repudia su Corte, y, por otro, la potencialidad de un pueblo produciendo un tipo de mujer nueva, que con la misma sencillez se casa, se divorcia, como juega tennis, lee a Shakespeare o habla con un emperador... En los antiguos tiempos también se daban estos síntomas. En el Egipto, poderoso y dueño del mundo, los Faraones sólo se casaban con las princesas de su propia sangre. Cuando el Egipto comenzó a decaer y surgieron otros pueblos a la conquista del porvenir, entonces los Faraones fueron a buscar sus mujeres entre las princesas de Mesopotamia...

Estuvo días solamente en Nueva York. Aquellas moles gigantescas de edificios, aquel tráfico fenomenal de mu-

chuchumbres automatizadas, aquella orquestación formidable de elevados automóviles y ascensores, aquel caos obscuro de humos, fueron un espectáculo demasiado violento para sus sentidos y sus nervios, acostumbrados a ritmo lento y a las suaves impresiones de su ciudad vernal. Por esa época no sabía nada de inglés; comenzaba más bien su aprendizaje de la lengua francesa. No hubiera podido más que apresurarse para emprender el vuelo transatlántico que le llevaría a Francia, que desde hace siglos es el país de los "Derechos del Hombre" y también la cuna del pensamiento y el centro del arte universal.

Cuando las gentes de dinero llegan a París, ya saben que van a vivir por los alrededores de La Concorde, los Campos Elíseos o la Étoile, los barrios de los palacios seculares, los hoteles de flamante estilo norteamericano y los cafés destumbradores y solemnes como catedrales. Los estudiantes, los artistas no suelen ser gentes de dinero; no toman, pues, la misma dirección. Ya lleguen desde la India, desde España o desde el Perú, toman el camino del Barrio Latino.

Este barrio los espera con sus universidades más ilustres desde los tiempos de Santo Tomás y Pasteur, con sus pequeñas tabernas que hacen lo posible por conservar el viejo estilo; sus templos góticos de auténtico granito medieval, y las encantadas avenidas de su Luxemburgo.

En todos estos lugares de estudio, diversion o descanso se exhiben a cada paso las pintorescas y variadas escenas del cosmopolitismo: un mulato cubano lleva a la mano a una rubia de Dinamarca; un estudiante de Medicina se despacha cordialmente sus minutos con un devoto de la filosofía y con un negro retinto de Harlem; en un grupo de jóvenes que hablan francés se oye la s arrastrada del

americano, la g gutural del alemán y la i melodiosa del chino. Mundo de poetas, de pintores, de estudiantes, donde, naturalmente, florecen a su gusto el amor, la bohemia y el ideal.

El ideal que puede buscar la realización de un ma-
lagro de líneas, perspectivas y colores en el lienzo, que
puede buscar por el camino de la ciencia una fórmula
que alivie el sufrimiento humano, o que trate de lograr
el establecimiento de nuevos principios sociales. Junto a
los artistas y estudiantes no faltan, pues, los revolucio-
narios. Allí vivió Mariátegui.

Mariátegui comenzó a oír, desde un hotelito del Ba-
rrio Latino, las primeras voces, a comprender los signos
de la gran ciudad cosmopolita.

Cerca de dos años hacía ya desde la fecha del armis-
ticio, y la vida parisiense había entrado ya a sus cauces
de normalidad, de una normalidad turbada por las visio-
nes de la pesadilla reciente.

Ya el sacrificio de Alemania había sido consumado.
Capitaneando a los Gobiernos de la Entente, el Gabinete
Clemenceau había lanzado el peso brutal de las repara-
ciones sobre los hombres del pueblo alemán. Los propó-
sitos y las palabras de Wilson, que anunciaban una paz
digna y sin anexiones, habían sido hábilmente escamo-
teados, y el mapa de Europa quedaba una vez más arti-
ficialmente transformado, según los intereses de los
vencedores. Continuaban, pues, en vigencia las leyes
bárbaras de la guerra. No hacía mucho tiempo que el
militarismo teutón había impuesto a las nacientes repú-
blicas soviéticas, en Brest-Litovsk, unas condiciones de
paz no menos inhumanas y bárbaras, que provocaron la
protesta universal de los hombres, y he aquí que el pueblo

alemana tenía que soportar a su vez la gran humillación del Tratado de Versalles, puesto de rodillas. Los Gobiernos enemigos, cegados por un pernicioso chauvinismo, pensaban en la imposibilidad que entrañaban sus deseos de aplastar para siempre a un pueblo de 60 millones de habitantes. Estaban lejos de imaginar que, poco a poco, levantando una rodilla primero y la otra después, Alemania se reincorporaría para aparecer un día monstruosa, mente deformada, con una expresión de feroz locura en el rostro, y tocado con el casco guerrero, llevando el puñal homicida en la mano. Clemenceau y el militarismo francés no pensaron en eso, y se mostraban satisfechos de su obra.

Pero, frente a esa Francia del chauvinismo y la vanidad, se agitada angustiosamente la Francia del espíritu. "¿Qué hacer? —se decían muchos artistas y escritores, muchos hombres responsables que habían conocido el horror de las trincheras, que tenían mutilaciones en el cuerpo, lesiones incurables en el alma—. ¿Qué hacer para evitar que otra vez caiga el gran flagelo sobre los hombres? Todo el esfuerzo de la inteligencia humana, en la que cuenta de historia, no ha servido para nada. Ni el arte, ni la filosofía, ni la religión con sus edificaciones seculares, han podido resistir ni un segundo al empujón del salvajismo agazapado en lo más recóndito de la conciencia. ¿Qué hacer?" Y muchos de estos hombres fueron presa de un mortal desencanto: se hicieron escépticos, anarquistas, dadaístas...

Pero no faltaron esta vez tampoco los visionarios fervorosos, que creyeron ver un nuevo resplandor de esperanza surgiendo por tierras de Tolstoy y de Dostoyevski. Estos hombres se dijeron: "La guerra no es más que una maquinación horrenda de unas cuantas centenas de dioses satánicos, que han llegado a adueñarse del poder a causa de la mala organización social. Para evitar

guerra es indispensable cambiar las bases de la sociedad en que hasta ahora hemos vivido". Y la voz luminosa de Barbusse repercutió en "El Fuego" por todos los ámbitos del mundo. Era la voz de un escritor que ya, desde antes de la guerra, se había conquistado un renombre universal con ese libro de la angustia, de la piedad y del amor supremos que se llama "El Infierno".

Barbusse no se conformó esta vez con ser sólo un escritor; quiso ser un militante activo de su idea; quiso transmitirla con la propia voz de sus labios; quiso verla encarnada, realizándose. Y llamó a todos los escritores del mundo para unirse a la obra. Con Anatole France, fundó el grupo "Claridad".

Mariátegui se sintió influido poderosamente por la voz apostólica. Fue el momento en que quiso asumir una responsabilidad ante sí mismo y ante los hombres, y eligió el camino de la lucha definitivamente.

Hasta ese momento había sido un simple intelectual. Comenzaba el forcejeo para desprenderse de sus prejuicios y sus taras. Tarea sencilla, al parecer, pero que cuesta tiempo, vigilancia constante, agonía. Hasta poder escribir, después, ya en América, libremente estas palabras:

"Los intelectuales son generalmente reacios a la disciplina, al programa y al sistema. Su psicología es individualista y su pensamiento es heterodoxo. En ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La intelectualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes. En ellos es frecuente, en fin, el desdén por la política. La política parece una actividad de burócratas y de rúbicas. Olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero no en los períodos revolucionarios, agitados, grávidos en que se gesta un nuevo estado social y una nueva forma política. En estos períodos, la política deja de ser

oficio de una rutinaria casta profesional. En estos países la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la humanidad. Una revolución presenta un grande y vasto interés humano. Al triunfo ese interés superior no se oponen sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible puede ser indiferente a tal conflicto." (1).

Conoció a Barbusse en la redacción de "Clarté". Tendré de recordar las palabras que Mariátegui solía decirme en Lima, al recordar a Barbusse, y las palabras que el autor de "El Fuego" me dijera en París, refiriéndose al director de "Amante":

—Una de las obras que más me impresionaron en esta época de intelectual puro es "El Infierno". Las voces y las imágenes que se agitan en ese libro son difíciles de olvidar. Se quedan pegadas a la conciencia de uno en forma extraña por la veracidad del gesto y del acento. Barbusse era, pues, uno de mis ídolos cuando salí del Perú y abrigaba la remota esperanza de conocerle personalmente. Grande fué, pues, mi alegría cuando, al salir del hotel donde vivía, en el boulevard Saint-Michel, vi la fachada de una librería atestada de frescos ejemplares de "Le Feu". Compré el libro inmediatamente, y su lectura me causó una de las más hondas emociones de mi vida. Algunos meses después pude ver a Barbusse en las oficinas de "Clarté", con el objeto de hacerle un reportaje. Por desgracia, mi francés, muy deficiente por esos días, no me permitió entenderle como es debido. El reportaje no fué gran cosa y se quedó sin publicar. La figura

(1) "La Escena Contemporánea".

Barbousse impresionaba no menos que sus libros. Es un magro y alto personaje de busto caído. Creí encontrarme más bien ante un sacerdote de la humildad que ante un rebelde. Su cara es desproporcionadamente pequeña en relación con su alto cuerpo. Tiene una expresión adolorida hasta cuando sonríe, y da la impresión de que no supiera qué hacer con sus desmesurados brazos. Después le vi sólo pocas veces: a mi vuelta de Italia. Pero no se ha olvidado de mí. En estos días he recibido una respuesta suya a una carta que le escribí adjuntándole algunos ejemplares de "Amauta".

No le había olvidado. Cuando algunos años después me fué dado el honor de ver a Barbousse en repetidas ocasiones, sus primeras palabras eran, infaliblemente: "Et Mariátegui? Comment va-t-il le petit indien? Avez-vous reçu de ses nouvelles? Rappelez lui mon souvenir. Dites lui que je sais bien tout ce qu'il fait en Amérique et que je l'admire."

Y dirigiéndose a las personas que solían estar junto a él:

—Vous ne savez pas qui est Mariátegui? Et bien... c'est une nouvelle lumière de l'Amérique; un spécimen nouveau de l'homme américain."

Casi las mismas palabras que Waldo Frank escribiera al dedicar a Mariátegui su libro "América Virgen" (1).

En Mariátegui la inquietud del revolucionario fué, durante toda su vida, tan intensa como la inquietud del intelectual. Por eso es que ni en ese momento en que comienza su vida militante, ni durante los años posteriores, dejó de estar en íntimo contacto espiritual con los poetas, con los artistas de todos los tiempos. Ya cuando publicaba "Amauta", es decir, cuando entre el grupo de estudiantes, profesionales y obreros que le rodeaba era de obli-

BIBLIOTECA NACIONAL
ASOCIACION CHILENA

(1) Esta dedicatoria no está completa en la edición española.

Barbusse impresiona no menos que sus libros. Es un magro y alto personaje de busto caído. Creí encontrarme más bien ante un sacerdote de la humildad que ante un rebelde. Su cara es desproporcionadamente pequeña en relación con su alto cuerpo. Tiene una expresión adolorida hasta cuando sonríe, y da la impresión de que no supiera qué hacer con sus desmesurados brazos. Después le vi sólo pocas veces: a mi vuelta de Italia. Pero no se ha olvidado de mí. En estos días he recibido una respuesta suya a una carta que le escribí adjuntándole algunos ejemplares de "Amauta".

No le había olvidado. Cuando algunos años después me fué dado el honor de ver a Barbusse en repetidas ocasiones, sus primeras palabras eran, infaliblemente: *"Et Mariátegui? Comment va-t-il le petit indien? Avez-vous reçu de ses nouvelles? Rappelez lui mon souvenir. Dites lui que je sais bien tout ce qu'il fait en Amérique et que je l'admire."*

Y dirigiéndose a las personas que solían estar junto a él:

—Vous ne savez pas qui est Mariátegui? Et bien... c'est une nouvelle lumière de l'Amérique; un spécimen nouveau de l'homme américain."

Casi las mismas palabras que Waldo Frank escribiera al dedicar a Mariátegui su libro "América Virgen" (1).

En Mariátegui la inquietud del revolucionario fué, durante toda su vida, tan intensa como la inquietud del intelectual. Por eso es que ni en ese momento en que comienza su vida militante, ni durante los años posteriores, dejó de estar en íntimo contacto espiritual con los poetas, con los artistas de todos los tiempos. Ya cuando publica "Amauta", es decir, cuando entre el grupo de estudiantes, profesionales y obreros que le rodeaba era de obli-

(1) Esta dedicatoria no está completa en la edición española.

gación mirar, si no con un poco de burla, con un poco de compasión a los poetas, porque eran los "signos de decadencia", "los soñadores que no tenían ni los ojos ni pies en la realidad". Mariátegui era el único que, entre viento y marea, ponía en las páginas de su revista *Los siete* dosis de poesía como de sociología o de ciencia. Allí los nombres de los "bardos" de América, todos jóvenes, nuevos, se barajaban con los de Plejanov, Lenin, Trótski, Barbusse, Unamuno, Ugarte, Sanín Cano y otras grandes lumbreras de la sociología y la política. Y no había sino Mariátegui tenía al alcance de su mano a los versos, a Baudelaire o Verlaine, por ejemplo, y sabía muy bien distinguir lo que en ellos puede haber en realidad, signo decadentista y lo que en ellos hay de anticipación a la eternidad. Y entre las personas de su más estrecha intimidad, se podía leer entonces, con la fruición del verdadero catador, sus poemas preferidos. Por ejemplo, uno de Baudelaire, que comienza así:

*Oh soir, oh soir charmant, ami du criminel!
Il vient comme un complice, à pas de loup,
Le ciel se ferme lentement comme une grande cloison
Et l'homme impatient se change en bête fauve...*

Ese magnífico poema que, como ningún otro, armonizó en su armonía los sonidos, los colores, los movimientos y la angustiosa palpitación nocturna de París.

Fué esa refinada inquietud intelectual la que París guiaba sus pasos casi cotidianamente al Museo del Louvre, al Rodin; a la Comédie, para escuchar a Voltaire o Racine; a los conciertos de Bach, de Beethoven, de Brahms.

(1) ¡Oh noche, oh noche encantadora, amiga del crimen! Vienes como un cómplice, a paso de lobo. El cielo se cierra lentamente como una enorme alcoba. Y el hombre, en su impaciencia, se transforma en fiera.

o Stravinsky, cuando no asistía a los debates de la Cámara de Diputados, donde brillaban en aquel entonces las estrellas de Briand, Poincaré y Millerand, o a los mítines de Belleville, prestigiados por la presencia de los sobrevivientes de la Commune.

—Poco tiempo pude permanecer en París. Su "metro", su clima húmedo y los grises impertérritos de su cielo llegaron a quebrantar mi salud. Me dirigí sin más hacia el Sur. Hacia Italia, de donde me llamaba un viejo amigo mío, peruano.

—¿Y cuáles son sus mejores recuerdos de París? —se la preguntarle mi curiosidad.

—Mis mejores recuerdos son los mítines de Belleville, donde sentí en su más alta intensidad el calor religioso de las nuevas multitudes. Recuerdo también con mucho cariño la sala del Louvre, donde por primera vez vi ese deslumbramiento que yo creo también religioso de las formas y colores renacentistas. Y recuerdo el Barrio Latino, con sus pintorescos restaurantes de todos los países: griegos, chinos, hindúes, donde se sienta a comer buligiosa y cordialmente la grey cosmopolita y bohemia de artistas y estudiantes... Recuerdo el Luxemburgo, con sus pequeñas fuentes, sus árboles gigantescos, sus avenidas encantadas de rumores amorosos, junto a los bustos y estatuas de mármol y de bronce de los franceses gloriosos...

—Bueno, ¿y por qué no me cuenta alguna de sus aventuras... de otro estilo? Es imposible que usted no haya tenido algunas aventuras de ese género en la ciudad de Margarita Gautier.

—¡Ah, poeta decadente!... —me contestaba al vuelo, riendo con todo su buen humor—. En París el amor es demasiado ligero, por eso creo que pierde su encanto. Por lo menos creo que los americanos, los peruanos, no están preparados para sentir de inmediato los encantos

de esa forma de amor. Son cosas sin importancia para mi vida. Otro día le contaré...
y no había manera de hacerle "marchar".

Por ese entonces se preparaba en España una revolución precursora de esta tempestad tremenda que inundó de sangre de tope a tope. Se preparaban famosas huelgas de Madrid y Barcelona, aplastadas por el puño implacable de Martínez Anido. Pero Italia también atravesaba por una encrucijada de la que salía la contrarrevolución del sovietismo. Mariátegui escogió Italia. Mas en tal instante no era posible predecir nada.

Era la hora dannunziana.

La figura de D'Annunzio tomaba aires olímpicos, pesar de su cabeza pelada y su estatura deficiente. Acababa de realizar sus espectaculares proezas de aviación y política. Después de haber "devuelto Fiume a la patria" enviaba sus mensajes de retórica admiración a Lenin dictaba para el país de Orengo del Camelo, donde se había erigido en dictador, una Constitución que quedará como ejemplo único de poesía en el género, y que comienza con estas palabras:

"La vida es bella y digna de ser bellamente vivida."

Después venían sus incisivos, en los que se aseguraba "a los ciudadanos de dicho país dichoso, una asistencia próspera, generosa e infinita para su cuerpo, para su alma, para su imaginación y su músculo" (1).

Por desgracia, la Constitución no permaneció mucho tiempo en vigencia, y fué a parar casi inmediatamente a la papelera.

(1) Estas palabras están citadas en "La Evolución del Imperio".

la con los mayores respetos, a los museos fascistas en la misma forma que su egregio autor fué a recluírse gloriosamente en el encantado palacio del lago de Garda, entre-gado otra vez a sus comparsas de ninfas de carne y hueso auténticas y de sus musas ilusorias.

El paisaje mediterráneo de la ciudad cesárea tuvo una inmediata acción bienhechora para la salud de Maristegui. Anduvo conociendo sus celebérrimas ruinas milenarias; visitó sus templos, frecuentó sus museos sin descuidar por eso ni un instante sus estudios sociológicos y sin dejar de seguir con la mayor atención el movimiento de la política italiana. Es así como le tocó ver de cerca y documentadamente la gran derrota del socialismo italiano, obra de la que fueron artífices tanto como la errónea visión política y la astucia de Mussolini, la miopía, la pesadez, la ineptia de los líderes socialistas, que, después de haber llevado al Parlamento a 136 diputados de su partido, es decir, después de haber sido los árbitros de la situación, no hicieron más que ir perdiendo terreno, retroceder por su falta de valor en las horas decisivas, hasta verse completamente desprestigiados, abandonados por la pequeña burguesía y por grandes sectores de los obreros, que eran las fuerzas sociales con que contaban.

La decadencia de los socialistas era la consecuencia de un fenómeno de polarización: una mínima parte de la pequeña burguesía ingresó en las filas del comunismo, el resto comenzó su desplazamiento hacia el fascismo. Era el momento paradójico del centro. Paradójico porque, en medio de dos fuerzas que se preparaban a afrontarse en la lucha decisiva, su debilidad era su fuerza. La gestión liberal de Nitti fué el momento de la embestida revolucionaria en su máximo esfuerzo. Nitti, lo mismo que Alcalá Zamora en la República española de 1931, no hizo más que ceder al máximo, flexiblemente, a ese empuje revolucionario. Era el único medio para evitar la insurrección

armada que amenazaba con desencadenarse. Sabía que en esta forma lo único que hacía era favorecer al fascismo, movimiento con el cual no simpatizaba, pero que en todos modos, venía a representar un mal menor y que parecía remoto. Pero el fascismo no necesitaba sino poco tiempo para llegar a lucir su entera forma. Nitti reculó en esa ocasión una terrible tempestad de impropiedad desencadenada desde la derecha temerosa, a quien precisamente estaba salvando. Lo mismo hicieron las derechas españolas con Alcalá Zamora, quien no pudo llevar su gestión al término que se proponía, no por culpa suya, ciertamente, sino porque las derechas españolas no tuvieron la suerte de que les naciera un Mussolini.

Claro está que tampoco las izquierdas italianas tuvieron su Lema. Ni siquiera su Largo Caballero. De haber tenido la ocupación de las fábricas, realizada bajo el Gobierno de Giolitti, no habría resultado un fracaso tan lastimoso y trascendental. Después de tal fracaso, la revolución estaba perdida no sólo en Italia sino en todo Occidente. En la arena de la lucha aparecían las primeras legiones de los fascios, que con su sola presencia debilitaron a ese fantoche del Gabinete Facta. No sólo en Europa, y parece que tampoco lo sabe hoy, qué fuerzas poderosas e incontrolables comenzaban a agitarse en el cuerpo de Mussolini. Quizás no transcurran muchos años para que el asombro universal le vea galopando por tierras de Galla y de Gran Bretaña, al frente de sus jinetes de Apocalipsis (1).

Marlategui nos contaba después, refiriéndose a la ingenuidad de los parlamentarios italianos, la forma en que nada que Mussolini empleaba para jugar con ellos.

—El asesinato de Matteotti tuvo la virtud de provocar un comienzo de unificación de las fuerzas liberales (2).

(1) Estas líneas están escritas en el mes de enero de 1933.

del Orlando, Salandra) con el bloque de oposición (grupos de socialistas de distintos colores, demócratas, etc.). El fascismo quedaba así, parlamentariamente, casi aislado, aunque no totalmente, pues le acompañaban algunos diputados católicos, liberales nacionales, católicos nacionales separados de sus grupos.

Los opositores se retiraron del Congreso y fueron a sesionar en el Aventino. Creían que de esta manera el fascismo se vería obligado a dimitir el poder. Grave error, que sólo algunos diputados vieron. Estos diputados propusieron que la Oposición del Aventino se constituyera en Parlamento del Pueblo, y que funcionara a manera de una convención frente al Parlamento fascista de Montecitorio. Algo habían aprendido de Mussolini. Había que actuar audazmente, había que agitar el ambiente nacional en cierta forma propicia para la reacción antifascista. Claro está que se trataba de una solución revolucionaria. Y el bloque del Aventino no quería tal cosa. Era un conglomerado heterogéneo y sin disciplina de partido. La proposición fué rechazada de plano y el bloque se limitó a plantear la cuestión del asesinato de Matteotti en un "terreno moral", creyendo que una consideración de este género determinaría al fascismo a abandonar el poder. ¡Gentes que ni siquiera habían leído a Machiavello! Estoy seguro de que no lo habían leído. Y estoy seguro de que tenían la creencia firme de que tampoco Mussolini lo había leído. ¡Profesores ingenuos! Mussolini dormía con su Machiavello debajo de la almohada. Y con su Sorel, junto a su pistola en su mesa de noche. Ingenuos profesores... Mussolini les preparó un hermoso anzuelo, que les haría acudir como los pececillos. Envió imprevistamente al Parlamento un proyecto de Ley Electoral que en la Italia de ese instante significaba un anuncio de convocatoria a elecciones generales. Efectivamente, la famosa oposición acudió en masa. Allí estaba

domando los escanos de Montecitorio. Entonces fué cuando Mussolini, que es un actor teatral de primer género, apareció con el gesto de un pecador contrito y dispuesto a recibir la penitencia. Y comenzó la estupenda escena del 3 de enero. El jefe de los fascios comenzó leyendo, en voz alta, el artículo 47 del Estatuto de Italia, que otorga a la Cámara de Diputados el derecho de acusar a los ministros del rey y enviarlos, previo desafuero, ante las Cortes de Justicia. "Pregunto —dijo después— si en esta Cámara o fuera de esta Cámara existe alguna persona que quiera utilizar ahora en este momento el artículo 47." Luego continuó con la temblorosa y efectista voz: "Si el fascismo no ha sido más que aceite de ricino y pórra de guerra, y no una pasión magnífica de la mejor juventud italiana, yo soy el culpable! ¡yo reclamo mi castigo! Si el fascismo ha sido una empresa de crimen, bien, yo soy el jefe y único responsable del crimen. Si todas las violencias han sido originadas por el clima histórico y moral de movimiento, ¡bien! Acató la responsabilidad íntegra, por que ese clima histórico, político y moral ha sido creado por mí". (1). Inmediatamente después anunció, con voz apascentada perceptible, que dentro de 48 horas la situación estaría resuelta... Y así fué, en verdad: la cuestión se resolvió antes de las 48 horas... El objetivo había sido alcanzado: la opinión pública supo que la oposición había reingresado al Aventino. Hubo calma en los espíritus. Entonces fué cuando Mussolini creyó suprimir de hecho, tajantemente, toda libertad de prensa oposicionista. Sabía que así debía inermes, invalidada a su famosa oposición parlamentaria... Mientras tanto, el inflamado Farinacci amenazaba en su periódico "Cremona Nueva" con desencadenar una segunda oleada de limpieza fascista para acabar con los liberales, los liberaloides y los socialisoides. "La

(1) Esta cita está tomada de "La Escena Contemporánea"

mera oleada —decía— ha conquistado Roma; la segunda barrerá sin piedad con todos los adversarios del régimen masetti y sus acólitos futuristas estaban allí para aplaudir delirantemente a los retoños del nuevo Condottiere.

Ahora voy a hablar de un gran amor en la vida de Mariátegui; me parece oportuno hablar de su romanticismo o falta de romanticismo, según como entendamos las cosas.

La palabra romanticismo no sólo sirve para designar una determinada tendencia o escuela poética, artística en general. Designa también una especial naturaleza del espíritu humano, que existía ya antes de esa escuela y que existe y existirá siempre.

En todas las latitudes de la Tierra y en todos los tiempos han existido los románticos: políticos románticos, revolucionarios románticos, hasta enamorados románticos.

Entendámonos. Si el romanticismo consiste en ese afán constante e inveterado que lleva a los hombres a huir de la realidad para no afrontarla tal cual es, para refugiarse en las ficciones del pasado o del porvenir, o, mirada la cuestión desde otro ángulo: si el romanticismo consiste en una extraña capacidad para idealizar una realidad determinada, atribuyéndole condiciones o cualidades extrañas a las que le son peculiares, para amar así en ella no a la realidad, sino a la idea que uno se ha formado de ella; en tal caso Mariátegui no tenía nada de romántico. Pocos hombres he conocido que sepan ver, como él, hasta el fondo de las realidades, para sondearlas, desentrañarlas y saber lo que son: así se encontraba en perfecta posesión de la cosa, conocedor de sus propias

75
cualidades y de sus defectos. De esta manera, cuando le
gaba a amarla, la amaba tal cual era. Por eso no le ha
dado conocer nunca la desilusión del romántico. Del ro
mántico que puede ser un hombre feliz si logra atravesar
la vida conservando la ficción de la realidad en las pupi
las (ficción que puede a veces ser una visión parcial), pero
que llega a ser el más desgraciado de los hombres si en un
momento dado tiene la mala suerte de que la ficción se
apague.

Nos encontraremos entonces con el caso de Bolívar,
exclamando, mortalmente amargado: "He arado en e
mar", o "Los dos ilusos más grandes de la humanidad
hechos sido Jesucristo y yo". ¡Romántico, por no haber
sabido penetrar de antemano la entraña del hombre y de
las cosas, por haberse hecho una ficción de la realidad!

Por eso el romántico puede llegar, con la luz de su
ficción, a la perfecta categoría del héroe; es menos difícil
es cuestión de suerte, en cierto sentido. Por el contrario
el otro hombre a quien no me atrevo a llamar realista
por el desprestigio de la palabra, el hombre que sabe ver
la maravillosa luz de la realidad misma, de esa luz que
nace de su condición de existencia, del contrapeso o de
armonía de sus fuerzas positivas y negativas —pecado o
virtud, diría un teólogo—, si está dotado de otras cuali
dades complementarias, ese hombre llegará a las más
altas calidades de la santidad. Nadie más que San Fran
cisco de Asís conocía a fondo la debilidad humana, su in
capacidad para el vicio, su facilidad para la injusticia y el
mal. Sin embargo, pocos hombres amaron como él a sus
semejantes. Es que sabía lo que en el ser humano ha
también de inocencia, de debilidad sin culpa, de capaci
dad para el sufrimiento.

Mariátegui pertenecía a esa categoría de hombres
que conocen la naturaleza verdadera de las cosas y que
aman tal cual es, sin dejar por eso de esforzarse en mejorarla.

ría, pues eso, la capacidad de mejoramiento, es también una de sus condiciones.

Mariátegui tuvo en París, primero, y, con más presión, en Roma, al encontrarse frente a esas imágenes de madonas ingenuas animadas por el genio de los maestros prerrenacentistas, el presentimiento y la previsión de la tierna y luminosa adolescente que debía ser la compañera cabal de su existencia.

Cuando la conoció en esa misma tierra que inspirara sus milagros de luz y de colores a Fray Angélico y al Giotto, supo ya todo lo que en ella había de auroral, de tonificante, de saludable para su vida. Supo desde el primer momento lo que era y lo que podía darle. Así la amó en su condición humana y así fué cómo su amor no fué nunca defraudado.

¿Qué fuerza subyugante vió la bella muchacha toscana en esa frágil figura de americano pálido y concubino a quien podía tomarse también por un español surcho de sangre moruna?

Yo solía preguntárselo a Anita, y ella siempre me contestaba:

—Lo quise desde la primera vez que lo vi. Las gentes prosaicas y burguesas no comprenden estas cosas; pero ustedes, los poetas, sí, naturalmente. Lo quise y puse en sus manos mi destino. Yo no había cumplido aún diez y ocho años, y mis parientes tenían puesta en mí toda su ilusión. Esperaban para mí el novio ideal, el príncipe azul. Lo que esperan, por lo general, las adolescentes, a quienes han hecho creer que son bonitas. Se desilusionaron, pues, grandemente al ver que yo no estaba enamorada de un príncipe azul. Tenía que ser príncipe azul, porque si no, habría sido posible quizá que José Carlos pasara por un príncipe trigueño de la casta incaica.

Mariátegui, que en el patio de su casa, en su sillón de ruedas, solía estar después de almuerzo, a cierta dis-

tancia de nuestro diálogo confidencial, y que parecía dormir la siesta, al oír ésta u otra salida semejante a su mujer, se agitaba sin poder contenerse y se ponía a reír estrepitosamente.

—No hubo poder humano que lo evitara —continuó Anita con toda seriedad—. Todo lo abandoné por un extranjero desconocido en lo absoluto para mí. Esa vez fue lo que la gente burguesa llama una locura. ¿Qué me dicen ustedes, los poetas?

Para evitar que yo dijera cualquier cumplido más o menos vulgar, pues nunca he podido tener esa agudeza humorística que sabe elogiar graciosamente con la ironía Mariátegui intervenía sonriente:

—Yo no soy gente burguesa, pero creo que en ese caso no les faltaría razón para juzgar, como tú dices, mi curioseidad...

Anita lo miraba sin hacerle caso y se alejaba de nosotros con uno de sus pequeños en los brazos...

Entonces Mariátegui, a veces, seguía contándome la historia:

—Fuimos a vivir en una casita aislada de la campiña romana. Me desposé con ella y con la felicidad. Esos meses fueron para mí el mejor descanso en la jornada. La posesión del objeto verdaderamente amado despertó en el hombre desconocidas energías. Nunca me sentí más fuerte ni más dueño de mi destino. El marxismo había sido para mí hasta esos días una teoría un poco confusa, pesada y fría; en esos días vi su luz clara y su revelación...

Y cambiando un poco de tono, al ver que el primogénito, Sandrito, se le aproximaba:

—Recuerdo que leía también mucho a Walt Whitman... Anita y yo no nos alimentábamos más que de higos, pasas y otras sustancias vegetales. ¡De tal manera, pues, que este mío carísimo bambino es un prodigio

ismo de materialismo histórico, poesía multitudinaria y vegetarianismo!...

Un día, ya de vuelta en Roma propiamente dicha, recibió un telegrama de César Falcón. Le rogaba que fuera a esperarlo en la estación, pues venía desde España, donde había pasado algunos meses.

—Le vi llegar sin sombrero, sin maletas, sin una lira en el bolsillo. Le pregunté: ¿Pero qué pasa, mi querido Falcón? Me contestó sonriendo, con cierta dificultad: "Todo lo que tenía se lo llevaron los ratones... ¡Creo que si el viaje es más largo, me habrías visto llegar sin pantalones!"

Mariátegui y Falcón solían reunirse a menudo con el cónsul peruano y con un médico chalaco. Al poco tiempo, funcionario y galeno resultaron "rojos". Las cosas llegaron a tanto que una noche de esas resolvieron firmar los cuatro ¡la primera célula comunista peruana!

Muy fugaz y muy exigua fué la actuación de la célula peruana, involucrada en ese conjunto social donde los fascios adquirían cada vez más virulencia y predominio. Falcón y Mariátegui se dirigieron a Alemania. El médico regresó al Perú. Sólo el cónsul se quedó ese momento en que hacían furor la isla de Lípári, el aceite de sésamo y la porra de goma. Se creía amparado por las comunidades diplomáticas. Ilusión. ¡También supo en su propio cuerpo lo que puede una camisa negra bien armada!

Berlín es, si se le compara con Roma o París, una ciudad enteramente joven. Tanto la urbe de los Césares como la de San Luis dan al observador la impresión de

Novela—4

conjuntos terminados ya desde hace tiempo, hechos definitivamente. En cambio, Berlín aparece en crecimiento.

Cuando Mariátegui llegó, el año 1922, a la ciudad de Hindenburg, de Siresemann y de Braun, el pueblo más caminaba arrastrándose bajo el peso del Tratado de Versalles; pero, en fin, estaba ya un poco lejos del poder, tenía con qué alimentarse... Y hacia el Oeste, el lado de Charlottenburgo, comenzaba a surgir una ciudad nueva y suntuosa: Berlín W, la ciudadela de los nuevos ricos teutones, la flamante ciudadela de esa tan monstruosa, producida por los negocios de la pólvora, los cañones y los juegos de la bolsa.

La estrella del socialismo brillaba en todo su esplendor. El fenómeno político parecía tomar en Alemania un rumbo distinto que en Italia. No hubo quien hubiese podido diagnosticar, penetrando en la verdadera esencia de su naturaleza, que no se trataba de un nuevo rumbo sino simplemente de un compás distinto, de un ritmo menos acelerado en el desarrollo del mismo fenómeno.

La Italia de la posguerra se encontraba agitada por una profunda conmoción social que amenazaba con derribar los cimientos de la monarquía y del régimen capitalista italianos. Pero esa agitación se encontraba poderosamente frenada por el hecho de que Italia era la vencedora, no tan favorecida por la victoria como sus aliadas Inglaterra y Francia, pero vencedora y satisfecha en cierta forma, al fin y al cabo...

El fascismo, que es un fenómeno eminentemente espectacular, chauvinista y agresivo, necesita de un exacerbamiento, de relativa seguridad y, sobre todo, de sangre caliente y pletórica para manifestarse, crecer y dominar. En realidad, a pesar de Caporetto, Italia de las tres grandes potencias occidentales aliadas le había perdido menos sangre de la que había ganado. La tenía en abundancia.

y el motivo de su exacerbación estaba allí: se sentía derro-
tada, malamente estafada por sus aliadas vencedo-
ras. El fascismo pudo, pues, levantarse en Italia, como
la espuma, casi inmediatamente después de la guerra.

En cambio, Alemania salía de las trincheras comple-
tamente exangüe por los torrentes de sangre que había
perdido, por el hambre que había soportado, por la angus-
tia de la derrota que seguía soportando. Motivos de exa-
cerbación no le faltaban. Lo que le faltaba era sangre, lo
que le faltaba era restablecerse. El socialismo le sirvió
como muletas para dar los primeros pasos. Y en la presi-
dencia de la República flamante pudo muy bien gobernar
un ex zapatero mediocre, no por haber sido zapatero, sino
por haber nacido mediocre.

Todo aparecía mediocre en la política alemana de
ese entonces. Mediocres sus hombres, mediocres sus par-
tidos. El partido comunista crecía visiblemente en ciu-
dades y campos. Pero no llegaría muy lejos. La policía
de Ebert y los soldados de Hindenburg le habían asestado
un golpe maestro que debía dejarlo inválido el día que
victimaron a sus dos altas lumbreras: a Liebknecht y a
Rosa Luxemburgo; el día que barrieron con esa mística
y heroica juventud enrolada en los grupos espartaquis-
tas. Crecería, crecería mucho y no faltarían héroes y
santos en sus filas. Pero no había remedio, lo mejor de su
organismo había sido amputado con esta muerte, y sólo
se quedarían fuerzas para debatirse en contorsiones emo-
cionales, a veces magníficas, pero desgraciadamente
imoperantes y estériles.

Las muletas del socialismo, pues... En un instante
dado, cuando Alemania se sintió restablecida, cuando en
quince años habían crecido nuevos brotes de carne dis-
puesta y apropiada para cualquier combate y para cual-
quiera trinchera, no hicieron falta ya las muletas del so-
cialismo. Tenía que llegar la hora de los fascios alema-
nos.

nes. La hora de la sangre caliente. Hitler se encargó de reducirlos a pedazos, deshaciéndose de ellas con un odio y un rencor profundos. Con el asco y el rencor profundos que inspira al guerrero vigoroso el aditamento que en la clínica de convalecencia, cuando, otra vez vigoroso y pujante, vuelve a tener al alcance de su mano el formidable instrumento de matanza que le confiere inapelables poderes sobre la faz de la tierra.

Pero éstas son palabras y observaciones que podemos escribir después de que los hechos se han realizado después de que la experiencia propia nos ha hecho aprender muchas cosas con su látigo implacable. Mariátegui, el año 1922, ya animado de una fe profunda y virgen, no podía tener ojos sino para ver la profusión de locales donde se exhibían los retratos de Marx y de Engels; no podía tener oídos sino para escuchar la Internacional que se cantaba en todas partes: en los teatros, en los cafés, en las plazuelas:

—Alemania será el segundo país soviético —me decía Mariátegui, el año 1927, pocos meses antes de que yo me alejara de su lado para experimentar el mismo espejismo en las calles de Hamburgo, Berlín y Colonia.

—Ya verá usted —continuaba— cómo por estallar se rompen las compuertas y la ola formidable se extiende por todos los confines de Europa.

La muerte, al alejarle tan prematuramente de este mundo, le llevó, por lo menos, con esa deslumbradora esperanza viva y palpitante en su corazón.

Poco tiempo permaneció Mariátegui en Alemania. Anita no tenía, al parecer, muy gratos recuerdos de

estancia, que duró aproximadamente seis meses. Tocaba la meridional, con todas las magníficas gracias que proporciona al espíritu y a los sentidos; habituada toda su vida a ese paisaje de la maravilla que dejara absorto a más de un glorioso alemán, precisamente, Anita no se sentía bien en el país del cielo amarillento e insípido de las salchichas y la cerveza, cuya sola visión atormenta en todas partes al ojo latino. No guardaba muy buenos recuerdos del país que en hora lejana de la historia conatara sus vandálicas hordas por todo el suelo de sus cultos y gloriosos antepasados en decadencia.

—No quiero ni acordarme de Berlín —solía decir—. Para el colmo de desdichas, hasta Sandrito se puso muy enfermo allí. Y José Carlos no estaba nunca en casa. (Entonces miraba a su marido un poco de soslayo, como echándole en cara tal descuido, como diciéndole: "No te creas que me he olvidado ya de esos días".) —Y agregaba, marchándose del escritorio—: No quiero ni acordarme de Berlín... En cambio, José Carlos parecía siempre muy encantado...

—Efectivamente —continuaba Mariátegui, ya en "tete à tete" con su secretario—: me había propuesto aprender alemán a toda costa; para eso tomaba lecciones, trataba de descifrar los periódicos, de hablar con cualquier persona que me diera la posibilidad de hacerlo, en las calles, en las plazuelas, en los teatros. Había que darse prisa, pues mi estancia allí sólo podía ser muy corta. Trabajaba, pues, sin descanso. Además, quería conocer los museos, algunos centros de enseñanza, algunas clínicas famosas; todo eso es realmente extraordinario. La socialdemocracia ha hecho en este aspecto, aunque sólo sea parcialmente, progresos verdaderamente asombrosos, a pesar de lo exiguo del tiempo y de los medios disponibles. En conocer todas esas cosas se me iba el tiempo... Además,

usted ya sabe, que he sido el hombre más dinámico que puede haber. Ya le he dicho que soy un hombre nacido para el desplazamiento y la actividad, tanto corporal como muscular. Tengo una asombrosa facilidad para adaptarme al nuevo paisaje y a las nuevas costumbres. Me sentía realmente bien en la Alemania de Beethoven. Además...

Y se quedó pensativo aquella vez que así me hablaba.

—Además... ¿qué? —le dije yo entonces, intrigado.

—Le iba a contar un fugaz episodio de mi vida.

Pero usted es una persona demasiado habladora.

—¿Y teme usted que yo no pueda guardar silencio cuando es necesario? Pues se equivoca, mi querido José Carlos. Hablo, es verdad, pero sé guardar secretos, secretos de mí mismo y de los demás.

Se quedó mirándome un instante...

—Le creo —me dijo al fin—. Tráigame un sobre que está en ese cajón; tenga la llave...

Y cuando hice lo que me pedía, comenzó a contarme ese episodio, al mismo tiempo que me enseñaba...

Pero, alto aquí, pues, sin darme cuenta, estaba ya quebrantando mi palabra... Lástima que no pueda contar ese secreto. Si estuviera vivo, seguiría respetándolo; ahora que está muerto, con más razón aún.

Al cabo de seis meses de vivir en Alemania, quedó terminado el tiempo de permanencia en Europa que le concedía su beca. Y un día se dirigió a Hamburgo, donde tomó un barco rumbo a América, en compañía de su mujer y su hijo.

Cuando Mariátegui llegó de nuevo al Perú, pudo dar cuenta de la transformación que se había operado en el panorama de América. El proceso de renovación...

comenzara a realizarse el año 1919, como una repercusión directa de los acontecimientos europeos, había cobrado su movimiento ascendente.

—Mi primer contacto con América me dio la impresión de una luz nueva —solía decirnos—. Vasconcelos y Palacios aparecían como dos figuras de grandes maestros de juventudes. Gabriela Mistral y Juana de Ibarbouron habían dado ya a la poesía americana, cada una en su estilo y su acento, una categoría que la iguala a la de cualquier país europeo. Se había realizado también una reforma universitaria en la Argentina y en el Perú, y se sentía una acusada preocupación política en los medios obreros avanzados.

Efectivamente, los cuatro años que Mariátegui permaneció en Europa habían sido de una riqueza extraordinaria en acontecimientos para América. Vasconcelos, desde el Ministerio de Instrucción Pública de México, enviando mensajes y ediciones de buenos libros a las universidades y a los centros obreros, lo mismo que Palacios realizando giras de conferencias por todas las grandes ciudades de nuestro continente, habían caldeado la agitación espiritual de las juventudes de América. Los estudiantes argentinos estaban ya en marcha para lograr sus reivindicaciones. Los del Perú seguían por el mismo camino.

Ya Mariátegui, antes de su viaje, había apuntado sus disparos periodísticos contra las costumbres y métodos semif feudales de la Universidad de San Marcos.

En estricta correlación con el estado social, con el desarrollo económico del Perú, su Universidad había permanecido estancada en la rutina de la autoridad absoluta del profesor y en la subordinación ciega del alumno. Por otra parte, y esto es lo fundamental, el acceso a las cátedras era un privilegio exclusivo que se transmitía por herencia a determinados profesionales de familias pudien-

tes. Claro está que a veces solían brotar de ese reducido algunos hombres de verdadera vocación por el estudio. Ya me he referido a Riva Agüero. Allí también los nombres de Deustua, Javier Prada y otros más. Pero estos hombres estaban llamados a defender y defendían con toda fuerza, instintivamente, por una parte, sus privilegios de casta y de partido en los planes de la vida espiritual. Por otra parte, eran, como ya hemos dicho, sumamente escasos. La inmensa mayoría de sus colegas no llegaba a superar los niveles de la petulancia, y resultaba así un profesorado de gentes titubantes, incapaces, ineptas. La Universidad resultaba, pues, de esta manera una incubadora de abogadillos, médicos, en general, de profesionales aptos para las más degradantes combinaciones del lucro y la venalidad, generalmente inválidas para toda obra ejemplar y creadora, para todo esfuerzo que redundara en beneficio o mejoramiento humano, el cual debe ser el verdadero objetivo de la institución universitaria.

Al amparo y protección del régimen leguista le debió —como lo haremos ver más ampliamente en páginas posteriores— el hecho de que los estudiantes de San Marcos y de las universidades menores pudieran asestar un rudo golpe al espíritu y a las formas medievales de las universidades, es decir, a la casta civilista y su partido. Esta reforma, en la que brilló el nombre de Luis Ernesto Denegri, y comenzó a surgir el de V. H. de la Torre, futuro fundador de las Universidades Populares Gonzales Prada, y un gran agitador de masas, dejó más o menos establecidas las siguientes ventajas para el estudiante: cátedra libre, abolición de la cátedra vitalicia, supresión del control de asistencia, participación de los alumnos en el gobierno de la Universidad, concurso obligatorio para proveer las becas, trabajos prácticos, etc. Como resultado de esta reforma, tuvieron que abandonar la función

docente universitaria más de veinte personas de probada competencia. Y el profesorado recibió la inyección renovadora de veinte profesionales jóvenes, de mentalidad

Esta reforma universitaria se vinculó en cierta forma con la actividad política y la culturización de los obreros, gracias a la acción vigorosa de los moderados de la Torre, por ese entonces presidente de la Federación de Estudiantes, cuyo retrato, aunque sea un simple esbozo, tenemos que hacer aquí, porque su vida se entrecruza en un momento dado con la de Mariátegui.

Haya de la Torre es de la misma extracción social que Piérola y González Prada. Hay entre sus antepasados gente con blasones de aristocracia provinciana. Sus padres no viven en la pobreza, pero tampoco gozan de holgada situación económica. En este aspecto pertenecen a la clase media; pero sus ideas son bastante conservadoras. La infancia de Haya de la Torre se desenvuelve, pues, constreñida entre prejuicios de familia y de origen. Pero puede llegar al colegio de instrucción media (humanidades), y allí se encuentra con algunos estudiantes de positivo talento, entre los cuales habrá nada menos que un muchacho en quien alentaba un genio de la poesía americana: César Vallejo. Su lectura se orienta hacia Tolstoy, Kropotkin, González Prada y, en general, hacia la literatura de tendencia social. Desde entonces han aparecido ya en él sus grandes capacidades de orador. Cuando sus colegas: Antenor Orrego o Alcides Espelicin, leen un ensayo o un poema que acaban de hacer, Haya de la Torre pide un tema cualquiera y lo desarrolla en florido y brillante discurso. Llega el momento de seguir el camino hacia la Universidad. Se desplaza a Lima, porque el ambiente trujillano resulta estrecho para sus posibilidades y sus sueños. Está obligado a ponerse en contacto con los grandes nombres, con los maestros consagrados. Los

conoce de cerca y se desengaña casi al instante. Es
gente a lo más culta y estudiosa, pero que vive encerrada
en un sordido egoísmo y en una invencible indolencia. Quiere
que la cultura trascienda al pueblo y tiene una
ciencia de su temible dinamismo. Busca entonces el
contacto con González Prada. Conversa con él en la Bi-
blioteca Nacional, adonde ha vuelto ya y donde mora
poco tiempo después. Este contacto fortalece en él la
tendencia que sintió nacer entre sus amigos y los libros
de Tolstoy y Kropotkin. Entrará, pues, decididamente
al camino de la política revolucionaria. Trata de vincu-
larse con obreros y con intelectuales avanzados. Se agita
como el que más para conseguir el éxito de la reforma
universitaria. En un momento dado llega a la presiden-
cia de la Federación. Logra realizar un congreso de es-
tudiantes, que, entre otros acuerdos importantes, aprobó el
proyecto de crear las Universidades Populares, declara-
do al mismo tiempo en una de sus conclusiones que la
Universidad tendría intervención oficial en todos los con-
flictos obreros, inspirándose en los postulados de justicia
social. Hace después un brillante viaje de conferencias
por Chile y Argentina, y regresa al Perú. Actúa como
guía y profesor de las Universidades Populares. Poco
tiempo después se produce en Lima un acontecimiento
político de grandes alcances en apariencia, pero en el
absoluto intrascendente, a mi parecer. Me esforzaré en
probarlo.

Se trata de la famosa Consagración de Lima al Cor-
azón de Jesús.

Leguía era una persona bastante flexible: ni fanático
creyente, ni comecuras fanático. Cuando llegó a la pre-
sidencia del Perú, en su segundo período, se encontró con
un arzobispo de inteligencia despierta (el hecho es que era
anticivilista); pero que tenía, sobre todo, dotes verda-
ramente excepcionales para los negocios. Este arzobispo

movido al clero peruano entero en las filas del legitimismo. El arzobispo tuvo un día la idea de realizar una ceremonia enteramente inofensiva, pero, por cierto, muy osada: consagrar la "ciudad de Santa Rosa" al Corazón de Jesús. Los librepensadores levantiscos de los periódicos y, sobre todo, los de las universidades, pusieron el grito al cielo. Fué una reacción de juventud. Una de esas reacciones de juventud que, por exceso de ímpetu, terminan atacando a veces ferozmente, sin saberlo, como en este caso, a regímenes que le son propicios y favoreciendo sin querer y sin pensar, claro está, al adversario directo.

Haya de la Torre estuvo a la cabeza de ese movimiento, pero no fué enteramente responsable del hecho. Lo fuimos todos aquellos que marchamos aquella vez, ciegamente, tras él, subyugados por su vigor oratorio y su poderosa fuerza sugestiva. Nos faltaba experiencia y, sobre todo, pensamiento dialéctico para poder discernir los oscuros elementos del juego. Hubiera sido bueno caldear el ambiente y arrastrar a las masas con un plan previsto, definido e inmediato: la toma del poder, por ejemplo. (Utopía que a nadie, por cierto, podía ocurrírsele en ese instante.) Pero agitarlas y caldearlas —como llegamos a hacerlo— para que el ilustre rector de la Universidad de San Marcos, doctor Villarán, y sus colegas civilistas aplaudieran a sus anchas, era realizar una brillante faena negativa. Nada más.

Los hechos se produjeron de este modo: la juventud se reunió en la Universidad de San Marcos, una noche de mayo de 1923, con el objeto de salir en manifestación de protesta contra el proyecto clerical. Cuando nos encaminábamos hacia la Plaza de Armas por el Pasaje de Huérfanos, sonaron descargas de fusilería. Nadie supo en realidad si las descargas venían de las torres de una iglesia cercana, o si partían de la policía apostada en una

de las bocacalles. Cayeron algunos heridos. La manifestación se disolvió. Parecía que todo había terminado. Pero la voz de Haya seguía resonando, agitadora, valiente por las calles centrales, llamando impetuosamente a redoblar la protesta. Su obstinación valiente y temeraria llegó a infundir nuevos ánimos y la manifestación no cesó. Comenzó entonces su serie de discursos fogosos e incendiarios — hirientes en el más alto grado — contra el "tirano que me escucha detrás de esas ventanas del Palacio". La noche fué de vigilia y de agitación. Hubo numerosos heridos y dos muertos: un estudiante y un obrero, que fueron recogidos y que se encontraban ya en la morgue. A la mañana siguiente, "El Comercio" comentaba, con solapada alegría, los sucesos, y publicaba un llamamiento para conducir a las víctimas de la noche anterior desde la Universidad al cementerio. Leguía midió toda la magnitud de la agitación con ojo experto, sondeó las posibilidades de peligro y vio que toda resistencia para contener a la juventud desbocada no servía sino para dar más agua al molino del "civilismo". Oportuno, por dejarla correr a sus anchas hasta que se quedara sin aliento. (Haya se quedó realmente afónico y postrado en cama durante varios días, después de su papel de agitador.) Así pudimos ir con nuestros muertos desde la Morgue hasta la Universidad, rompiendo las murallas de caballos y jinetes policíacos, que, después de darnos algunos sablazos, nos dejaron pasar. Ya en la Universidad pudimos oír uno de los más bellos y emocionantes discursos. Un discurso de Haya, como pocas veces me ha sucedido escuchar en la movida travesía de mi vida, durante la cual tuve la suerte de conocer, desde los mítines de los Pasos de Vandervelde hasta las plegarias supremas de la Pasiónaria. Lo que vino después de ese discurso ya no tiene importancia. Una noche de vigilia y de alistamiento para el combate imaginario. La mano del doctor Villanueva

avanzando los hombros del líder. Y nosotros exclamamos: "¡Ah, el civilismo a nuestros pies!" Inocentes. Los que estábamos bregando —para ellos, a sus pies, aunque no los vimos ya? Y luego, la marcha al cementerio. Más discursos. Y todo volvió a la calma. Cuando Haya recuperó la salud, llegó el momento apropiado. Leguía pudo cobrarle las cuentas. Pero lo hizo sin la crueldad de los tiranos, por cierto. Lo expulsó a Panamá y hasta ordenó que se le entregara una pequeña suma para los gastos de desembarque, con la intención, creo yo, de darle la ocasión de un gesto olímpico ante el mundo. Así fue: Haya le puso un cable devolviéndole sus viles monedas.

Los profesores de las Universidades Populares, que al comienzo habíamos actuado movidos por el ímpetu y la poderosa sugestión de Haya de la Torre, llegamos al poco tiempo a encariñarnos con nuestras funciones, que nos vinculaban a los mejores elementos de las fábricas y los sindicatos. Así, cuando el creador y animador de esas universidades fué desterrado, nos encontrábamos capacitados para seguir haciéndolas funcionar mal que bien.

¿Quiénes éramos los profesores, cuál era nuestra función docente? La gran mayoría, estudiantes de medicina, letras, ingeniería; alguno que otro maestro de escuela; alguno que otro periodista. Un grupo selecto de jóvenes idealistas por los cuatro costados. Todos tenían casi la misma formación cultural de Haya: libros de Tolstoy, Kropotkin, Víctor Hugo, H. Barbusse, Emilio Zola, José Ingenieros y González Prada. La literatura elegantemente retórica del maestro peruano nos producía un fervor y un impulso sentimental extraordinarios. "Los viejos, a la tumba; los jóvenes, a la obra", y toda la serie de frases dirigidas contra la religión y nuestras instituciones formaban parte integrante de nuestro repertorio oratorio. Alguno de estos profesores tenía una idea clara, definida,

de lo que es la política, o sea, del arte de manejar poder. Actuábamos solamente porque era hermoso y arriesgado enseñar por las noches a unos alumnos adultos, que eran suecos, fatigados, pero anhelantes de sus fábricas y de sus tajos; anhelantes por oírles hablar en una sala con de dos horas largas, del aparato circulatorio, la composición de la luz, las operaciones aritméticas o del discurso de nuestro director, finalizando con un poema o corte más o menos modernista de alguno que otro poeta más o menos melencólico. De vez en cuando, también habíamos en esas clases algunas palabras que ardían como bengalas y que debían manejarse con mucho cuidado: palabras un tanto misteriosas y peligrosas, como "Lenin", "Boriot", "Bolchevique", "Lunacharsky", "Krupskaya". Misteriosas bengalas que iluminaron los sueños de esos profesores de veinte años y de esos alumnos, entre los que había más de uno con el cabello ya canoso y la inocencia de un niño. Magnífica vocación de enseñanza de sacrificio. (Tiempos agitados, acaso los más bellos, por su desnuda inocencia, por su absoluto desinterés).

EL RETORNO A AMERICA.

Leguía nos dejaba en paz con nuestras clases, y habríamos tenido aún mayor margen para nuestras actividades si no hubiera sido por nuestras apariciones algunas y, sobre todo, por las intrigas de sus policías secretas. El régimen leguista estaba aún en su apogeo, asentado sobre la base firme del florecimiento económico. El algodón, el azúcar y otras materias primas que el Perú produce en gran escala se cotizaban inmejorablemente en los mercados de Nueva York y de Londres. Los capitales extranjeros, principalmente el norteamericano, afluían a la Economía peruana en diferentes formas y, sobre todo, como empréstitos del Estado. La burguesía realizaba estupendos negocios, y la clase media, base de sustentación del leguismo, conoció días de gran optimismo y prosperidad. La política de las obras públicas y de las carreteras proporcionaba trabajo en todas partes, y, por último, la burocracia de ese régimen, salida de las clases medias, no había tenido tiempo aun para hundirse en el descrédito y en la decrepitud. El presidente nos dejaba, pues, en paz con nuestras Universidades Populares. Los profesores solíamos reunirnos en el "Centro de Medicina", de la calle Llanos, en los locales de los sindicatos, y en uno que otro domicilio de nuestros alumnos. En todas partes, bien poseídos de nuestros trascendentales destinos, con airesillos de conspiradores temibles, hablábamos de nuestras novias reaccionarias, del "tirano Leguía", del "cristianismo verdadero" y de Mahatma Gandhi, sin olvi-

darlas nunca de "viejos, a la tumba; jóvenes, a la obra", saliendo perfectamente que viejos eran los hombres de cuarenta años y jóvenes los de veinte. (Esta era, por supuesto, mi idea. Queda a salvo la de mis colegas de aquellos tiempos.)

De vez en cuando aparecía algún que otro nuevo adepto, que se limitaba a oír o a desarrollar poco más o menos las mismas ideas con las mismas palabras. Pero una noche, lo recuerdo perfectamente, porque para mí fue la noche de un gran acontecimiento, llegué cuando alrededor de una gran mesa de madera los profesores de pie o sentados en sillas, algunos leían, en pequeña reunión, libros, revistas o conversaban en voz alta. Todos los rostros me eran familiares, menos uno. Allí estaba la melena desordenada y rubia de ese muchacho nobilísimo y original entre todos, Enrique Cornejo Kosler; se oía la vocacilla afilada y graciosa del joven sabio y catedrático Alfredo Herrera; allí se veía la talla hercúlea con el pecho sobresaliente de Carlos Manuel Cox; los ojos soñadores, sombreados por cejas abundantes, de Luis Heysen; los anteojos resplandecientes sobre la nariz judaica de Educio Rabines; el aguilucho perfil no menos judaico de Jacobo Hurvitz; el rostro pequeño y moreno del obrero Posadas; el cuerpecillo enjuto del carpintero Navarrete. Figuras y rostros conocidos, familiares, ¿de quién podía ser ese busto frágil, de largos brazos y manos finas, sobre el que se asentaba una cabeza potente de cabello negro brillante, con el mechón obstinado cayendo sobre la frente estrecha y pálida que se desplomaba en una línea dura de perfil aguafuertista? Esa persona, desconocida para mí, había comenzado a hablar conversando en voz baja entre el murmullo de las otras voces. Pero hubo un momento en que se quedó sola; emergía limpia y admirable atrayendo las miradas de todos los presentes.

—"Los viejos, a la tumba; los jóvenes, a la obra."

Está muy bien... Pero, ¿de qué viejos y de qué jóvenes se trata? Porque yo he visto marchar a los jóvenes fascistas romanos al canto de la "Giovinezza"; hay muchos jóvenes que llevan los signos de la decrepitud en la frente. Y el viejo Jean Jaurès era el espíritu más joven de Francia.

¿Quién podía ser ese hombre que planteaba la cuestión de manera tan nueva, tan extraña, tan sugerente?

Y cuando, en las derivaciones de la discusión, poco después, Luis Bustamante, con sus gestos de orador jesuita y sus ímpetus anticlericales, arguyó que las causas de nuestro atraso radicaban en los estragos de la religión, la voz ágil se deslizó otra vez como una flecha.

—Creo que lo que nos pierde precisamente, querido Bustamante, es nuestra falta de capacidad religiosa. Lo que tenemos en el Perú es abundancia, superabundancia de cucufatería, cosa muy distinta de religiosidad. Cualquiera de nuestros mulatos que van infaliblemente a las procesiones del Señor de los Milagros, con sus uniformes, y vuelven a sus casas en busca de picantes y de orgía, no tienen nada que ver, mi querido Bustamante, con la religiosidad de un Francisco de Asís...

¿Quién podía ser este hombre extraordinario? ¿Cuándo, en qué Universidad de nuestro país se había oído una voz tan nueva, tan sencilla y tan densa de pensamiento?

—¿Quién es este hombre, quién es? —le pregunté, con visible asombro, a Enrique Cornejo.

—Es José Carlos Mariátegui.

Cuando poco después me marché a mi casa, sentí que habían conmovido las más sólidas bases de mi conciencia. Muchas luces de González Prada corrían hacia el porvenir.

Cuando Mariátegui llegó a Lima, Haya se encontraba detenido por la policía, siendo después conducido a la prisión de San Lorenzo, en donde permaneció algún tiempo.

po antes de su deportación. Un día, al conocerse la noticia de que iba a ser deportado a Panamá, numerosos profesores y alumnos de las Universidades González Prada trataron de organizar una protesta, provocando, si era posible, una huelga general, para conseguir la anulación de la orden. No se pudo lograr nada, pues el régimen legalista, como hemos dicho anteriormente, se encontraba en plena pujanza, y los recursos con que contaban las Universidades Populares, en conexión con los obreros avanzados, eran bastante exiguos. No se pudo lograr nada; al contrario, en una redada de la policía cayeron cincuenta agitadores que se hallaban en reunión secreta para tomar resoluciones. Mariátegui se encontraba también en el grupo. Una vez en la prisión tuvo lugar una escena que no dejó de impresionar profundamente a todos los que tuvieron la suerte de presenciarse; una escena que puso en evidencia hasta qué punto puede llegar a veces el poderío del espíritu sobre la fuerza bruta y elemental. Uno de esos militares, sabuesos del régimen, que estaba acostumbrado a maltratar de palabra y de obra a todas las personas que caían detenidas en la Intendencia de Lima, ya fueran simples gentes del hampa, ya fueran gentes respetables acusadas de cualquier delito político, quiso demostrar sus notables condiciones de ferocidad ante los cincuenta detenidos que debían permanecer sentados en unos bancos, como los escolares. Comenzó lanzando interjecciones banales y llegaba ya a los insultos soeces. Mariátegui, entonces, se puso de pie y dijo con un acento de firmeza impresionante:

—Usted no tiene ningún derecho para insultarnos coronel. No tiene más que mirarnos de frente para darse cuenta de que no tiene ningún derecho para tratarnos de esa manera, coronel.

El hombrón galoneado se lanzó hacia la figura enhiesta que encendía en sus ojos penetrantes, altos!

ojos, una luz de poderosa fuerza. El coronel, al sentirse sobre sus ojos, se quedó paralizado y no acertó más que a gritar:

—Siéntese.

Y volvió la cara, mientras Mariátegui seguía de pie, inmóvil, hasta cuando quiso sentarse.

Nuestros cincuenta agitadores fueron puestos en libertad cuando Haya de la Torre navegaba, seguramente a la altura de Salaverry, o sea, después de cuarenta y ocho horas de haber sido detenidos.

La dirección de las Universidades Populares y de la revista "Claridad" pasaron, pues, de las manos de un universitario impetuoso —quizá en demasía— y valiente —que en un caso dado habría llegado al heroísmo— a las de un periodista sereno, calculador, de una agudeza y habilidad extraordinarias. Mariátegui traía, además, como su antecesor, una capacidad de trabajo asombrosa. Durante los cuatro años que me tocó vivir en su intimidad pude observar que se trataba de un hombre absolutamente dueño y señor de sí mismo. Sus impresiones, sus sentimientos, sus actos se movían en el espacio y en la luz de su razón, guiados por la mano experta de su voluntad. Pero había en él un impulso que nunca pudo controlar como es debido: su impulso de trabajo. Este fue uno de los motivos de su muerte en plena juventud.

Tan luego como se puso en contacto con las universidades, comenzó a dictar clases y conferencias, al mismo tiempo que desarrollaba una intensa labor periodística. Al darse cuenta de que en el Perú hacía falta una labor paciente, de lenta preparación, y que esta labor podía desarrollarse perfectamente con un poco de astucia y habilidad, dentro del mismo régimen legulista, trazó su

plan de acción. Había que seguir una delicada línea de equilibrio, que sin alarmar al Gobierno pudiera tener una amplia eficacia al fin propuesto. Mariátegui supo guardar ese equilibrio, y sus artículos y sus conferencias cargadas de pensamiento político, de preocupación proletaria, tuvieron siempre la apariencia de amenas charlas y de atrayentes ejercicios literarios. En la prensa limeña comenzaron a barajarse corrientemente los nombres de Poincaré, Clemenceau, Herriot, junto a los de Benito Mussolini, Farinacci, Lenin, Lunacharsky y Chicherin. Guardándose muy bien de emitir aparentemente un juicio personal, hacía hablar siempre a las autoridades de la política o de la literatura mundiales, que gozaban de alto prestigio en las altas esferas sociales. Así escribía: "Herriot en su libro: "La Rusia Nueva" y De Monzie en "Del Kremlin a Moscú", nos dan testimonio enteramente burgués. Y estos testimonios nos hablan de la rectitud y de la grandeza de los hombres e ideas de la difamada revolución. Son hombres ortodoxamente fieles a la democracia burguesa, pero saben opinar honestamente. Herriot dice: "Un hecho tan violento como la revolución rusa supone una larga serie de acciones anteriores. No es a los ojos del historiador sino una consecuencia". De esta manera no podía argüírsele nada lo mismo hacía en su conferencias: "Mi labor es simplemente informativa. No hago más que relatar los hechos que se han desarrollado no hace mucho en Europa, y que aquí no se conocen por falta de un periodismo debidamente documentado". Y hablaba de las Internacionales y del movimiento sindical internacional. De esta manera, los obreros, los intelectuales de todas las tendencias, comenzaron a tener una idea clara del mundo europeo, sobre todo de la Europa Oriental, a la que hasta ese entonces se había presentado como un degolladero en el que Lenin no se cansaba de destripar a la gente. Mariátegui hizo nacer, pues, en nuestra Lima colonial

un ambiente y un clima intelectuales de gran ciudad moderna.

Esta labor escrita y oral intensa era demasiado para él. Al cabo de pocos meses su organismo debió soportar a obedecer el mandato de una voluntad anhelante y febril. La dolencia que le había atarado en su niñez de privaciones y trabajo despertó de su estado latente, después de veinte años, ayudada, precisamente, por las condiciones orgánicas de desgaste y debilitamiento que le habían originado. Le velamos decaer, perder su fuerza. En un momento dado, aumentaron extrañamente la palidez de su rostro y el brillo de sus ojos, si bien seguía acudiendo siempre infalible a la brega. Hasta que un día no pudo ya moverse del lecho, con una fiebre de 40°.

Desde su regreso de Europa, Mariátegui vivía, con su mujer y dos niños, en una casita moderna, en una pobreza voluntaria, pues a su vuelta de Europa le habían propuesto varios puestos, entre otros, el de la dirección de "La Prensa", órgano del Gobierno. Como es natural, no quiso aceptarlo. La situación se presentaba, pues, en tal instante, verdaderamente desesperada. Aquel médico que en Roma fundara la "primera célula comunista peruana" se encontraba en Lima; había dejado ya de ser "rojo", pero seguía siendo un amigo solícito. Estuvo siempre junto al lecho del enfermo, y cuando vió que se trataba de una crisis profunda, dispuso que se le llevara a una clínica apropiada.

He pensado muchas veces en esa clínica, a la que mis amigos íbamos cotidianamente a inquirir por la salud del enfermo. Eran los días de ese invierno carcelero de Lima, que no acaba de descargar nunca la ceniza de su lluvia fina, monótona, desesperante. Los que estaban unidos ya a Mariátegui por ciertas afinidades per-

manentes, por ciertos vínculos indestructibles del espíritu; los que habíamos intuido sus magníficas formas creadoras, los que habíamos oído el acento misterioso de su voz resonando obscuramente en nuestros destellos sentimentales, por esos días, el peso de una invencible angustia. Un recóndito presentimiento nos advertía vagamente que el peligro de muerte suspendido sobre la ríategui amenazaba también con afectar la vida de algunos de los que le rodeábamos. Los hechos posteriores nos presentaron a plena luz todo el contenido verdadero de este presentimiento. El que escribe estas líneas es uno de aquellas personas que, sin el aliento, sin la ayuda, sin el ejemplo del gran americano que surgió, precisamente después de superar ese gran trance de agonía, no habría podido encontrar el camino del sufrimiento valeroso y el esfuerzo obstinado, que quisiera hacerse eterno creando a cualquier costo y por el que se desliza gozosamente su existencia.

El cirujano Guillermo Gastañeta operó a Mariategui, tratando de no recurrir a una grave amputación. La enfermedad se manifestaba visiblemente en un fiado de naturaleza maligna, localizado a la altura del muslo izquierdo. El buen deseo del cirujano estuvo a punto de originar la muerte antes de que cumpliera los treinta años y antes de que hubiera cumplido completamente su misión en este mundo. El simple drenaje del tumor y la supuración hacia el exterior hicieron bajar casi inmediatamente la fiebre del paciente y se creyó haber conseguido un verdadero éxito. El engaño no duró muchos días. Un examen minucioso, practicado por un médico subalterno de la clínica, puso al descubierto que la enfermedad había seguido progresando subrepticamente hasta colocar al enfermo en una situación desesperada.

pues la amputación de la pierna, en tal momento, contaba con sólo un mínimo insignificante de probabilidades para salvarle. Recuerdo que en ese instante rodeaban el rostro albeante, en el que aparecía sobre la almohada sólo el rostro afilado, donde la muerte comenzaba a dejar los tonos pálidos de su temible paleta, el practicante, el estudiante, cuyo nombre no recuerdo. En ese instante, el destino debió forcejear, duramente, para alejarlo de la tumba. El cirujano llamó a la compañera Mariátegui hacia afuera de la alcoba y le manifestó enteramente lo desesperado de la situación: "La intervención quirúrgica en este instante cuenta con un mínimo extremo de probabilidades para salvarlo. Pero si no recurrimos a ella, su muerte será inevitable antes de las veinticuatro horas". En tales circunstancias, el cirujano pedía la autorización de los parientes para proceder inmediatamente. La madre de Mariátegui, una señora de molde antiguo, católica hasta el fanatismo, estaba llena, como es natural, de abundantes prejuicios y supersticiones. Ella consideraba, por ejemplo, que la mutilación del cuerpo constituye un atentado contra la naturaleza. (No sé si esta idea es ortodoxamente católica.) Entre lágrimas y sollozos opinaba, pues, que no debía recurrirse a la intervención ante la mirada interrogante y tranquila del cirujano, acostumbrado ya seguramente a tales opiniones y escenas tremendas. En ese instante llegó apresuradamente Anita, la esposa de Mariátegui, que había sido llamada por teléfono. Y se produjo entonces un enfrentamiento emocionante. Las dos mujeres defendían con todo su ardor, con toda la vehemencia de que eran capaces, el bien de un hombre, cada una a su manera. Los fueros de la muerte y del pasado, contra los fueros de la vida y del porvenir, disputaron esa vez, agriamente, por boca de la madre y de la esposa.

—El ser la madre de sus hijos —arguyó Anita co-

no supremo argumento en un difícil español— me da su
gún derecho exclusivo, reclamo y exijo que la interven-
ción se realice inmediatamente.

No había nada que argüir. Se hicieron rápidamente
los preparativos y la operación se realizó con buenos re-
sultados.

Mariátegui había sido llevado a la mesa de opera-
ciones, con una fiebre altísima y en completo delirio.
Ese estado duró aún muchas horas después de realizada
la amputación de la pierna izquierda. Cuatro días estu-
vo sin saber nada de lo que había sucedido en su orga-
nismo.

Un día dijo, dirigiéndose a un amigo con quien es-
taba a solas:

—Es curioso. Desde ayer siento la pierna izquierda
completamente adormecida.

Seguramente se dió cuenta del efecto que sus pa-
labras produjeron en el rostro de su amigo, e inmedia-
tamente comprendió la magnitud de su desgracia. Llen-
seguramente la mano hacia la pierna, que creía ador-
mecida, y encontró la amputación. Entonces aumentó
mortalmente la palidez de su rostro y comenzó a llorar
entre sollozos, mientras su amigo, besándole en la frente
y hablándole con todo el calor y la ternura de que su á-
nima era capaz, lloraba a su vez.

Fué la única vez que se le vió llorar. Fué la única
vez que se le vió realmente doblegado por el dolor. El
camino que le quedaba por recorrer estaría sembrado
de grandes contrariedades, privaciones y sufrimientos de
toda índole, pero el temple de su espíritu resistió a todo
con una magnífica nobleza silenciosa. Entonces tuvo
América uno de los espectáculos más hermosos y em-
cionantes: el de un hombre postrado, que convierte su do-
lor en una fuente inexhausta de vida y de optimismo
creador.

El caso de Mariátegui plantea un extraño proble-

es complejo y profundo. ¿En qué consiste la salud? ¿Cómo era posible que un cuerpo humano reducido a la invalidez y continuamente acuciado por la enfermedad fuera una fuente creadora, que diera una luz de optimismo y de alegría capaz de eclipsar el optimismo y la alegría del cuerpo más sano? Mariátegui fué para mí la revelación de un maravilloso misterio de la vida.

Una vez que estuvo en condiciones de abandonar la clínica, Mariátegui fué llevado a Miraflores, balneario de buen clima, para que allí convaleciera. Y al llegar a este momento de su vida, es agradable recordar que en todo el Perú se produjo un movimiento de simpatía y de auxilio hacia el escritor en desgracia. Le tocó a Luis Alberto Sánchez el honor de iniciarlo en Lima. A él se unieron todos los escritores y artistas en masa. Hubo funciones y conferencias en los teatros. Y el producto obtenido en ellas le sirvió para atender a su restablecimiento.

Su convalecencia fué rápida en el balneario. E inmediatamente recommenzó su actividad con más bríos que nunca. Se sintió poseído otra vez por ese impulso irresistible de trabajo, que en un instante dado había sido contenido de golpe. Y le gustaba entonces repetir a sus amigos:

—En el instante más álgido de mi agonía, yo sabía que no podía morir, que no moriría aún. Estaba seguro. Yo sabía que mi destino no estaba aún terminado y ello me daba una fuerza inaudita. Creo que nuestras vidas son como las flechas que deben alcanzar un blanco. La mía no había llegado todavía al suyo.

Comenzó su trabajo periodístico en dos revistas peruanas de mayor circulación; y su trabajo oral también, pues fué su hogar haciéndose poco a poco el más selecto punto de reunión de escritores, artistas, estudiantes y literatos. Su sillón de inválido fué ganando el prestigio de la más ilustre cátedra. Pero no se trataba de una cáte-

dra en la que se aprenden fríos conocimientos. Se trataba de una voz luminosa, cargada de misteriosos sonidos que infundían fuerza al ánimo quebrantado, que señalaban el camino al que estaba por extraviarse, una voz que enseñaba, alentaba y consolaba.

¡Cuántas veces me tocó ver a más de un hombre robusto, joven, entrar al hogar del inválido, con la angustia de una decepción profunda en los ojos, para salir poco después con una gran sonrisa de esperanza!

De esta manera se presentaron un día en las puertas de su casa, cuando aun vivía en Miraflores, con su andar sigiloso y aire de misterio, cinco profesores de la Universidad Popular. Fue un día en que Mariátegui influyó acaso, decididamente sobre el destino de la política peruana de esos días. Los líderes estudiantiles venían nada menos que a resolver una cuestión trascendental. Se trataba de que un grupo de obreros terroristas había resuelto terminar con la vida de Leguía, a quien juzgaban como a un tirano. Antes de llevar a cabo el plan, habían querido tener el visto bueno de sus profesores, pues aquellos terroristas eran nada menos que alumnos de las Universidades Populares. Cuatro de los profesores habían aprobado ya el plan. Pero el quinto opinó que el caso debía llevarse a conocimiento de Mariátegui. Al principio hubo una ruda oposición para que se recurriera a tal consulta, pero la decisión del que hizo la propuesta triunfó al fin y al cabo. Y allí estaban ante Mariátegui, hablando en voz apenas perceptible, pálidos y no sin cierto temblor. Mariátegui los oyó tranquilamente, pero abriendo cada vez más sus ojos asombrados ante tamaña insensatez. Cuando le tocó su turno de hablar, dijo, simplemente:

—¿Algunos de ustedes creen en la más mínima posibilidad de que este atentado redunde en beneficio nuestro? ¿A manos de quién iría entonces a parar el país? Una vez muerto Leguía, ¿cuál sería la situación creada?

Como nadie contestara, prosiguió:

—Se adueñaría del poder, ipso facto, cualquier maleficio más terrible. No veo, pues, por ningún lado el beneficio de tal arranque, que sólo puede explicarse en situaciones verdaderamente desesperantes.

Ninguno de los estudiantes se atrevió a hacer la menor contradicción. Y el proyecto descabellado no pudo, naturalmente, prosperar.

Mariátegui había traído desde Europa la determinación de fundar una revista de divulgación científica, literaria y artística. Una revista de mayor amplitud que la revista "Claridad", consagrada exclusivamente a los problemas universitarios y políticos. La crisis de su salud le impidió momentáneamente llevar a cabo su proyecto, pero, una vez restablecido, volvió a tomarlo entre las manos, cada vez con mayor entusiasmo y probabilidades de primer orden, gracias al grupo de escritores y artistas que le rodeaban ya estrecha, íntimamente. Esta fue la razón fundamental de su regreso a Lima. Y ya en su casa de la calle Washington, comenzaron a barajarse nombres: "Vanguardia", "Adelante", "Iniciación", etc. Hasta que Mariátegui propuso: "Amauta". El nombre no gustó al principio, pero se impuso finalmente. Es verdad que el nombre de un libro o de una revista tiene cierta importancia para su éxito, pero el contenido es lo que hace el nombre y el éxito, después de todo. "Amauta", palabra indígena desconocida entre el gran público americano, y que significa: "Maestro profeta", o algo semejante, sería, pues, el nombre de la revista que estaba llamada a crear en Hispanoamérica un movimiento cultural sin precedentes.

Mariátegui despertaba entre las seis y siete de la mañana. A las ocho estaba ya en su escritorio:

En el ángulo de una pequeña habitación, con gran ventana a la calle Washington, había, en el fondo, a la

directa, una chaise-longue tapizada en azul oscuro. Junto a ella, un anaquel ancho y bajo de madera oscura que llegaba casi hasta el muro opuesto, completamente ocupado de libros en francés, italiano, inglés, alemán y español (la mayoría en francés y en italiano): "Le Kapital", "La Fin de la Philosophie Allemande", "Les Questions Fondamentales du Marxisme", "Jean Cocteau", "Clarté", casi todos los libros de Pirandello, de Bontempelli, "Tirano Banderas", "Los de Abajo", "La Agonía del Cristianismo". Los otros lados de la habitación, en su parte baja, estaban ocultos detrás de grandes sillones: tal era el escritorio de Mariátegui. Instalado sobre la chaise-longue azul oscura, comenzaba su trabajo a las ocho de la mañana, infaliblemente, salvo los días en que la fiebre no le dejaba abandonar el lecho. Ya se sabe cuál es el trabajo de un escritor: leer, constatar, tomar notas en los libros y revistas, escribir artículos para los periódicos o los capítulos de un libro. Tan luego salió el primer número de "Amauta", el escritorio de Mariátegui se transformó a la vez en una oficina, ante el mismo, su mujer y sus amigos maniobraban las revistas (una revista pobre no puede tener nunca empleados de administración), hacían paquetes, pegaban sellos de correo y escribían direcciones: Señor Miguel de Unamuno, Universidad de Salamanca; M. Romain Rolland, Villeraine, Suisse; M. H. Barbusse, 106, rue Montmartre, París. Y así seguían las de Vasconcelos, Diego Rivera, Santero Cano, García Monje, Uriel García, Lugones, Palacios, Juana de Ibarbourou. Y desde un rincón del Perú el espíritu nuevo de América comenzó a irradiar hacia todos los puntos de la Tierra.

La revista "Amauta" fué exactamente un reflejo de lo que vivía y se agitaba en esa pequeña habitación de la calle Washington, donde, atraídos por cierta fuerza que emanaba de la irresistible personalidad de Mariátegui,

asistían los temperamentos inquietos más diversos. Y así podía verse a un viejo poeta de la más alta calidad, a un artista puro y tímido que vivía alejado del bullicio del tráfago, de todo lo que quisiera decir contacto con la muchedumbre, a un poeta solitario como José María Argüen, sentado en esa pequeña habitación, perdido entre un grupo de estudiantes bulliciosos, de obreros recatados, de poetas y pintores novísimos que discutían con Mariátegui sobre las particularidades de los bolshoes y los ayllús, sobre las últimas travesuras de los franceses y los franceses, la deportación de Unamuno y la espiritualidad del materialismo histórico. Exactamente igual que en las páginas de "Amauta", donde aparecían, junto a las poemas del gran simbolista peruano, las complicadas y substanciosas cartas del rector de la Universidad salmantina, los artículos de Stalin sobre economía agraria en los Soviets, los manifiestos de Aragón y los artículos de la indigenista Dora Mayer de Zulén.

Y así, sólo así, podía salir a las calles de Lima y a los cuatro lados del mundo, emperifollada de cantos, de estrofas, de pinturas de indios, una revista sembradora de la más vigorosa semilla revolucionaria en esa hora auroral y heroica del destino humano. Pero los ortodoxos e inexpertos militantes no se cansaban de clamar contra "tanta bojarasca poética de la revista" ante la determinación incommovible y la sonrisa complaciente del piloto...

Mariátegui perseguía un fin político de realización más o menos lejana, puesto que saltaba a la vista la imposibilidad de su realización inmediata. No tenía, pues, por qué repetir el juego del año 22, atacando al régimen legulista y provocando una reacción popular que hubiera favorecido a los civilistas. Lo esencial era crear una nueva conciencia política, una nueva responsabilidad. Sin embargo, en más de una ocasión se vio obligado a adoptar una posición clara que definiera sus principios doctrina-

Este fué el caso del incidente con Chocano, que encontraba en el Perú desde hacía algún tiempo, gozando de la protección de Leguía. Una mañana leímos en "la Prensa" de Lima un artículo furibundo y virulento contra Vasconcelos, y que llevaba la firma del famoso vasconcelista americano. Vasconcelos representaba para el grupo Amauta un valor espiritual de primer orden, no tanto por la calidad de su obra escrita, muy discutible, por cierto, sino por la extraordinaria labor educativa que llevaba a cabo en el Ministerio de Educación Pública de México. Había entre Vasconcelos y el grupo Amauta más de una afinidad ideológica que había sido demostrada por la cordial acogida que el maestro mexicano dispensaba a Haya de la Torre en el momento de su exilio. Un ataque contra Vasconcelos en la forma en que Chocano lo hizo era también, en cierta forma, un ataque al espíritu de nuestro grupo. Mariátegui decidió publicar una nota en la que, sin hacer el menor reproche a nadie, se trataba de defender a una personalidad cuya firma aparecía en las páginas de la revista. La nota fué firmada por diez o doce escritores y artistas, entre los que se encontraba Ernesto Elmore. Chocano, como casi todos nuestros poetas tropicales, era una persona de vanidad incommensurable como el genio que se le atribuye. Tal vanidad no le permitía, pues, mantener la discusión en un terreno de altura. Buscó entre los firmantes de la nota a la persona que creyó más vulnerable, Ernesto Elmore, y la tomó en él exclusivamente. Hubo un duelo epistolar que se publicó en los periódicos y en el que el gran bardo tuvo la desgracia de poner ante la luz pública su absoluta falta de nobleza, haciendo gala de una vulgaridad verdaderamente extraña en un artista de tanto renombre. Por último, el encuentro cara a cara, el encrespamiento de las voces, las injurias, los golpes y el disparo que acabó la vida a Elmore.

La defensa de un principio había derivado a una cuestión personal, enteramente odiosa y repulsiva. Y el grupo Amauta, que lo observó perfectamente, no tuvo por qué continuar en ese terreno, menos aun cuando el socialismo, siempre alerta para aprovechar la menor coyuntura, tomaba la ofensiva de flanco contra Leguía. Se abstuvo, pues, de caldear el ambiente, a pesar de que Chocano seguía atacándole en una revista que publicaba desde su prisión del Hospital San Bartolomé. Vale la pena recordar aquellos ataques, que eran de este género, poco más o menos: "Esos bolcheviques de 'Amauta' tienen la desvergüenza de publicar en su revista anuncios comerciales de empresas capitalistas. Y esas empresas son tan estúpidas que se los dan". Era verdad. Los milagros de la perseverancia y la "cabeza dura" de algunos redactores de "Amauta" habían conseguido convencer a cinco o seis gerentes de bancos y compañías de seguros que un anuncio en tal revista "científica, literaria y artística" de "máxima circulación" y "prestigio" no haría más que aumentar sus negocios. Los buenos gerentes, que no sabían al principio de qué se trataba, llegaron a darnos los anuncios, que efectivamente sirvieron para que la revista no se hundiera financieramente desde el comienzo. Tan luego como vieron que no tenía notas sociales, ni publicaba retratos de las damas distinguidas, tan luego como oyeron el consejo de Chocano, cancelaron sus contratos inmediatamente.

LA OBRA ESCRITA

Mariátegui publicó su primer libro el año 1925. "La Escena Contemporánea". Los artículos que componen este libro habían aparecido ya en las revistas peruanas; su importancia era, pues, sólo relativa. En él está reflejada su experiencia europea; análisis del fascismo, crisis de la democracia, retratos ligeros de los grandes personajes de la hora. Lloyd George, Wilson, Mussolini, Stalin, Lenin, Lunacharsky, etc. En este libro se observa que Mariátegui comienza a manejar el método marxista y que no tiene aún la seguridad que más tarde demostraría al estudiar la realidad peruana. Pero esta condición era lo que precisamente lo hacía accesible al entendimiento de grandes masas de lectores, levantando el nivel cultural del pueblo y de los mismos escritores. Es así como en tales artículos, ni Lenin aparece como un degollador ebrio de sangre, ni Mussolini aparece como un criminal odiado por todos los Italianos. Lenin es el genio de un movimiento histórico en función de avance. Mussolini, en función de retroceso. Y al principio causaba cierta extrañeza al oírle hablar del "condottiere" no sin cierto respeto y admiración. Sólo después de muchos años y de una larga experiencia me ha sido dado comprender, a mí, por lo menos, lo justo de su actitud. Y bien sé de que en la actualidad, el cuerpo entero del "César contemporáneo" está hundido en la sangre inocente de España, además de haber puesto en vigencia la más condenable mitología del hombre; pero hay otros horribles personajes

contemporáneos que aparecen, por lo general, con rostros franciscanos y que, haciendo oraciones por la Paz, no están por eso menos hundidos en ese mismo mar de sangre. ¡Arcángeles de la Paz que vuelan hasta Munich! ¡Cómplices del crimen por cobardía o conveniencia! La historia lanzará sobre ellos su maldición eterna. Mariátegui los blama, pues, del "condottiere" con ese respeto que infundían las bárbaras fuerzas de la Naturaleza, no realmente como el causante del fascismo, sino, más bien, como la consecuencia, la creación de esa exacerbación patriótica que brotó en el pueblo italiano de la postguerra.

Sólo después de publicada "La Escena Contemporánea" nació en Mariátegui el propósito de entrar armados con su nuevo método de conocimientos en el terreno virgen de nuestros problemas peruanos que, con ciertas variantes, son los mismos de toda Hispanoamérica.

¿En qué consistió esencialmente este método de conocimientos? ¿En qué consiste esta nueva manera de ver el mundo? Recordaré sus pláticas, sus conversaciones para esforzarme en hacer una síntesis, lo más clara posible.

—El marxismo —solía decir a veces— es el camino nuevo por el que muchos hombres encauzan ciertos anhelos eternos, que son privativos de la humanidad: anhelo de libertad, anhelo y fuerza de sacrificio por los demás; por uno mismo, anhelo de immortalizarse en la historia también acaso... A veces creo que se trata de una nueva forma de vivir el sentimiento religioso... Pero también es algo mucho más concreto: es un método de conocimientos que nos lleva a una nueva concepción del mundo. Y este método tiene su filosofía: el materialismo dialéctico. Marx, como es sabido, fundó sus teorías sirviéndose de los últimos resultados a que habían llegado las ciencias económicas en Inglaterra, la filosofía en Alemania y los conocimientos y experiencias sociales en Francia. En su aspecto filosófico, el marxismo no viene a ser, en resumen,

—rectificación ya iniciada por Feuerbach—. La base del sistema hegeliano establece que la vida es devenir, y que este devenir, esta continua transformación se realiza siguiendo una ley general: todo fenómeno, al desarrollarse, desarrolla su contrario. Estas dos fuerzas están llamadas a tener un encuentro violento, un choque del que surge un nuevo fenómeno. Este nuevo fenómeno, al desarrollarse, forja al mismo tiempo su contrario. Y el proceso sigue así, hasta el infinito. Es el juego de la tesis, de la antítesis y de la síntesis, que ya los griegos conocían rudimentariamente. ¿Y en qué consiste la fuerza, el sentido esencial que impulsa al fenómeno? Hegel contesta: la evolución. Aplicado a explicar el mundo, la existencia, el método de Hegel parte de un supuesto metafísico: la existencia de la razón en el origen de las cosas (los griegos la llamaban logos; los escolásticos, Dios). Esta razón (tesis), al desarrollarse, desarrolla su contraria, la Naturaleza (antítesis); del choque de estas fuerzas surge la Humanidad (síntesis). Por ese camino y continuando la especulación de base metafísica, Hegel llega, en un momento dado, a un juego verdaderamente irrisorio (1), en el que ya no se entiende si hay o no hay Dios y en el que el Estado absolutista y militarista prusiano de los Hohenzollern resulta ser la encarnación de Dios. De esta manera resultaba que un filósofo genial, el más grande de los filósofos alemanes, invalidaba su sistema a causa de que su método marchaba sin tener en cuenta la observación directa de los fenómenos naturales, subordinando a las fantasías de su imaginación, que a veces resultan de una belleza incomparable, los fenómenos de la naturaleza.

(1) Léase "La Filosofía del Marxismo", de Alb. Le Blanc, crítico de La Borbona.

Marx, que había sido hegeliano en sus comienzos, descubre esta debilidad del hegelianismo, gracias a los avances que Feuerbach había realizado en el camino del materialismo, y lo rectifica: la dialéctica de Hegel es inválida a causa de su idealismo (idealismo en el sentido filosófico; o mejor dicho, tendencia filosófica que hace partir de la idea o del espíritu el principio de las cosas, a causa de su carácter metafísico. Por eso camina de cabeza, dice gráficamente Engels. Hay que prescindir de la metafísica, especulación mental que no ha llegado a ser más que elucubración impotente e inútil. Hay que conformarse con la observación y la experiencia de nuestros sentidos: el cerebro no nace de la idea, sino, al contrario, la idea del cerebro; el espíritu nace, pues, de la materia (materialismo). Y en este caso, la dialéctica marchará de pie: materialismo dialéctico. Pero hay algo más aún. ¿Qué es lo que mueve, lo que impulsa a ese juego dialéctico, cuando se trata del desarrollo de la sociedad humana? Marx dice: "las formas de producción". Una sociedad es lo que son sus formas de producción. Y esta sociedad, al desarrollarse, desarrolla su contrario: la sociedad feudal desarrolla en su seno a la burguesía; de su choque surge la sociedad capitalista, la que al desarrollarse, a su vez, crea al proletariado, etc. En primer lugar, queda establecido, pues, que en la Naturaleza todo es devenir, que la idea nace de la materia; que las sociedades humanas nacen, crecen, llegan a su decadencia y desaparecen por el choque de nuevas sociedades, y, por último, que la palanca esencial del desarrollo social está constituida por las formas de producción, o sea, por la economía. Este método de conocimiento que acabamos de esbozar está, como se ve, al alcance de cualquier persona medianamente enterada en filosofía, en sociología y en historia. Y, efectivamente, son legión los que tratan de emplearlo. Sin embargo, pasa con él lo mismo

que con el bisturí. Su empleo y su eficacia dependen exclusivamente de la inteligencia, la habilidad, la pericia de quien lo emplea. Y hay muy pocos grandes cirujanos como hay muy pocos grandes marxistas.

¿Mariátegui fué el gran marxista de Hispanoamérica? Por lo menos fué el primero en aplicar el método a nuestras realidades, fué el primero en darle la más alta categoría intelectual que le pertenece. Poco importa que haya podido equivocarse —si es que se equivocó— en ciertos puntos. Los más grandes marxistas han tenido que rectificarse muchas veces. El lo habría hecho también, estamos enteramente seguros de ello, si la muerte no le hubiera golpeado en los comienzos mismos de su labor. Pero, en todo caso, las bases fundamentales de su obra, junto con la honradez, el fervor, la devoción, el heroísmo que puso al hacerlo, son más que suficientes para consagrar su nombre entre los más grandes y mejores de América.

Los "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", publicados en un volumen el año 1928, comienzan por estudiar la realidad económica de nuestro país, analizando el proceso a partir del inkario y la conquista española. Un régimen de economía agraria, con ciertas formas colectivistas de producción sobre el que imperaba la casta de los inkas, es reemplazado incompleta y defectuosamente por un sistema feudal, en el que el trabajo de las minas diezma y empobrece a la población indígena. El régimen feudal arraiga poderosamente. De tal manera que cuando llega el momento de la independencia americana, la mayoría de sus formas permanecen en plena vigencia: latifundismo, cultivo elemental de la tierra, industria completamente incipiente. Cien años de República, si bien han servido para desarrollar determinados aspectos secundarios de la economía, han dejado intactos los grandes problemas nacionales: el de nuestros cua-

tre millones de indios, por ejemplo, que continúan en situación de servidumbre y analfabetismo, con sus instituciones autóctonas descoyuntadas, su religión destruída y su cultura ya casi extinguida. "La cuestión indígena —dice Mariátegui en la obra de que hablamos— arranca de nuestra economía; tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial y adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los "gamonales" (1). Y esta misma idea se repite en otros términos: "El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente, como problema ético o moral, para reconocerlo concretamente como problema económico, social y político. Y entonces lo hemos sentido por primera vez esclarecido y demarcado". (Siete Ensayos). Después habla el creyente fervoroso: "La redención, la salvación del indio, he ahí el programa y la meta de la redención peruana. Los hombres nuevos quieren que el Perú repose sobre sus naturales cimientos biológicos". Y: "El Perú tiene que optar por el gamonal o por el indio. Este es su dilema. No existe un tercer camino. Planteado este sistema, todas las cuestiones de arquitectura del régimen pasan a segunda

(1) La palabra "gamonalismo", dice el mismo Mariátegui poco después, no designa sólo una categoría social y económica de los latifundistas y grandes propietarios agrarios. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio analfabeto se transforma en explotador de su propia raza, que se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que debe actuar, si se quiere atacar en su raíz un mal del que algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.

termino. Lo que importa a los hombres nuevos es que el Perú se pronuncie contra el gamonal, por el indio.

Con todos los grandes creyentes que saben entregarse plenamente a la defensa de una causa, pasa lo mismo: llegan a desestimar todo lo que les parece perturbador o perjudicial. Y así como el insigne fraile Bartolomé de las Casas creyó justo y normal posponer al negro en beneficio del indio, así Mariátegui habría pospuesto también al mestizo si algún beneficio hubiera reportado a la víctima esclavizada durante siglos; por eso le oímos exclamar: "El cruzamiento del invasor no había producido en el Perú un tipo más o menos homogéneo. A la sangre ibera y quechua se había mezclado un copioso torrente de sangre africana. Más tarde, la importación del coolí debía añadir a esta mezcla un poco de sangre asiática. Por ende, no había un tipo sino diversos tipos de criollos, de mestizos. La fusión de tan distintos elementos étnicos se cumplía, por otra parte, en un tibia sedante pedazo de tierra baja, donde una naturaleza indolente y negligente no podía imprimir en el blando producto de esta experiencia sociológica un fuerte sello individual". Hay en estas palabras una generosidad sin límites, porque están nada menos que en labios de un mestizo de sangre indígena y española; de un "producto sociológico" que honra ciertamente a la especie humana, y que advierte al mundo lo que puede esperarse de esta América a cuya sangre autóctona ha venido a mezclarse la sangre de otras razas. Mariátegui, Palma, Valdelomar, Vallejo, Orrego, Sabogal, Camilo Blas, nuestras más altas expresiones espirituales, son producto de esos cruces de sangre europea y americana. Exceso de generosidad en una apreciación de orden secundario, pero, en todo caso, justicia en el planteamiento y en la solución esencial del problema: "La cuestión indígena arranca de nuestra economía, tiene sus raíces en el régimen de propiedad de

la tierra. Cualquier intento de resolverla con medios de administración o de policía, con métodos de enseñanza y con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial y objetivo, mientras subsista la feudalidad de los "gananciales".

El problema de la enseñanza está también estrechamente ligado a la economía de una sociedad determinada a las necesidades de la producción. El régimen feudal de grandes latifundios, en los que el hombre no necesita de grandes conocimientos para poder inclinarse y cultivar el suelo, para rezar por la salvación de su vida de ultratumba, no necesitaba de escuelas y maestros en la forma como fueron necesarios para el régimen capitalista, cuya obreros en las fábricas deben tener por lo menos elementales conocimientos escolares. He aquí la razón por la que nuestros países, aun semif feudales, se encuentran a mismo tiempo semianalfabetos, y la enseñanza ha tenido que sufrir las influencias de otros pueblos, sin haber podido ni asimilarlas, ni definir aún su personalidad.

Mariátegui estudia el proceso que arranca de la conquista, y analiza las influencias, y dice justamente: "La historia de la educación pública en el Perú se divide en tres periodos que señalan tres influencias (española, francesa, norteamericana). Los límites de cada periodo no son muy precisos. Pero en el Perú, éste es un defecto común a casi todos los fenómenos y a casi todas las cosas. Hasta en los hombres, rara vez se observa un contorno neto, un perfil categórico. Todo aparece siempre un poco borroso, un poco confuso".

Y después escribe: "El problema está en las raíces mismas de este Perú hijo de la conquista. No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolos de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquecen, sin deformarlo, su espíritu nacional. Somos un pueblo en el que conviven...

indios aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores. La República se siente y hasta se confiesa solitaria con el Virreinato. Como el Virreinato, la República es el Perú de los colonizadores más que de los regnícolas. El sentimiento y el interés de las cuatro quintas partes de la población no juegan casi ningún papel en la formación de la nacionalidad y de las instituciones.

El régimen feudal del conquistador no había dejado efectivamente un método pedagógico, o había dejado, podemos agregar, un método caduco; por eso, cuando la independencia se hizo con los ojos puestos en la Francia de los derechos del hombre, trató también de importar desde allí mismo sus métodos de enseñanza. Por último, la influencia norteamericana se dejó sentir como una consecuencia de la penetración económica del capitalismo yanqui.

La misma devoción fervorosa con que Marilati se entregó a la defensa del indio, haciéndole subestimar el elemento mestizo o criollo, le hará también supervalorar el sentimiento y las formas religiosas del Tahuantinsuyo, al hablarnos del "panteísmo de los indios", de su "unidad religiosa y política".

Cuando la verdad histórica establece que esa unidad de la religión y la política, esa compenetración absoluta del Estado y la Iglesia, que aun existía en el Tahuantinsuyo cuando llegaron los españoles, constituye nada más que una etapa en la evolución religiosa de los pueblos. Ya los egipcios del II Imperio la habían superado. Los judíos, los griegos y los romanos también. El cristianismo había puesto hálitos nuevos en esa superación a la que la sociedad humana había llegado, precisamente, a medida que sus formas sociales evolucionaban. El Imperio de los Inkas se encontraba aún en plena idolatría

y hasta existía el sacrificio de los seres humanos a los dioses. El cristianismo estaba llamado, pues, históricamente, a terminar con todas esas reminiscencias animales, a sofocar todas esas rudimentarias creencias religiosas, como lo había hecho ya en Europa cada vez que se encontró con pueblos menos evolucionados: con la religión de los romanos, primero. Y después, Roma cristianizada acabó con todos los mitos y religiones de los germanos, de los wikingos. Lo que se debe lamentar en todo caso es que la conquista española no haya podido, por diferentes causas, poner al indio en condiciones de asimilar enteramente una religión infinitamente superior a la suya. Lo que se debe lamentar es que el indio permanezca al margen de las instituciones occidentales, al margen de su ciencia, la más formidable conquista de los tiempos modernos. Esa es la desgracia, no sólo del indio, sino también de otras razas de historia mucho más rica: los persas, los hindúes y los chinos que dieron a la Humanidad nombres tan trascendentes como el de Zoroastro, Budha y Confucio. Esa ignorancia de la ciencia occidental es lo que los mantiene en inferioridad de condiciones con respecto al Occidente.

Y, en cambio, cuánta lucidez hay en la mente de Mariátegui cuando analiza un punto, una situación en la que hay una fuerza actuante, aunque sea mínima, en favor del indio: así, al hablar de la influencia católica española, escribe: "Durante el coloniaje, a pesar de laquisición y la contrarreforma, la obra civilizadora es, sin embargo, en su mayor parte, religiosa y eclesiástica. Los elementos de educación y de cultura se concentraban exclusivamente en manos de la Iglesia. Los frailes contribuyeron a la organización virreinal, no sólo con la evangelización de los infieles y la persecución de las herejías sino con la enseñanza de artes y oficios y el establecimiento de cultivos y obrajes. En tiempos en que la actividad de los virreyes se reducía a unos cuantos rúbricos se

ares, los frailes fundaron aquí la primera Universidad de América. Importaron, con sus dogmas y sus ritos, semillas, sarmientos, animales domésticos y herramientas. Explotaron las costumbres de los naturales, recogieron sus tradiciones, allegaron los primeros materiales de su historia. Jesuiticos y dominicos, por una suerte de facultad de adaptación, captaron no pocos secretos de la historia y el espíritu indígenas. Y los indios explotados en las minas, en los obrajes y las "encomiendas" encontraron en los conventos, y aun en los curatos, sus más eficaces defensores. El padre De las Casas, en quien florecían las mejores virtudes del misionero, del evangelizador, tuvo precursores y continuadores".

De todos estos ensayos, el que más se presta a la polémica es el que se refiere al proceso de la literatura. Algunos comentaristas han hecho ver ya que Mariátegui sobrepasó allí a ciertas figuras literarias de segundo orden. A pesar de que no tenemos aún la perspectiva de tiempo necesario para hacer un juicio sereno de esos escritores, a peruanos contemporáneos, es posible afirmar ya que Mariátegui falló, efectivamente, al juzgar la calidad del artista. Pero lo que no se puede negar en ningún caso es que lo hizo por generosidad y por espíritu de proselitismo, quizás a sabiendas, porque en último término, para el creyente que se agitaba en él, primaba antes que el crítico literario el captador de espíritus nuevos para sus ideas y su fe.

Además, nadie puede negar tampoco que en ese ensayo se presenta por primera vez el escritor en función de las fuerzas sociales de su propio tiempo. Multitud de sus observaciones son enteramente nuevas, y las líneas generales del esbozo son hasta tal punto definitivas, que será necesario referirse a ellas cada vez que quieran hacerse estudios más amplios de la literatura peruana.

Por ese entonces surgió la idea del Apra y la oposición de Mariátegui. Hacia el año 1927, Haya de la Torre

re se encontraba en Inglaterra, después de haber vivido en otros países de Europa, inclusive Rusia. El joven universitario que salió del Perú lleno de ímpetu y de grandes ilusiones había enriquecido sus conocimientos al ponerse en contacto con otros medios más avanzados y otras realidades más amplias.

Sin embargo, Europa no influyó de manera decisiva ni en su personalidad ni en su destino. Por las condiciones en que se realizaba su viaje a Rusia, habría sido de esperarse que ingresara a la III Internacional, pero no fue así. Haya continuó actuando fuera de todo partido. Y lo hizo, a mi parecer, por dos causas: 1.º, porque al salir del Perú su personalidad estaba ya forjada en las luchas universitarias y en un ambiente americanista; 2.º, porque en la experiencia mexicana creyó encontrar la clave y el derrotero político que debían seguir nuestros países. Después, ya en Europa, el auge del Kuo-Ming-Tang o, decir, la alianza de las clases chinas contra el imperalismo, no hizo más que fortalecerlo en su idea. Por esta razón, enunció el problema planteándolo en términos exclusivamente antimperialistas. En resumidas cuentas venía a decir: Nuestros países deben pensar ante todo y sobre todo en libertarse del yugo económico y político de las grandes potencias capitalistas —de EE. UU., principalmente—. Esta empresa requiere, 1.º: Hacer en cada país una alianza popular, que vaya desde la burguesía avanzada hasta el proletariado; 2.º: Llegar a la unificación indoamericana; resucitar el sueño de Bolívar para crear así una potencia mundial de primer orden confederando a las naciones que van desde México hasta el Uruguay.

Mariátegui aceptó de primera intención el programa antimperialista, pero pidió a Haya que aclarara y precisara su pensamiento. "Es cierto —dijo— que la lucha contra los imperialismos requiere una alianza, pero ella tiene que ser mundial. De esta alianza no puede

ser excluidas las clases más explotadas de los mismos países imperialistas".

Una vez definidas las posiciones, resultó claro que Haya se situaba en el terreno de un nacionalismo continental; el bloque debía ser indoamericano, específicamente.

Para Mariátegui, que miraba el problema americano desde el ángulo del más rotundo internacionalismo ("Proletarios de todos los países: unidos"), tal planteamiento resultaba inaceptable.

—Esta idea de una confederación de naciones de América Latina —solía decirnos— es una quimera que fue hermosa y hasta viable en tiempos de Bolívar. Pero cuando no pudo realizarse, es porque habría dificultades que le resultaron insuperables. Y en la actualidad, las cosas se han puesto peor aún. La evolución económica y política ha llegado ya muy lejos. Cada una de las naciones americanas tiene ya su personalidad inconfundible, y hay entre ellas profundas diferencias establecidas por el diferente grado del desarrollo industrial en que se encuentran. Y siguiendo las leyes de ese desarrollo —del desarrollo capitalista—, la que esté más avanzada en su técnica industrial tratará de buscar a su vez mercados o fuentes de producción en los países vecinos, tratará de establecer a su vez su propia hegemonía aprovechando las ventajas que le ofrezcan los antagonismos y las luchas entre los propios países imperialistas. Dentro de los cuadros del capitalismo, esta confederación me parece sencillamente imposible. Caso de que no se produzcan grandes acontecimientos en Europa y en consecuencia no pueda llevarse a cabo aquí en América la transformación social en el plazo que esperamos, ya se verá cómo Argentina asumirá el papel preponderante en América del Sur.

No creo, como algunos de nuestros amigos, que la ambición —la noble ambición política— de Haya sea

desmedida. Me parece más bien descentrada, desviada. Yo creo que el verdadero, el nuevo sentido de la socialidad contemporánea está orientado hacia el internacionalismo, en oposición a toda clase de nacionalismos. De tal manera que no nos es posible cortar los nexos que nos unen a las clases explotadas de los países imperialistas. La independencia económica de nuestra América se deberá, en gran parte, al poderío que éstas adquieran dentro de sus propias naciones.

Pero hay algo más grave aún: Haya rechaza de plano la idea de una alianza de partidos y reclama un partido único tendiente así a una especie de totalitarismo que me parece sumamente peligroso. Alega para eso que en América no existe un proletariado. ¿Cómo es posible decir semejante cosa, cuando en Argentina y en Chile existen ya, desde hace años, partidos específicos de proletariado, con su líderes de renombre continental? Y su desarrollo en nuestros días se hará vertiginosamente. Ese proletariado no podrá aceptar jamás renunciar a su partido específico, y si se viera obligado a realizar ciertas alianzas, lo hará así, de partido a partido... Cosa absolutamente distinta a lo que Haya ya pretende. Mi posición está completamente definida: soy internacionalista ante todo y sobre todo. Si Haya va por otro camino no tendré otro remedio que separarme de él, aunque sea muy a mi pesar.

Este enfrentamiento de Haya y Mariátegui tenía que producirse tarde o temprano, porque había en ellos profundas diferencias de experiencia, de temperamento y personalidad.

Haya que, como hemos visto, pertenecía a una familia de antecedentes aristocráticos, se movió desde la infancia en un medio estudiantil de clase elevada. Su personalidad se forjó después en el ambiente del estudio sistemado y de las luchas universitarias: ese ambiente y esas luchas desarrollaron en él sus grandes cualidades.

las oratorias, y lo iniciaron en las actividades políticas, no pudieron darle de ninguna manera una conciencia de clase que lo identificara con el proletariado. En cambio, Mariátegui, mestizo y pobre al nacer, vivió unido a los desposeídos, de tal manera que, cuando gracias a sus extraordinarias condiciones, llegó más tarde a mejorar su situación económica y a vivir en un ambiente que no era el de los trabajadores manuales, tenía ya los elementos esenciales que, poco después, con el estudio del marxismo, formarían su conciencia de clase en medio del caldeado ambiente revolucionario de Europa.

Agréguese a esto que mientras el temperamento de Haya es esencialmente impetuoso y pasional, el de Mariátegui, en cambio, era cauto y reflexivo.

Los dos estudiaron el marxismo, pero cada uno lo interpretó a su manera. Y mientras el uno encontró en las teorías de la dialéctica materialista un calor y una emoción de mito universalista, que comprometió a fondo la naturaleza mística de su espíritu, el otro le dio una significación pragmática, y creyó encontrar en ellas la fórmula precisa para resolver de inmediato los problemas de la realidad latinoamericana.

El enfrentamiento de estas dos figuras, directoras de la nueva conciencia peruana —y también de la americana, en cierta forma—, trajo como consecuencia la escisión del bloque. Y frente al Apra surgió, fundada por Mariátegui, la sección peruana de la Tercera Internacional.

Hacia el año 1926, el régimen de Leguía, que terminaba ya su segundo período de reelección, había entrado en su etapa de decrepitud. La política de los empréstitos para la construcción de carreteras, irrigación y obras públicas había servido, más aun que para sus propios fines, para enriquecer a un reducido grupo de altos

burócratas, que lucraban con ansias verdaderamente melancólicas. Por otra parte, el conjunto de la burocracia que había salido de los rangos pequeño-burgueses se esforzaba, heredero legítimo de privilegios, se afianzaba cada vez más, empleando los métodos del soborno y de la coacción. Y ese grupo de políticos criollos, más aptos para el sensuismo y la cortesanía que para las altas funciones del Estado, que reclamaban responsabilidad y austeridad a toda prueba, había logrado formar alrededor de Leguía un círculo de adulación, que no dejaba a éste percibir el menor síntoma del desquiciamiento inevitable de su régimen.

Sin embargo, las esferas oficiales vivían en un constante sobresalto, en una pesadilla que les hacía ver alarmas y sublevaciones, y que no les dejaba gozar en paz de sus millonarios festines.

Y la policía secreta, que en alguna forma tenía que justificar su fenomenal hipertrofia y las enormes sumas del presupuesto dedicadas a su sostenimiento, no hacía más que descubrir conspiraciones y complots, que la mayoría de las veces no existían sino en su imaginación tropical.

El grupo de "Amauta" estaba constante y estrechamente vigilado. En Lima quedaban muy pocos profesores de las Universidades Populares, pues casi todos habían sido expulsados sucesivamente. Los que quedábamos, una media docena, poco más o menos, persistíamos en la idea antigua y un tanto ingenua, dadas las condiciones de vida en tal momento, de formar una cooperativa estudiantil obrera para adquirir una imprenta y fundar una editorial anexa a la revista "Amauta". Este proyecto originaba la necesidad de que los cooperativistas se reunieran de vez en cuando para discutir las cuestiones de trámite. Pues bien, una de esas reuniones públicas, a la que habían asistido veinte personas más o menos, fué imprevistamente sorprendida por un ar-

jambre de policías armados hasta los dientes y prestos a disparar sus pistolas y sus fusiles contra los inofensivos y espantados cooperativistas. Acto seguido, fueron conducidos como si se tratara de temibles terroristas a los calabozos de la Intendencia, primero, y a los de la Isla de San Lorenzo, después. Esa misma noche se allanaba el domicilio de Mariátegui, quien fué conducido también en calidad de preso político al Hospital de San Bartolomé. Parece que Leguía, al darse cuenta del salvajismo que entrañaba el hecho de atropellar en esa forma a una persona ilustre, cuyo mal estado de salud era conocido por todo Lima, ordenó casi inmediatamente, al conocer el hecho, que fuera puesto en libertad. Pero el salvajismo policiaco, que había sido dirigido por un repugnante Ministro, había producido ya su efecto deplorable, y Mariátegui sufrió una grave crisis, que le duró varios meses. A los demás presos se nos tuvo medio año en la Isla de San Lorenzo. Muchos de ellos fueron también deportados.

Así continuaban, pues, los momentos de terrible prueba y heroísmo para Mariátegui. Y, como era un hombre al fin y al cabo, solía sumirse a veces en amargos desfallecimientos; en una de esas ocasiones, al verse casi solo, al ver que le alejaban a la fuerza a sus últimos colaboradores, le oí exclamar, con cierto temblor imperceptible en la voz, pero sin perder la noble y serena expresión de su semblante:

—Ahora es cuando se me está haciendo sentir toda la magnitud y la orfandad de mi invalidez (1).

(1) A mí también me tocó decirle adiós, hacia fines de 1927. El mismo me impuso ese viaje. Así era la previsión asombrosa. Así era la santidad de este hombre extraordinario. Vió que esa acción favorecería mi destino, vió que me daba la probabilidad de un mejoramiento, de una superación espiritual, y no vaciló en segundo en procurármela, a pesar de que ello implicaba para él uno de sus mayores sacrificios. Y esto que hizo con el que escribe estas líneas lo hizo también con muchos otros, con todos aquellos en quienes sentía agitarse el soplo y la simiente

A pesar de todo, tan luego mejoró de su estado, Mariátegui recomendó la publicación de "Amauta". El clamor general de las más altas personalidades del pensamiento hispanoamericano hizo que Leguía consintiera en dicha publicación. Y en esta nueva etapa, ya en un terreno previamente elaborado, la revista se hizo el vehículo de una doctrina definida, clara, inconfundible: la doctrina de Marx, corregida y aumentada por Vladimir Ilich Uliánov.

Desde diferentes puntos de Europa y de América seguían actuando junto a él sus colaboradores. La revista se hacía así la más autorizada cátedra del nuevo pensamiento en el mundo de habla castellana. Mariátegui dominaba ya el método dialéctico con la más acabada destreza, de tal manera que cuando Henri de Man publicó "Más allá del Marxismo", se encontraba en condiciones de rebatir eficientemente sus tesis.

Pero el enemigo implacable, su enfermedad, seguía minando su organismo, que, por otra parte, no dejaba de debatirse en medio de las preocupaciones, la soledad y el esfuerzo constante de la labor sin tregua.

En un momento dado vio que podía publicarse y vivir una revista semanal de carácter más asequible para la masa, una revista en cuyas páginas se estudiaran y resolvieran todos los problemas inmediatos de las grandes asociaciones obreras, de las comunidades indígenas. Entonces fundó, anexa en cierta forma a "Amauta", la revista "Labor". Y como, en fin de cuentas, esta revista venía a defender ciertos intereses que estaban en pugna

de su propio espíritu. Años después, ya fuera en Francia, en Rusia, en España, en Cuba o en Chile, en todas las latitudes del mundo, me fué dado el deleite infinito de encontrarme con hombres de la más alta calidad humana que, deudores también de Mariátegui, deudores de los bienes del alma que no se pierden jamás, pronuncian su nombre con el más profundo fervor, con el mismo fervor que en mí mismo despertaba su recuerdo.

con los de las grandes compañías y con los de los latifundistas, no pudo tener larga vida. El Gobierno la suprimió el mismo mes de su aparición.

Mariátegui vio entonces que su labor en tales condiciones era sencillamente imposible; que en tal ambiente de opresión y aislamiento no le quedaba más que un solo camino: el de abandonar el Perú, para reiniciar la publicación de "Amauta" en otro país americano. Y pensó en Buenos Aires. Escribió hablando de su decisión a algunos de sus amigos íntimos. Todos no hicieron más que animarle a tomar ese camino lo más pronto posible, pues sabían que, además de las facilidades que allí encontraría para continuar su tarea, podría someterse también a un serio tratamiento de su dolencia, hasta conseguir, incluso, que los ortopédicos le devolvieran la facultad de caminar.

Esa esperanza lo poseyó por entero. En enero de 1930 comenzó a hacer rápidamente los preparativos para su viaje y el de los suyos: su mujer y cuatro niños ya. Todo marchaba por el mejor camino. Y cuando todo estaba listo, hacia fines de marzo, su dolencia hizo crisis de nuevo, cambiando así de improviso y con refinada crueldad la dirección del viaje.

Esta vez no pudo ya nunca levantarse del lecho. Por más que los mejores médicos de Lima se desvelasen fervorosamente por impedir el progreso del mal, la fiebre no hacía más que aumentar, consumiendo sus últimas energías corporales. Todos aquellos que le hicieron compañía en los últimos instantes de su vida recuerdan cómo se agitaba con entera serenidad y lucidez la llama de su espíritu, hasta entre los mismos hielos de su última agonía.

La gran desgracia americana de su muerte tuvo lugar el 17 de abril de 1930.

LA HUELLA IMBORRABLE

Este gran amante del paisaje, en constante función de movimiento, que nunca había llegado a conocer la depresión de la nostalgia, atravesó el gran trance de la vida a la muerte sin los sobresaltos de la angustia, como si se hubiera tratado de emprender simplemente un nuevo viaje hacia país propicio y conocido. Sin embargo, pocos hombres amaron y, sobre todo, supieron amar, como él, tan entrañablemente la vida de este mundo, donde quedaban tantas cosas amables a su corazón. Es que la pupila del agudo marxista, que veía tan claro el sentido de los hechos terrenales, había sabido calar también en la tenebrosa entraña del gran misterio, haciéndole sentir aquel deslumbramiento magnífico que hiciera exclamar a Spinoza, su filósofo preferido: "El mismo principio y la misma substancia, antes y después del sepulcro. Y todo no es más que variación en las infinitas formas de la vida universal". Y también a Walt Whitman, su poeta dilecto: "Y en cuanto a ti: ¡oh, muerte!, nada temo, porque sé que no vés más allá de la forma, de la simple apariencia, del cambio, de la reintegración a la materia inmortal".

Por otra parte, sus últimas palabras, cargadas de optimismo y de fe en el mejoramiento del destino humano, hacen pensar que abandonó la tierra con la satisfacción de haber dejado la misión terminada: así el artífice honesto, que puso todo el oro confiado para tallar la joya, que al salir de sus manos resultó legítima y perfecta.

Es cierto que dejó muy poco escrito relativamente, pero todo lo que salió de su pluma tuvo la potencialidad del germen, la virtud del impulso generador de nuevas energías.

Bastaron sólo unas líneas publicadas, en periódicos argentino sin prestigio, para que Lugones, gran catador de espíritus, que las leyó por casualidad, le profesara afecto indestructible. Algo parecido sucedió con Sanín Cano, ese faro intenso del humanismo en nuestros suelos, con el cubano insigne Enrique José Varona, y con esa fragante y mágica voz de la primavera americana que se llama Juana de Ibarbourou.

Pero su radio de iluminación no sólo abarcaba las cumbres; se leían también devotamente los universitarios inquietos, anhelantes, de Lima, Santiago de Chile o La Habana; los obreros despiertos de Vitarite o Buenos Aires, los mineros de La Oroya, los indios campesinos de Cuzco y Cajamarca.

Ciertamente: lo que dejó escrito tiene la virtud de lo que vive y actúa perdurablemente. Pero lo más hermoso que dejó al morir fué el ejemplo de su vida sacrificada y luminosa. La estimación que Waldo Frank sintió al leer un artículo suyo en lejana urbe, se transformó en amistad, en amor, en devoción entrañables el día en que pudo escuchar su palabra, que salía cargada de un extraño fulgor místico: ver el gesto inaudito de su vida, triunfante, a pesar de la desgracia y el sillón de ruedas.

Y el caso de Waldo Frank, seguramente el más conocido de todos, se produjo infaliblemente cada vez que llegó a presencia suya un valor auténtico, aunque se tratara de personalidades del todo distintas, como sucedió con los poetas José María Eguren, solitario y simbo-

ista José Gálvez, sociable y parnasiano, o Blanca Luz Brum, modernista y revolucionaria; con los escritores Luis Valcárcel, Enrique Espinoza, Jorge Basadre o Luis Alberto Sánchez; como sucedió con los pintores Sabogal, Julia Codecido o Malanca, y con los músicos Alfonso de Silva, Carlos Sánchez Málaga y Valcárcel. Todos ellos, como todo aquel que tenía una noble inquietud espiritual, encontraban, al acercarse a Mariátegui, respuesta inmediata, acogedora luz de entendimiento y fuerza irresistible de atracción.

Era que este descendiente de sangre india y española pertenecía, en realidad, a la categoría de la más alta aristocracia del espíritu, a esa calidad humana que no se logra por títulos de abolengo ni influencias de bienes materiales, y ni siquiera por obra misma de la virtud pedagógica; pertenecía a la más alta aristocracia del espíritu, en cuyo seno se nace por naturaleza —o por privilegio—, perfectamente dotados de ciertos atributos, como esas aves de altura que nacen con alas especiales para las grandes travesías del espacio.

Sostengo que Mariátegui habría sido un hombre extraordinario aun en el caso que no hubiera conocido el marxismo. Habría podido escribir poemas y novelas admirables, acabados; habría podido ser fundamentalmente artista antes que hombre de disciplina científica; para ello tenía temperamento y sensibilidad de sobra. Y, en todo caso, en cualquier parte no habría faltado su devoción y entrega a una noble causa humana. Su defensa del indio, que muchos marxistas, en vida, fallecidos ya, criticaron torpemente, puede ser o no ortodoxamente marxista, como la defensa de Fray Bartolomé de las Casas en los antiguos tiempos pudo ser o no católica; poco importa el matiz en el último término; mas esa defensa no dejó de ser en ningún caso entrañable y luminosamente humana. Los cien años de República no escucharon

nunca en defensa del indio una expresión más amorosa, exaltada y patética que la de Mariátegui en sus "Ensayos". A la diestra del inmortal dominicano se le verá por eso siempre en los caminos que lleven a la liberación y a la grandeza de la raza conquistada.

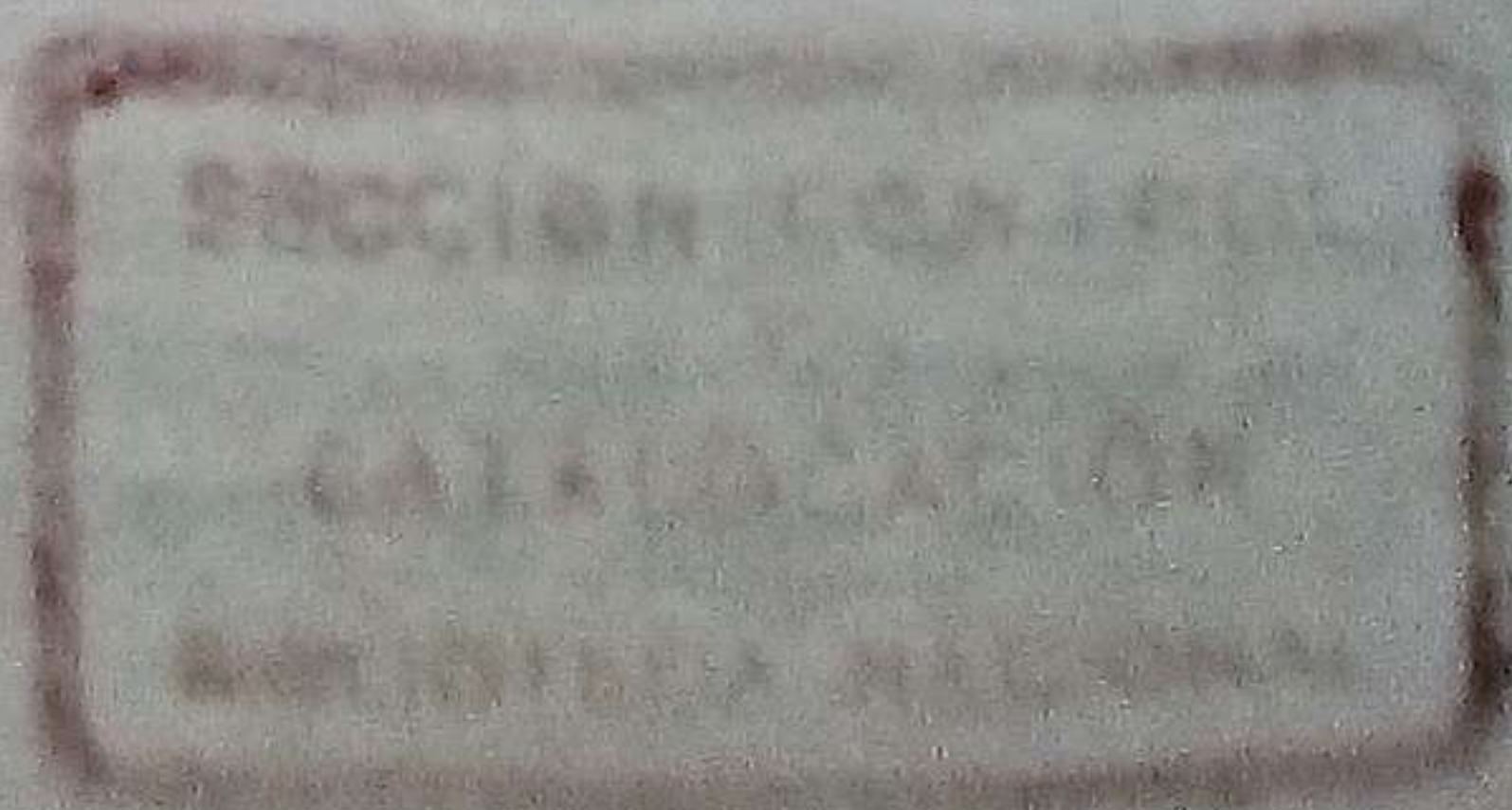
Mas su aguda perspicacia, su fina sensibilidad, le hicieron ver que el conocimiento del marxismo sería para él un magnífico impulso y una oportunidad para ejercer la potencia de sus condiciones, la agilidad prodigiosa de su sentido dialéctico, en la hora, en el instante justo en que el espíritu humano parecía llegar a refugiarse en las doctrinas del socialismo científico, huyendo de las aulas y los claustros caducos.

Y, a este respecto, se hace imprescindible recordar que mientras otros estudiosos del marxismo se esmeraban en llevar la doctrina y la praxis por las pendientes de la casuística y el dogma inflexible y frío, Mariátegui tomaba de él, esencialmente, su coherencia flexible, su maravilloso sentido del movimiento, llegando a consubstanciarse a su nuevo humanismo universalista, a su espíritu de sacrificio que le vienen del cristianismo en línea directa. Por eso es que sabiendo muy bien la distancia que separa a Lenin de Jean Jaurès, por ejemplo, supo tributar a ambos, por igual, su devoción.

Por ese humanismo actuante, siempre en función de entrega y sacrificio, Mariátegui encendió su estrella con luz inextinguible a su paso fugaz por este mundo.

— F I N —

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



INDICE

Palabras de Lugones	9
Palabras de Sanin Cano	13
Palabras de Waldo Frank	17
Palabras de Juan Marinello	21
Mariátegui y su tiempo	25
Niñez y adolescencia	39
El viaje a Europa	61
El retorno a América	95
La obra escrita	113
La huella imborrable	133

COLECCION BIOGRAFIAS

NELSON,

por Clennell Wilkinson.

NICOLAS II,

por Essad Bey.

BENJAMIN FRANKLIN,

por Helen Nicolay.

LA VIDA DE PEDRO

EL GRANDE,

por Georges Udard.

MARCONI: EL HOMBRE

Y SU INVENCION,

por Orrin E. Dunlap.

BOLIVAR,

por Phyllis Marshall y
John Crane.

SUCRE,

por Juan Oropesa.

JESUS,

por Charles Dickens.

ISABEL LA CATOLICA,

por Armando Bazán.

LUIS XV,

por Alfred Leroy.

MARIA ANTONIETA,

por Pierre de Nolhac.

ALEJANDRA FEODOROVNA,

por Maurice Paléologue.

BIOGRAFIA DE JOSE

CARLOS MARIATEGUI,

por Armando Bazán.

**PRECIOS: CONSULTENSE EN
LOS RESPECTIVOS
CATALOGOS.**

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Bellavista 069. — Casilla 84-D.

Santiago de Chile.



Printed in Chile

1939